

Mariana Smaldone

Representaciones “femeninas” en la producción literaria de escritoras argentinas entre los años 50’ y 60’. Aproximaciones desde la intersección de género, clase y etnia como aporte a la educación en géneros y sexualidades

Trabajo Final Integrador (TFI)

Especialización en Educación en Géneros y Sexualidades

(Cohorte 2013 - 2014)

Secretaría de Posgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Educación de la Universidad Nacional de La Plata

Orientadora: Dra. Beatriz Emilce Cagnolati

Ensenada

2017

ÍNDICE

Agradecimientos

Introducción

1. Representaciones “femeninas” en la literatura de escritoras argentinas y el antecedente beauvoiriano

1.1. Acerca de las representaciones “femeninas” y la noción de “identidad”

1.2. Reseñas de obras literarias seleccionadas para la construcción del corpus

(i) *Mundo, mi casa* de María Rosa Oliver: las mujeres y el enigma de la corporalidad

(ii) *Habitaciones* de Emma Barrandéguy: “ser lesbiana” o el erotismo de la ambigüedad

(iii) “Una hermosa familia” de Beatriz Guido: mamá trans y la heteronormatividad

1.3. El pensamiento beauvoiriano como antecedente: ¿Hay mujeres?

2. Hablemos de las representaciones. Aproximaciones analíticas desde la intersección de género, clase y etnia-raza

3. El corpus literario-filosófico como herramienta y sus fundamentos para la educación en géneros y sexualidades

Algunas consideraciones metodológicas

Conclusiones

Referencias bibliográficas

Anexos

AGRADECIMIENTOS

Al plantel docente y a mis compañerxs de la Especialización: por los días, mates mediante, de intercambio de conocimientos.

A quienes sostienen y defienden la Educación Pública, un bien preciado para la construcción de conocimientos y el ejercicio de la libertad de nuestros pueblos.

A las escritoras y filósofas que resistieron y resisten desde la palabra y la acción contra la violencia y la opresión patriarcal.

“Fue esencialmente en el dominio de la creación literaria donde empleé mi libertad. Se escribe a partir de lo que uno se ha ido haciendo, pero siempre es un acto nuevo” (Simone de Beauvoir: *Final de cuentas*, 1972. Traducción de Ida Vitale).

INTRODUCCIÓN

En el marco del estudio de las producciones literarias de escritoras argentinas entre los años 50' y 60', el problema que abordamos es la construcción de las representaciones “femeninas” y las tensiones o las fisuras que estas mismas conllevan. Dicho problema es enfocado y tratado desde la intersección de género, clase y etnia-raza, entre otras variables que, insoslayablemente, se inscriben en los cuerpos.

El propósito general es realizar un aporte a la educación en géneros y sexualidades, al considerar algunas herramientas didácticas, en especial a partir de la selección y el análisis de las producciones intelectuales de escritoras argentinas, al centrarnos en las caracterizaciones y las descripciones en la construcción de las representaciones “femeninas”. Como se verá más adelante, entre las escritoras se destacan: María Rosa Oliver (1898-1977), Emma Barrandéguy (1914-2006) y Beatriz Guido (1922-1988). Reconocemos tres criterios que guían dicha selección: a-la observancia de una narración centrada en los momentos y las experiencias de vida de las mujeres o de las personas con “identidad femenina” –noción que problematizaremos–; b-la vinculación entre “corporalidad” y “subjektividad” en dichas construcciones estilístico-narrativas; c- los posibles puentes con la literatura y la filosofía beauvoirianas, sobre todo respecto al tratamiento de las representaciones “femeninas” como constructos. Estos criterios básicos para la selección de las obras propuestas nos permiten transitar un recorrido de reflexiones y fundamentaciones, constitutivas de la herramienta didáctica, en vista de la educación en géneros y sexualidades.

En relación con el último criterio mencionado, resulta importante observar que una de las peculiaridades que las escritoras comparten en aquellos años es la lectura, recepción y, en el caso de María Rosa Oliver, la tarea de traducción de la obra de la filósofa francesa Simone de Beauvoir. Si bien no nos explayaremos en esta cuestión, ya que excede los propósitos del presente trabajo, nos parece interesante explicitar e introducir dicho antecedente. Reconocemos que la obra y el pensamiento beauvoirianos sientan precedentes sobre todo en la descripción y análisis crítico de las representaciones “femeninas” desde un enfoque literario y filosófico.

En concreto, nuestra propuesta reside en proporcionar algunas herramientas tanto didácticas, incluyendo la reflexión y la fundamentación, para ser aplicadas en la formación de docentes multiplicadores, en pos de ampliar el debate y las prácticas en la educación en géneros y sexualidades. Vale señalar que esta finalidad tiene un propósito mayor: proyectar un horizonte

en el cual lxs futurxs docentes acompañen a lxs jóvenes en el ejercicio mismo de la acción democrática, al percibir un contexto muchas veces hostil a la manifestación de las diferencias, sobre todo de la disidencia sexual.

En este sentido, nuestro trabajo reúne un corpus literario, que también tiene el alcance de cuestiones filosóficas, a modo de herramienta didáctica, a partir de la selección de las obras literarias de las tres escritoras argentinas antes mencionadas, con sus respectivos capítulos o pasajes para abordar y analizar en especial la construcción de las representaciones “femeninas”. Destacamos que la elaboración del corpus literario-filosófico propuesto, conjuntamente a la refección y la fundamentación, excluye la pretensión de ser una herramienta acabada. Dado su carácter de herramienta, ésta debe ser revisada, reelaborada, adaptada y puesta en discusión sobre la base de la experiencia misma de la formación docente y educativa, los temas de actualidad y en vista de diferentes proyectos institucionales en diálogo con la comunidad. El sentido de la revisión es también parte del mismo propósito.

Las representaciones “femeninas” –determinadas caracterizaciones y descripciones de los modos de vivir la corporalidad– que abordamos se revelan en primer lugar relacionadas a las diferencias etarias de las mujeres, desde la niñez hasta la vejez, las distinciones de clase y étnico-raciales y, sobre todo, al modo de experimentar la sexualidad. En segundo lugar, “lo femenino” se construye, generalmente, vinculado al rol de la mujer casada, la maternidad, el trabajo doméstico y la heterosexualidad. No obstante, sostenemos que las narrativas y las historias de las obras seleccionadas presentan de modo potencial fisuras para *deconstruir* “lo femenino” o la “femineidad”; precisamente a partir de la idea de que se trata de constructos.

De este modo, en la propuesta de confección y análisis de un corpus literario, relevaremos algunas obras de las tres autoras antes mencionadas: María Rosa Oliver, Emma Barrandéguy y Beatriz Guido. Al tener en cuenta los criterios de selección que hemos puesto de manifiesto, sostenemos que justamente esta selección no es azarosa, ya que nos permite poner en relevancia, por un lado, las producciones de estas escritoras que presentan elementos de interés para el abordaje de las representaciones “femeninas” y su contracara de tensiones o fisuras. Por otro lado, consideramos las peculiaridades que reúnen estas escritoras en cuanto a sus tareas mismas como intelectuales –en especial la recepción y, en algunos casos, la tarea de traducción de las obras de Beauvoir, en tanto conforma un antecedente para la estilística y el contenido narrativo de la época, así como también para el enclave teoría y praxis feminista–. En sus producciones, dichas autoras ponen de manifiesto las situaciones que viven las mujeres y las personas con identidad “femenina” o con orientación sexual “femenina” en el sistema heteropatriarcal.

Las obras que forman parte del corpus son: *Mundo, mi casa* de María Rosa Oliver, publicado por primera vez en 1965; *Habitaciones* de Emma Barrandéguy, escrita hacia fines de los años cincuenta pero publicada recién en 2002; “Una hermosa familia” de Beatriz Guido, relato que se halla en *La mano en la trampa*, obra de la autora publicada en el año 1961. De estas obras se proponen en especial algunos capítulos y/o pasajes.

En concreto, el recorrido propuesto consta de las siguientes partes: 1- la presentación de las representaciones “femeninas” a partir de las obras seleccionadas de las escritoras, sin antes dejar de precisar qué entendemos por representaciones “femeninas”, también por “identidad” y, a modo de trasfondo en el tratamiento, definimos “el antecedente beauvoiriano”; 2- un breve abordaje crítico de las representaciones antes presentadas desde la intersección de género, clase y etnia-raza –incorporando elementos de análisis que brindan los estudios poscoloniales, por ejemplo–; 3- las explicitaciones del corpus como herramienta didáctica, también las reflexiones y los fundamentos para la educación en géneros y sexualidades.

Como veremos, a lo largo del presente trabajo, muchas de las producciones literarias en general pero sobre todo las correspondientes a las escritoras mencionadas, problematizan la construcción de algunas representaciones “femeninas” a partir de las tensiones o fisuras que estas mismas representaciones conllevan. En el caso de las obras seleccionadas, su lectura y análisis, proporcionan herramientas clave para poner en palabras cuestiones sobre sexualidad pero también derribar mitos y prejuicios.

Consideramos que el tema de los géneros y las sexualidades, sobre todo de la diversidad sexual, en vinculación a la formación docente en vista del ámbito del aula, toma relevancia en nuestro contexto nacional como también latinoamericano, en los últimos años, a la par de las transformaciones sociales, culturales y en materia de legislación del cual el ámbito educativo no puede desentenderse.

1. REPRESENTACIONES “FEMENINAS” EN LA LITERATURA DE ESCRITORAS ARGENTINAS Y EL ANTECEDENTE BEAUVOIRIANO

La filosofía como la literatura, en tanto áreas o disciplinas del conocimiento, proveen de herramientas para la reflexión y la conceptualización pero también para el conocimiento en acción. En todo caso, el carácter de la representación, su construcción e implicancias –en el ensayo literario-filosófico y en otros géneros literarios–, es una pieza preciada al momento de generar pensamiento crítico o rever nuestras historias como pueblos y culturas. Mayor en nuestro interés, si en el entramado de estas representaciones “femeninas” hallamos tensiones o fisuras, por ejemplo la presentación de la disidencia sexual de las mujeres, quieren en determinada época estaban “destinadas” socialmente a ser madres y esposas heterosexuales.

Como lo enunciamos en la Introducción, nos interesa tomar como material de análisis para el abordaje de las representaciones “femeninas”, en primer lugar, una serie de obras de escritoras argentinas –cuya selección de capítulos o pasajes nos sirven para el armado de un corpus–: *Mundo, mi casa* de María Rosa Oliver; *Habitaciones* de Emma Barrandéguy; “Una hermosa familia” de Beatriz Guido. Además de interesarnos por la construcción y los tratamientos de las representaciones “femeninas” en dichas narrativas, observamos que estas escritoras tienen la peculiaridad –en cuanto a sus tareas como intelectuales– de formar parte del horizonte de recepción de la obra y del pensamiento de Simone de Beauvoir.

En efecto, desde Beauvoir y su obra *El segundo sexo* –aunque también podríamos mencionar como antecesora a Virginia Woolf y, en particular, su novela *Orlando*,¹ entre otras referentes– se pone en tela de juicio la consideración esencialista del “sujeto mujer” o “lo femenino” y, por ende, aquellos roles o caracterizaciones que se pretendan naturales o a modo de “destino biológico”. El ejemplo emblemático es el de “ser esposa-madre”. Tales antecedentes resultan clave para comprender el desarrollo de algunas perspectivas narrativo-filosóficas en la *deconstrucción* de las representaciones “femeninas”. Antes de centrarnos en las lecturas propuestas para la confección del corpus literario, a continuación hallamos algunas precisiones teórico-conceptuales.

¹ Se trata de *Orlando: A Biography* –traducida al castellano como *Orlando: una biografía*– de Virginia Woolf, publicada en 1928. Esta novela aborda temas considerados tabúes en su época, tales como la homosexualidad y la sexualidad femenina, además del rol de la mujer en una sociedad y como creadora literaria. Todos estos temas se presentan contextualizados en distintos períodos históricos: desde el período isabelino, pasando por el período victoriano, hasta llegar a la época moderna en los albores del siglo XX.

1.1. Acerca de las representaciones “femeninas” y la noción de “identidad”

En la introducción del presente trabajo hemos esbozado una rápida definición de lo que entendemos por representaciones “femeninas”, señalando que se trata de determinadas caracterizaciones y descripciones de los modos de vivir la corporalidad. No obstante, para llegar a comprender a qué refiere “lo femenino”, resulta importante establecer la definición de “representación” y, correlativamente, realizar una aproximación problemática de la noción de “identidad”.

En primer lugar, con la noción “representación” nos referimos, por un lado, al efecto de hacer presente algo con figuras, tratándose de la idea o imagen que sustituye a una “realidad”. Cuando nos referimos a las representaciones sociales, encontramos una vinculación con los estereotipos (Cano Gestoso, 1993: 259-260, 169-170, 310 y ss.; Amossy y Herschberg Pierrot, 2001: 54 y ss.). Según la definición que encontramos en la RAE, un estereotipo² consiste en una imagen estructurada y aceptada por la mayoría de las personas como representativa de un determinado colectivo. Esta imagen se forma a partir de una concepción estática sobre las características generalizadas de los miembros de esa comunidad. Como lo define Amossy y Herschberg Pierrot (2001), los estereotipos son

/.../ creencias sobre las clases de individuo, de grupos o de objetos, que son preconceptos, es decir, que no responden a una apreciación nueva de cada fenómeno, sino a hábitos de pensamientos y expectativas habituales. [...] Un estereotipo es una creencia que no se da como hipótesis confirmada por pruebas, sino más bien considerada, de manera entera o parcialmente equivocada, como un hecho dado (Amossy y Herschberg Pierrot, 2001: 32).

Sobre la base de dicha definición, nos detenemos a pensar en los preconceptos vinculados a la concepción de “ser mujer” históricamente y, en simultáneo, en la construcción de las representaciones “femeninas”, sobre todo en estrecha relación con los estereotipos definidos como heteropatriarcales. Esto es, desde nuestras reformulaciones consideramos que al comprender la función de los estereotipos sociales –aquellas imágenes que se forman a partir de una concepción estática sobre las características generalizadas de los miembros de esa comunidad, en este caso las mujeres–, podemos elucidar el carácter representacional que se construye simbólica y discursivamente sobre la base de aquellos. En este sentido, tales representaciones pueden respaldarse y fortalecer los estereotipos heteropatriarcales; por el contrario, pueden plantear disidencia o poner en evidencias sus fisuras.

²Vale señalar que, etimológicamente, el término “estereotipo” proviene del griego (στερεός [stereós], “sólido”, y τύπος [typos], “impresión, molde”) y refiere a la percepción simplificada que se tiene sobre una persona o grupo de personas que comparten ciertas características, cualidades y habilidades.

Por otro lado, ampliamos la definición de representaciones “femeninas” en relación con el antecedente beauvoiriano. Para esto, nos resulta de interés el estudio que realiza Adrián Ferrero en su artículo “Narrar el feminismo: teoría crítica, transposición y representación literaria en la obra de Simone de Beauvoir” (2010). Precisamente, a partir del estudio de las mediaciones entre las obras teórico-críticas beauvoirianas y el orden de lo ficcional, Ferrero observa que “se establece un tipo de conexión y filiación en la cual la escritura creativa funciona como un canal de divulgación y experimentación de los puntos de vista por ella sustentados” (Ferrero, 2010: 103). Se observa que existe una articulación entre el cuestionamiento de los roles de género, devenidos representación literaria, con una revisión de los sistemas representacionales (no solo en el plano literario en su sentido estricto). Asimismo, esto pone en evidencia cómo el hecho de narrar las tramas en un contexto ficcional actúa como una suerte de “laboratorio”, según el autor, hacia otras identidades de género y otras formas del pensamiento especulativo. En este sentido, coincidimos con Ferrero cuando sostiene que

/.../ narrar, describir, pensar, repensar, revisar, se tornan un *continuum* de operaciones intelectuales organizadas en un sujeto mujer que, lejos de trazar una dispersión, configuran una cartografía más o menos nítida, vacilante en el sentido de evolutiva pero no paralizada ni paralizante de núcleos de significado (Ferrero, 2010: 103-104).

En este punto, resaltamos la idea de las configuraciones cartográficas como efecto de la producción y las múltiples lecturas de esas ficciones que, además, ponen de manifiesto las tensiones y las fisuras de determinadas representaciones. Sin lugar a dudas, la obra literario-filosófica de Beauvoir es una de las precursora en este aspecto. No queremos dejar de subrayar aquí la noción de “sujeto mujer” que luego retomaremos en relación con la noción de “identidad”. Asimismo, observamos que Ferrero abreva en la obra literario-filosófica de Beauvoir focalizándose no solo en las representaciones femeninas sino además en los estereotipos y las representaciones masculinas. Precisamente, el autor observa que en sus textos literarios, Beauvoir no solo establece algunas imágenes de “mujeres” que rompan con los estereotipos sino que, simultáneamente, la de los varones. Se trata, en especial, de las imágenes de aquellos varones que en su hacer no aspiran a una relación de superioridad o dominio sobre las mujeres. Según el autor:

Al crear representaciones, tanto femeninas como masculinas, reñidas con los estereotipos, Simone de Beauvoir deconstruye las diversas formas en las que se gesta el «sentido común» (sobre todo en el sesgo sexista que éste adopta socialmente) y funda maneras alternativas de plantear los vínculos entre género y narración y, al mismo tiempo, modelos diferentes de socialización entre

ambos sexos que, propedéuticamente, la ficción puede contribuir a instalar en las formas sociales (Ferrero, 2010: 113-114).

De este modo, siguiendo a Ferrero, ponemos en relevancia la decisión y la función de la literatura, como también de la filosofía beauvoiriana, en aras de problematizar determinados estereotipos al tiempo que logra (re)crear otras representaciones –“femeninas”, “masculinas” o en términos de una hibridez–, que confrontan con una sociedad y una cultura sexistas. Esto mismo lo reconocemos, desde nuestras consideraciones, como potenciales fisuras de las representaciones tradicionales que se asientan en los estereotipos heteropatriacales. Desde nuestro punto de vista, las representaciones “femeninas” dan cuenta de las caracterizaciones y descripciones de los modos de vivir la corporalidad, en resonancia a cómo el mundo *me* determina.

Como enunciamos, presentamos dichas representaciones “femeninas”, relacionadas según las diferencias etarias de las mujeres –la niñez, la juventud, la adultez y la vejez–, también atravesadas por las marcas de clase, étnico-raciales y, sobre todo, al modo de experimentar la sexualidad. En simultáneo, notamos que “lo femenino” se construye, generalmente, vinculado al rol de la “mujer” casada, la maternidad, el trabajo doméstico y, en particular, a la heterosexualidad. A partir de dichas representaciones “femeninas” pueden leerse algunas “fisuras” que nos conducen a pensar las vías posibles para la independencia, la autonomía y la liberación de las mujeres. Ahora bien, no queremos pasar por alto en este apartado temático la noción de “identidad” introduciendo, además, una perspectiva crítica en vista de la deconstrucción de “lo femenino”.

Precisamente, en segundo lugar, cuando nos referimos a las identidades de género o, con más exactitud, a las “identidades generizadas” como preferimos llamarlas, entendemos que se trata del “etiquetamiento” (mujer/ varón) de una persona como resultado de las prácticas discursivas que regulan las expresiones de género en función de la heterosexualidad coercitiva (Butler, 2000, 2007). En esta redefinición de la noción de identidad, partimos, por un lado, de una definición tradicional que reúne las nociones de “género” e “identidad” (Rubin, 1984; Scott, 1999), al entender como tal la asignación social y cultural de un conjunto de características y atributos –categorizadas binariamente y jerarquizadas como “lo masculino” y “lo femenino”– a las personas en general, pretendiendo determinada correlación con el “dato”

biológico –asociando esta definición a la teorización feminista del denominado “sistema sexo/género”–.³

De este modo, la categoría de género es un punto clave para comprender el proceso social y cultural de asignación *identitaria*. No obstante, por otro lado, al recuperar el análisis y la posición crítica de la filósofa estadounidense Judith Butler acerca de las representaciones, y a partir del giro que se da a dicha noción desde los años 80, entendemos que la noción de “identidad generizada” refiere al resultado de un proceso de regulación de “la coherencia de género”. Siguiendo esta visión, dicho proceso de regulación de los géneros es efecto de las prácticas discursivas que operan en función de la heterosexualidad coercitiva (Butler, 2000, 2007; Smaldone, 2013, 2015).

Más adelante, ampliamos estas consideraciones críticas respecto de las categorías de “género” e “identidad”. No obstante, a partir de lo desarrollado hasta aquí, explicitamos nuestro rechazo a una concepción sustancial o esencialista de las identidades y adoptamos la denominación “identidades generizadas”. Sobre esta base de revisión teórico- conceptual, a continuación brindamos una breve reseña de las lecturas propuestas para la confección del corpus literario en vista de abordar la construcción de dichas representaciones.

1.2. Reseñas de obras literarias seleccionadas para la construcción del corpus⁴

(i) *Mundo, mi casa* de María Rosa Oliver: las mujeres y el enigma de la corporalidad

La obra *Mundo, mi casa* de María Rosa Oliver, es el primer volumen de sus memorias,⁵ publicado en el año 1965. La autora evoca aquí su infancia desde los tres años hasta los trece, reconstruyendo una época y un sector social arquetípico de la Argentina. Precisamente, su familia, que forma parte del entramado de historias en torno a la propia infancia, representa a la denominada “familia patricia argentina”, al sector de la élite argentina de fines del siglo

³ En términos generales, en el denominado “sistema sexo-género” –asociado a una perspectiva de la teorización feminista (Rubin, 1984) –, se distingue precisamente la construcción de los géneros (femenino/masculino) del sexo o el dato biológico, así como, análogamente, se distingue la cultura de la naturaleza.

⁴ En esta parte seleccionamos algunos pasajes de las obras que conforman el corpus, en “Anexos” se hallan algunos capítulos o pasajes más extensos de las mismas. Vale aclarar además que, si bien las obras seleccionadas son literarias, el tratamiento temático, los problemas que conllevan y, en particular, la vinculación con la obra y el pensamiento existencialista de Simone de Beauvoir, hace que el corpus también comprenda la disciplina filosófica.

⁵ Pensamos que la denominación “memorias” para este tipo particular de texto, gran parte producto de la búsquedas y las elaboraciones narrativo-estilísticas de las mujeres, conserva un lugar marginal en el estudio de los géneros y los cánones literarios. Desde nuestro interés, consideramos que las “memorias” –también denominadas “novelas de vida interior”, según algunos estudios (Ciplijauskaitė, 1994: 36; Jardine, 1985) –, presentan importantes elementos de análisis literario-filosófico, por ejemplo el tratamiento de la “concienciación por medio de la memoria”. En especial, destacamos aquellas narrativas que abordan el paso de la niña a la mujer, pasaje que se halla marcado por la adquisición del recuerdo (Ciplijauskaitė, 1994: 37), relatos y testimonios que, como aquí lo abordamos, hallamos en la obra de Oliver y de Beauvoir.

XIX y principio del siglo XX, con inserción y poder en la política, la economía y la cultura hegemónica en el proceso de constitución del Estado Nacional.

Justamente, la construcción del personaje principal, Rosita en sus primeros años de vida hasta entrada la juventud, conlleva una serie de representaciones sobre “ser niña” las cuales se basan en los estereotipos heteropatriarcales de la sociedad de la época. Asimismo, desde la mirada y el relato de la niña se configuran otras representaciones “femeninas”: la madre, la abuela, la bisabuela, así como también las mujeres empleadas en los trabajos domésticos, de cuidados o como nodrizas. Asimismo, se distinguen las figuras y los roles de los varones: el padre y los abuelos, entre otros. En estas configuraciones, se hace mención de cuestiones etarias y, sobre todo, de género, sexualidad, de clase y étnico-raciales.

Los títulos de los capítulos que conforman *Mundo, mi casa* son: “El aquí”, “La chacra”, “Lolo y otros lares”, “Lizzie Caldwell”, “Lo de abuela”, “Navidades”, “El mar”, “Aprendizajes”, “Las bibliotecas”, “Días patrios”, “La comida”, “Polio”, “Otra Navidad” y “El viaje”.⁶ Estos capítulos se entretajan a partir de las experiencias de vida de Rosita y, en especial, por el relato desde la mirada de esta niña sobre su entorno familiar y social. Se produce un recorte de determinados roles y representaciones y, en simultáneo, el asombro, la duda y la captación del malestar desde la mirada de la niña suministra movimiento a estas representaciones. Así, en el transcurso de distintas situaciones de vida, que van marcando a Rosita en su desarrollo –entre ellas, contraer poliomielitis a la edad de diez años; situación que se relata en el capítulo “Polio”–, se presenta además un enigma: la existencia del cuerpo. Pero el cuerpo como enigma está unido a la experiencia de la sexualidad y, al mismo tiempo, esto mismo se pondrá en tensión con una visión de la reproducción como “destino biológico”, dicho en términos beauvoirianos.

Esto es, desde el comienzo de la obra, a partir de los primeros recuerdos cuando la protagonista tiene apenas tres años de edad, aparece la escena del parto: su madre está pariendo a una de sus hermanas. Justamente, además de captar una percepción de la situación

⁶ En la parte de “Anexos” de nuestro trabajo se hallan los capítulos “Las bibliotecas” y “Polio”. Si bien la obra por completo es de suma importancia, sobre todo para abordar la construcción de las representaciones “femeninas”, estos dos capítulos seleccionados dan cuenta, por un lado, del ámbito cotidiano y los vínculos afectivos de la niña Rosita y sus hermanas. Estos ámbitos son, por ejemplo, las tres bibliotecas, así como también quiénes se reúnen en ellas; además pueden considerarse las lecturas de la época, el interés y la curiosidad de conocer y sus “descubrimientos”. Conjuntamente, se revelan las distinciones entre las figuras y los roles la madre y el padre, por ejemplo, en relación con los espacios que ocupan o, por el contrario, no transitan. Por otro lado, ante la situación de enfermedad, sobre todo en el capítulo “Polio”, se revelan las representaciones “femeninas” vinculadas a las tareas de cuidados; se destacan allí la figura de la madre y de la nodriza Lolo. Asimismo, en ambos capítulos atendemos al despliegue del tema de la “corporalidad”: las representaciones de los cuerpos, la curiosidad por descubrir qué es el cuerpo-desnudo; los cuerpos en las situaciones de prohibición y castigo religioso y moral; los cuerpos en movimiento y el cuerpo en la enfermedad, como experiencias disímiles, entre otras cuestiones.

del parto en el contexto de la cotidianeidad del hogar, la niña tiene una impresión ante el aspecto del cuerpito de la recién nacida a quien ve mientras la bañan:

–Mirá, tu otra hermanita –dice papá, señalándome un cuerpo chiquito, amoratado y todo flojo que una mujer, vestida de blanco, sostiene en el agua jabonosa.

Lo que está en el agua tiene, en medio de la barriga, algo que me parece la parte superior de una zanahoria, y de *eso* sale una tira violeta y lastimada que asusta y ofende. Grito y el grito se convierte en llanto. Papá me saca al pasillo que recorremos en sentido inverso. Sigo llorando desconsoladamente porque, además, una mejilla de papá me raspa un brazo (Oliver, 1965: 7).

Este pasaje que está cargado de sensaciones y percepciones en torno a los cuerpos en el parto-nacimiento, pertenece al primer capítulo “El aquí”. Desde nuestras lecturas, el título no solo refiere al enclave del parto, el nacimiento y el cuerpo, sino también a la historia de esta familia que conforma su “aquí-casa”, que es a la vez su mundo, desde los primeros años de vida y de su formación. Advertimos, así, una convergencia del espacio público-político en el ámbito privado-doméstico, sobre todo en los relatos de los acontecimientos históricos.

En efecto, destacamos algunas referencias que dan cuenta cómo determinados hechos históricos están asociados a la construcción de una representación de la casa familiar como “mundo”. Al respecto, transcribimos el siguiente pasaje:

Mirando hacia esos vidrios, mamá nos contó que para la revolución del 90 las balas del cuartel del Retiro los agujerearon.

–Pasaban de lado a lado, atravesando también los de enfrente –contaba; Nosotros subimos una tarde a la azotea y las oímos silbar sobre nuestras cabezas... /.../.

Señalando hacia el zaguán, prosiguió:

–A cada momento golpeaban a la puerta de calle. Venían a traer o a buscar noticias, porque mi tata era miembro de la junta revolucionaria... Abajo, en el sótano, las mujeres se pasaban horas deshilachando telas de lino para los heridos...

Aunque desde ese momento la palabra revolución me sugirió vidrios acribillados, golpes intempestivos y sangre que era preciso restañar, no relacioné ni vagamente la del año 90 con otra de la cual papá, algunas veces, me había hablado (...). (Oliver, 1965: 9-10).

Nótese que las representaciones de las mujeres en el contexto de guerra aparecen reforzando los roles de cuidadoras, en tal caso de los heridos. A propósito de la figura de la madre, observamos que, a lo largo de la obra, la cuestión de la maternidad aparece vinculada a un aspecto natural de la mujer. No obstante, frente a la preocupación de la madre puesto que la niña no pondrá ser madre después de desencadenada la enfermedad (la poliomielitis), observamos que se produce una fisura respecto de la representación de la “mujer madre y

esposa” y, sobre todo, de la idea de maternidad como “destino”. Queda claro que en la sociedad de esa época, la situación de las mujeres se define con relación al matrimonio y la maternidad, esto es, respecto de la función social como “esposa-madre”. De allí que consideramos una tensión entre la subjetividad (“femenina”), por un lado, y la maternidad como “destino biológico”, por otro.

Asimismo, no queremos pasar por alto que a lo largo de la obra, el valor de la enunciación del pronombre “nosotras”⁷ en la narrativa de Oliver, al referirse generalmente a las hermanas y ella (Oliver, 1965: 126-127). Como narra la autora en la obra:

En las reproducciones de los clásicos de la pintura o de la escultura y en las láminas de los frescos de Pompeya nos habituamos a ver la desnudez con toda naturalidad, a igual (*sic*) que los cuerpos enlazados o abrazados. Más perpleja me dejaban ciertas ilustraciones de los libros de botánica, particularmente las que mostraban los órganos de reproducción de las flores: desde que en la plaza había visto hacer pis a los chicos varones no me cabía duda de que esos como empaldecidos capullos de rosa que ellos tenían, y nosotras no, estaban destinados algo más que a poder orinar lejos. Claro que los estambres y los pistilos eran más lindos, pero también las flores eran más lindas que la gente, pensaba (Oliver, 1965: 126-127).

En esta cita, desde la mirada de la niña, se explicitan algunas diferencias con los varones, haciendo referencia a los cuerpos y, en particular, a la genitalidad. Como señalamos, es notable, además, la enunciación “nosotras” –frente a ellos (los varones) – como marca que nos remite a la escritura de Simone de Beauvoir, cuestión que luego retomaremos.

Al detenernos nuevamente en las distinciones respecto de las representaciones “femeninas”, además de la figura de “la niña” (Rosita así como también sus hermanas y otras), observamos que simultáneamente aparece la relación entre “ser mujer” y las creencias y las prácticas religiosas (Oliver, 1965: 178-179). Estas observaciones, conjuntamente con las caracterizaciones de clase y étnico-raciales – como la descripción de los rasgos y los hábitos de las mujeres en el ámbito doméstico o la mención de las “Damas de la Caridad” (Oliver, 1965: 180) –, expresan una jerarquía de situaciones. Por un lado, estas situaciones marcan las diferencias entre las mujeres. Por otro lado, el lugar y los roles de las mujeres son marginales respecto al de los varones (por ejemplo, en cuanto al ejercicio de la autoridad del padre). Precisamente, tenemos presente aquí la importancia de la teorización que realiza Beauvoir en torno a la categoría de “situación” –“ser mujer” en situación –, concepto que precisaremos luego.

⁷ Al respecto, observamos que en varios pasajes se refiere a un “nosotros” (Oliver, 1965: 9, 37, 61), en relación con un núcleo familiar o como distinción “nacional” (Anderson, 1991), cuestión en la cual no nos detendremos a analizar.

Vale señalar, por último, que María Rosa Oliver es quien realiza la primera traducción en lengua castellana de un artículo de Beauvoir publicado en Argentina. Se trata del artículo “Literatura y metafísica”, publicado en la revista *Sur*, en el año 1947. Justamente, Oliver es una de las fundadoras de dicha revista, junto a la escritora Victoria Ocampo –juntas participan, además, de la fundación en 1936 la Unión Argentina de Mujeres (UAM), cuya finalidad principal era promover el voto femenino–. En cuanto a nuestro interés, destacamos que ambas intelectuales argentinas, conocieron y se vincularon con Simone de Beauvoir.⁸ Estas redes intelectuales-afectivas merecen atención, sobre todo al comprender la conformación del horizonte de la recepción de la obra y la filosofía beauvoirianas en Argentina y Latinoamérica en general.

(ii) Habitaciones de Emma Barrandéguy: “ser lesbiana” o el erotismo de la ambigüedad

La novela de Emma Barrandéguy, *Habitaciones*,⁹ fue escrita hacia fines de los años cincuenta pero publicada recién en 2002. Su estilo mezcla la autobiografía novelada y la crónica parcial de la historia argentina en la primera mitad del siglo XX –situándose sobre todo en Buenos Aires, en la década del ‘40–, acompañada de reflexiones ensayísticas sobre Argentina de ese período (Weiss, 2007: S/d). La narrativa de *Habitaciones* se presenta en primera persona y sobresale la temática del erotismo y la búsqueda de la libertad sexual de una mujer. Esta búsqueda pone de manifiesto una vida sexual disidente de la heterosexualidad, norma casi absoluta para la época.

El primer capítulo, “Querido Alfredo, te cuento”, comienza enunciando:

Estoy sola. Por eso, a pesar de que tengo puesta la pollera negra y era de esperar que me ensuciara con el polvo, decidí arreglar el estante de arriba de la biblioteca, poniendo juntos todos los libros que quería tener a mano. Es claro que quizá me criticarías que al lado de *El juguete rabioso* pusiera el *Baudelaire*

⁸ Vale comentar que la relación entre Beauvoir y Ocampo se suele calificar como “tensa”, mientras que el vínculo de Oliver con la filósofa francesa se basó en lazos de amistad (Nari, 2002; Rodríguez Agüero, 2010).

⁹ Los títulos de los capítulos que conforman *Habitaciones* son: “Querido Alfredo, te cuento”, “La provincia”, “Leyendo en la biblioteca”, “Alfredo, te cuento”, “Las bellas letras”, “Alfredo, te cuento”, “Las bellas letras”, “Alfredo, te cuento”, “Florencia, Alfredo, te cuento”, “El americano”, “Buenos Aires uno”, “La provincia”, “Florencia tiene trece años”, “Alfredo, te cuento”, “La provincia”, “Manifestaciones”, “José en tercera”, “Alfredo, te cuento el desenlace”, “Florencia por segunda vez”, “Peripecia de la narcisista en la provincia”, “Buenos Aires dos”, “Trabajar”, “Alfredo, te cuento”, “Buenos Aires tres”, “Angélica”, “La provincia”, “El americano”, “Angélica”, “Alfredo, te cuento”, “Manifestaciones”, “Buenos Aires cuatro”, “Angélica”, “Manifestaciones”, “El americano habla”, “Florencia”, “Alfredo, te cuento”, “Buenos Aires cinco”, “Florencia”, “Alfredo, te cuento”, “Angélica me escribe”, “Se acabó lo que se daba”, “Buenos Aires seis”, “Alfredo, te cuento”, “Florencia”, “En el café con Florencia”, “Papel que Florencia deja en su casa al irse y que me entregan luego”, “El hecho”, “Versión final de Alfredo”, “Vivir después de Florencia”. En la parte de Anexos reproducimos algunos de estos capítulos, en particular sobre el relato que se centra en la relación de la protagonista, E., y su joven amante, Florencia.

de Sartre (...). No hay razones que guíen lo que hago. Pero lo importante es que di con la selección de poesía estadounidense que me dedicaste y que sabía que por allí andaba (Barrandéguy, 2002: 17).

Precisamente, en dicho inicio destacamos, por un lado, el recurso del diálogo imaginario con otros personajes y, además las posibilidades que abren el empleo de distintos géneros literarios, por ejemplo el epistolar, como se verá a lo largo de la obra. Por otro lado, nos interesan las menciones respecto a diferentes obras literarias y filosóficas y, en varios casos, implícitamente por sus temáticas. Dichas menciones expresan un contexto intelectual y cultural de época, como lo fue la recepción del existencialismo ateo francés –en especial Sartre y Simone de Beauvoir–. Así, la reseña de los acontecimientos políticos, las referencias de distintas lecturas y, sobre todo, el relato de las experiencias eróticas, abren un panorama histórico-cultural diverso que conlleva, a la vez, una mirada crítica de la sociedad de la época.

En este mismo capítulo, luego se narra y enuncia:

/.../ Anotemos en el haber de la familia dos bisabuelas aventureras y separadas de sus maridos, y soy capaz de creer, como mis primas, que algo debe haber... ¿Se traían rasgos de una época, de una clase o de una familia que se podría? ¿O yo me había elegido como soy? Algunas veces, gracias a antiguas lecturas de Freud, me he preguntado: ¿todo estará en la infancia? (...). (Barrandéguy, 2002: 23).

Justamente, el despliegue de las experiencias y el erotismo de una vida sexual disidente, de un modo de vivir la (des)orientación sexual, se narra en simultáneo con los hechos políticos trascendente y los cambios sociales de la ciudad de Buenos Aires. Prima aquí, sobre todo, la mirada de una mujer que llega de otra provincia argentina. Subrayamos que, para Weiss, “el recorrido cronológico de *Habitaciones* ocurre en dos tiempos: un tiempo político-social evocado por la voz narradora a través de algunos episodios que le tocó vivir, y un tiempo de experiencias individuales” (Weiss, 2007. S/d).

De este modo, registramos algunas impresiones que vinculan el contexto social y político y las experiencias personales. Por ejemplo, cuando la narradora sostiene: “Injusticia y falsedad son, para mí, vida provinciana y clase media. No sé si lo que me molesta dentro se debe a que es injusto socialmente, falso en la práctica o repugnante para mí personalmente” (Barrandéguy, 2002: 27). Aquí la cuestión de clase no resulta ajena a la construcción de una mirada y la (de)construcción de determinadas representaciones y estereotipos de género y clase. Otro ejemplo, respecto de un contexto en particular, lo leemos en el capítulo “La provincia”:

La primavera no se había iniciado todavía en aquel 1930 cuando un grupo de alumnos del cuarto año normal de un pueblo provinciano interrogaban a un profesor de Cívica sobre el significado del estado de sitio que acababa de decretarse. Con ese estado de sitio se inauguraba en la Argentina una época que habría de ser de fundamental significación. Era lógica la curiosidad de esos alumnos adolescentes, pues habían crecido en una época pacífica, en la que las mayores reyertas eran las de la política pueblerina (Barrandéguy, 2002: 25).

Precisamente, se explicitan determinadas marcas que constituyen la mirada de una mujer pueblerina. Esto mismo se destaca a lo largo de la obra. Asimismo, como mencionamos, coincidimos con el análisis de Weiss al señalar que, en una segunda instancia de lectura, “el desarrollo de la obra no sólo le permite al lector completar el subtexto de experiencias de la protagonista, sino también rescatar, en toda su fuerza generadora, las lecturas de las que se ha nutrido” (Weiss, 2007. S/d). En este sentido, resultan importantes las observaciones que realiza Weiss acerca de las recepciones o lecturas:

(...) Más allá del recurso intertextual a Simone de Beauvoir que señala M. Moreno, el libro revela, muchas veces por medio de los epígrafes o por la mera mención de nombres de autores, una trama de lecturas no sólo literarias, también políticas, históricas, sociales que ofrecen el marco a un pensamiento tensado en las disyuntivas centro-periferia (Buenos Aires vs. provincia, ciudad vs. campo, política nacional vs. política internacional), libertad (intelectual, política, sexual)-represión (exterior, como expresión del exceso de libertad sobre otros, o interior, sintetizada en el sentimiento de culpa), literatura-vida (Weiss, 2007. S/d).

Desde nuestro interés, retomamos y nos detenemos en la afirmación acerca del recurso intertextual a Simone de Beauvoir, que aborda la investigadora y periodista María Moreno. Esta huella de la recepción nos parece clave, sobre todo al relacionar la obra y la cuestión de la heterosexualidad-homosexualidad (erotismo ambiguo, bisexualidad y deseo lesbiano) con la obra de Beauvoir. En su estudio que prologa la novela, María Moreno precisa que “el final de *Habitaciones* es una cita del final de *La invitada* de Simone de Beauvoir sólo que los personajes no están en los mismos lugares, el triángulo no es equilátero: la mujer más joven privilegia su vínculo con la otra mujer y el rival es el hombre” (Moreno, 2002:12).¹⁰ Resulta relevante, además, a modo de antecedente en la temática, la obra *El segundo sexo*, en particular el capítulo “La lesbiana”. Precisamente, como veremos luego, en dicho capítulo

¹⁰ Precisamente, esta obra, *La invitada*, de Beauvoir trata de la relación de una pareja que conforman Françoise y Pierre Labrousse, hasta sufrir una transformación con la aparición de Xavière, una joven estudiante quien ha llegado de una provincia francesa para vivir en París. Françoise intenta recuperar su relación con Pierre quien a ha estrechado un vínculo afectivo con la joven. En el final de esta historia, se narra el momento en que Françoise intenta deshacerse de Xavière.

hallamos la afirmación que “ser lesbiana” es una actitud auténtica, en la cual la mujer se asume libremente (Beauvoir, 2007: 247 y 365).

Desde nuestra mirada y a partir del despliegue estilístico-narrativo de la obra *Habitaciones* de Emma Barrandéguy, reconocemos una “ficción lesbiana” (Arnés, 2016) donde observamos al menos un doble movimiento: en la construcción de las representaciones, sobre todo de la bisexualidad o lesbianas, se deconstruye “lo femenino”, aquellas representaciones basadas en una serie de estereotipos heteropatriarcales de “ser mujer” –en tanto constructo vinculado al rol de la mujer casada, la maternidad, el trabajo doméstico y la heterosexualidad–. Como señala Laura Arnés:

E., la protagonista (mujer casada que supo tener amantes varones y mujeres), se construye en los espacios intersticiales que delinean los estereotipos de género propios del imaginario literario argentino (el de la empleadita tísica o romántica, el de la madre devota y esposa ejemplar, el de la ferviente militante o, incluso el de la mujer que dio el mal paso) y provee al lector, en el mismo gesto, de aquella experiencia –de aquella escritura– que falta. Porque justamente se hace cargo de ese lado de la historia sobre el cual la moral burguesa no permitía hablar (...). (Arnés, 2016: 164-165).

En el abordaje de este modo estilístico-narrativo de “hablar”, enfatizamos en el movimiento de deconstrucción de “lo femenino”. Observamos que en *Habitaciones* el relato de diferentes experiencias eróticas sobre todo con mujeres, ponen en tensión la representación de la “mujer-casada”, fiel a las normas hetero y de la monogamia, y afloran las fisuras de aquello que se pretende como “la pura condición de entidad-sexo-femenina” (Barrandéguy, 2002: 60). En específico, nos interesa resaltar que el deseo y el erotismo se asumen como un modo de vivir “ambiguamente” (Barrandéguy, 2002: 134).

En cuanto al sentido de “habitar”, hacemos hincapié en el siguiente pasaje:

Al final, vos me aceptabas sin interrogantes, sin que hubieras interrogado más después de nuestra carta de ruptura. Había transcurrido un tiempo antes de que reanudáramos nuestros encuentros, mis primeros meses de casada. ¿Suponías que tenía una vida al margen de mi matrimonio y no preguntabas nada? Esto que te cuento es para llenar esas lagunas y desprenderme de todo lo que me habitaba. En el umbral de esas “habitaciones” fue que se produjo el encuentro tuyo con Florencia, cuando a través de los años nos seguimos viendo (Barrandéguy, 2002: 49).

Justamente Florencia es una de las amantes de E. Las relaciones tradicionales se dislocan asumiendo otros modos de relaciones eróticas y afectivo-amorosas, ocultas en un contexto de época. Así, la obra *Habitaciones* no solo es reveladora en este sentido, sino que entendemos que presenta de modo potencial fisuras de las representaciones “femeninas” más tradicionales,

acorde con los estereotipos heteropatriarcales, dando voz a la sensibilidad, los afectos y el erotismo ambiguos y el modo de vivir la corporalidad disidente.

(iii) “Una hermosa familia” de Beatriz Guido: mamá trans y la heteronormatividad

“Una hermosa familia”¹¹ es un relato breve de Beatriz Guido que se halla en *La mano en la trampa*, obra publicada por primera vez en el año 1961. Para la investigadora Nora Domínguez –quien basa su análisis en la vinculación de este relato con otros de la autora respecto de las representaciones familiares que se inscriben en “los bordes del sistema de parentesco”–. “Una hermosa familia” es una pieza que “la crítica ha pasado por alto”.

Reproducimos aquí, a modo de introducción, la síntesis que realiza Domínguez:

El lugar de la madre lo ocupa Hernán, la pareja del padre del niño. Es decir, alguien cuyo sexo no es femenino pero cuyo género se materializa en determinados (*sic*) acciones que no siguen al sexo, aunque sí a la maternidad. Para la voz narrativa masculina que sostiene el relato este arreglo familiar es posible y armonioso, para el afuera es objeto de censuras (Domínguez, 2004: 128).

Precisamente, el niño declara que Hernán es su madre. Surgen preguntas, además, por parte del niño: “¿por qué te disfrazás?” (Guido, 1961: 132). Podríamos decir que en el hecho del “disfraz” hay un modo de representación de “lo femenino” –en tanto conductas, acciones y rasgos afectivos y un estilo corporal–. Pero este modo de vivir la corporalidad (por parte de Hernán), como también de vivir o querer estos lazos familiares, filiales (por parte del niño), pueden ser señalados o penados en una primera instancia por un “afuera”, donde rige la norma heterosexual.

En efecto, Hernán (durante un importante período asume la figura de la madre), aparece definido/a, desde un entorno externo a esta familia, como el “viejo marica” y “gordo”. Este insulto instala en el niño no solo el sentimiento de vergüenza sino un discurso correctivo de lo que debe ser “normal”; más allá que el niño afirma que Hernán es la madre, sin vincularse dicho rol a un sexo biológico. Pensamos que el insulto (“marica”, “gordo”, “viejo”) condice, de algún modo, con las ideas de Hernán: “/.../ la humanidad es tan semejante al mundo animal... Y la rutina es uno de sus más detestables privilegios” (Guido, 1961: 132). Podemos pensar que hay cierta “animalidad” en esta humanidad y en tanto un mundo (externo frente a las posibilidades afectivas de dicha familia) que se impone y que condena a vivir según los estereotipos heteropatriarcales, a la vez que inhabilita los afectos, el amor y el deseo disidentes. Esa “animalidad” es la rutina, lo dado por determinado orden que se pretende

¹¹ Este relato se halla por completo en “Anexos”.

como cimiento del “deber ser” (normativo) y a modo de “destino biológico”. En este sentido, acordamos con Nora Domínguez al sostener que:

Beatriz Guido ha experimentado sin moderación con los relatos familiares, imaginó y construyó una familia fuera de contextos heterosexuales. De este modo se anticipó treinta años a la posibilidad de establecer nuevos acuerdos en las relaciones que se entablan en su interior (Domínguez, 2004: 128).

Desde nuestra mirada, no solo se representa otro modo posible de construir los vínculos familiares y filiales y, sobre todo, se representa otra maternidad posible, sino que se deconstruyen la “masculinidad” y la “feminidad” en cuanto se presentan en términos heteronormativos. Esto es, en la construcción de las representaciones de la disidencia sexual se (re)crean las fisuras de las representaciones “femeninas” y “masculinas”. De este modo, queda en tela de juicio la existencia de un “afuera”/ “adentro” de la heteronorma. En este caso, “Una hermosa familia” es una pieza preciada para el análisis no solo de las representaciones de las familias, sino desde la (de)construcción, en su doble movimiento, de “lo femenino” y “lo masculino” y la representación de una maternidad disidente a partir de la experiencia de la vida trans.

1.3. El pensamiento beauvoiriano como antecedente: ¿Hay mujeres?

Desde su edición en 1949 en Francia, la obra de Simone de Beauvoir *Le deuxième sexe* –en su traducción castellana *El segundo sexo*– presenta una perspectiva inaugural del pensamiento feminista.¹² Este ensayo, conjuntamente a obras de otras pensadoras feministas, forma parte del horizonte intelectual que constituirá la llamada “Segunda Ola Feminista”, en pos de la liberación de “la mujer”, particularmente en Estados Unidos hacia 1960.¹³ Como venimos señalando, en Latinoamérica y sobre todo en Argentina, la obra literaria y filosófica de

¹² Resulta necesario aclarar que Simone de Beauvoir, quien además de no autodefinirse feminista en el momento de la publicación de *Le deuxième sexe* (Collin, 2006: 172; 2010: 71), en dicha obra explicita importantes críticas las feministas coetáneas (Chaperon, 1995). No obstante, coincidimos con la estudiosa española Teresa López Pardina quien en su Prólogo a la edición española de *El segundo sexo* sostiene que dicha obra “no sólo ha nutrido a todo el feminismo que se ha hecho en la segunda mitad del siglo XX, sino que es el ensayo feminista más importante de toda la centuria” (López Pardina, 2011: 7). Así, tenemos en cuenta, por ejemplo como la propuesta de Beauvoir de “desbordar al materialismo histórico” (Beauvoir, 2007: 59) es significada décadas después desde diferentes perspectivas feministas, como lo hace el feminismo materialista desde los años 60’ y 70’ (Smaldone, 2014).

¹³ Siguiendo la cronología que trazan en sus estudios las feministas estadounidenses, la Segunda Ola se inicia con el *Women’s Liberation Movement* a principios de la década de 1960. No obstante, resulta importante diferenciar los estudios de las europeas puesto que se refieren a la fase segunda o el “Feminismo liberal sufragista” y, hacia los años 70, a la fase tercera. En todo caso, estas últimas estudiosas, en un primer momento sitúan el origen del feminismo en la Ilustración a raíz de las polémicas sobre la naturaleza de la mujer y la jerarquía de sexos, también llamada la polémica feminista, se planteaba en términos diferentes a los de siglos anteriores (Amorós, 1999; López Pardina, 2011).

Beauvoir traza caminos en las producciones intelectuales de mujeres, además de la influencia en la praxis feminista (Tarducci, 1999; Rodríguez Agüero, 2010; Rodríguez Agüero y Ciriza, 2012; Borges Vieira, 2013). Consideramos la relevancia de la obra ensayística, literaria y filosófica de Beauvoir, para el pensamiento contemporáneo y sobre todo por su recepción en diferentes contextos nacionales –desde fines de los años 40 hasta la actualidad–.

De esta forma, no queremos pasar por alto que el corpus literario-filosófico propuesto, justamente, puede ser vinculado y analizado en diálogo con la obra y el pensamiento de Simone de Beauvoir. Además de la perspectiva de análisis, el método¹⁴ y la relevancia conceptual beauvoirianos, resulta interesante abordar el modo en que se plantea el carácter de constructo de “lo femenino”. Nos interesa aquí dar cuenta de algunas representaciones “femeninas” en la obra de Beauvoir, en especial *El segundo sexo*, en relación a diferentes momentos de la vida –la niñez, la juventud, la adultez y la vejez– y las distinciones de clase y étnico-raciales, como también la representación de “lo femenino” vinculado a la disidencia sexual –como el lesbianismo y/o travestismo –.

Sostenemos que estas representaciones y los modos de construir “lo femenino” o el “cuerpo femenino”, dan cuenta de modo simultáneo de las caracterizaciones, los roles y los mandatos culturales, sociales y políticos de época. Sobre todo, al relevarse las tensiones que se presentan en dichas representaciones, como por ejemplo respecto de las figuras de la mujer “doméstica”, la “mujer esposa-madre” y la sexualidad sobre la base del sistema heterosexual. Asimismo, consideramos que esta forma de plantearse las representaciones femeninas, en tensión y críticamente, en las obras nacionales seleccionadas, muestra una vinculación con el pensamiento y las construcciones estilístico-narrativas beauvoirianas.

Puntualmente, a partir de la obra y la filosofía beauvoirianas, tenemos en cuenta la formulación de las nociones o las categorías –tales como “situación”, la mujer como “lo otro” (Beauvoir, 2007: 18) o “nosotras” (Beauvoir, 2007: 21). En relación con dicha conceptualización, atendemos a las descripciones y la revisión crítica de determinadas representaciones “femeninas” según: las distinciones etarias, en especial en torno al rol de “esposa-madre”; las diferencias de clase –entre las obreras y las burguesas, particularmente– pero también las distinciones étnico-raciales –como entre las mujeres “orientales” y las “occidentales”–; la disidencia sexual, en la/s figura/s de la/s lesbiana/s o, a partir de otras

¹⁴ Se trata del método analítico regresivo-progresivo. Precisamente, en el despliegue de dicho método se articulan dos momentos. De modo retrospectivo se evidencian las condiciones que contribuyeron a formar el estado de opresión de las mujeres, hasta la configuración vigente del acontecimiento (Casale, 2010, pp. 48 y 49). Como resultado de la aplicación del método, Beauvoir pone en evidencia la división y jerarquización de sexos y la situación de opresión que viven las mujeres en diferentes momentos de la historia y en diversos contextos culturales (Smaldone, 2014, p. 16).

reformulaciones, las “travestis”. Se señala, además, la función de la jerarquización de las situaciones y los límites de la situación (Femenías, 2012: 19-20). En específico, se refiere a la situación de opresión que viven las mujeres, en particular en el ámbito de la pareja, atendiendo al entramado “familia, clase, medio y raza” (2007, p. 514). Destacamos que, así como la filósofa distingue entre las condiciones materiales y la situación de vida de obreras y las burguesas, o las esposas de los burgueses, hace referencia a las diferencias que se presentan entre la situación que viven las mujeres “occidentales” y las “orientales”. Como retomaremos luego, dicha mención y distinción acarrea una discusión que se amplía en los debates y los estudios posteriores.¹⁵

A partir de este rápido bosquejo de los elementos que consideramos clave de la obra y la filosofía de Simone de Beauvoir, ampliamos, en primer lugar, su tratamiento teórico-conceptual. Precisamente, en *El segundo sexo*, la filósofa se refiere a la “situación” de las mujeres, quienes son percibidas y se autoperciben como “lo Otro” del sujeto varón. En términos de la filósofa: “la mujer no se reivindica como sujeto, porque carece de los medios concretos para ello, porque experimenta el lazo necesario que la une al hombre sin plantearse reciprocidad alguna, y porque a menudo se complace en su papel de *Otro*” (Beauvoir, 2007: 23). Asimismo, destacamos que para Beauvoir “/.../ la situación no depende del cuerpo, es éste el que depende de aquélla” (Beauvoir, 2007: 692). Así, la filósofa francesa define la situación como el condicionante de los rasgos biológicos y, en todo caso, el cuerpo o, dicho en otros términos, los modos de vivir la corporalidad dependen de ella.

Beauvoir se focaliza en “descubrir a la mujer”; esto es, busca visibilizar el lugar y las condiciones de existencia de las mujeres, resultando central el desarrollo y condensación de la categoría de “situación”: “ser mujer en situación”. Un ejemplo clave de la situación que viven las mujeres es la dificultad de enunciarse y asumirse como “nosotras”. En términos de la filósofa:

¹⁵ Esta distinción que formula Beauvoir entre mujeres “occidentales” y las “orientales” se halla tanto en *El segundo sexo* como en otro de sus ensayos previos, *Pour une morale de l’ambiguïté* (1947) – *Para una moral de la ambigüedad* (primera edición argentina en 1956) –. Precisamente, antes del gran ensayo, Beauvoir se pregunta por el contenido en que podemos querernos libres (Beauvoir, 1956: 27) y, a continuación, abre un campo de distinciones al abordar, por ejemplo, las situaciones de los niños, de los esclavos y de las mujeres. Al referirse a las mujeres, distingue entre la situación y las posibilidades de libertad de la “mujer occidental” y de la “mujer oriental”. Entre estas últimas, observa que no es lo mismo referirse a las musulmanas encerradas en un harén o a las esclavas negras del siglo XVIII (Beauvoir, 1956: 39). En tal caso, no puede negarse la liberación como posible, pero sin embargo no debe pasarse por alto que las situaciones adquieren una jerarquía (Beauvoir, 1956: 8). Ahora bien, consideramos que dicha distinción beauvoiriana resulta materia de discusión sobre la base del análisis y las críticas de los estudios poscoloniales, por ejemplo, al tener en cuenta el modo en que opera la mediación de algunas representaciones culturales y políticas en el contexto del colonialismo francés y eurocéntrico (Said, 2004). Esto mismo lo ampliamos en el siguiente capítulo.

Los proletarios dicen “nosotros”; los negros, también. Presentándose como sujetos, transforman en “otros” a los burgueses, a los blancos. Las mujeres – salvo en ciertos congresos, que siguen siendo manifestaciones abstractas– no dicen “nosotras”; los hombres dicen “las mujeres” y éstas toman estas palabras para designarse a sí misma; pero no se sitúan auténticamente como Sujeto (Beauvoir, 2007: 21).¹⁶

Respecto a los momentos de la vida de las mujeres que Beauvoir organiza y analiza en la parte de “Formación”, en primer lugar se refiere a las niñas –capítulo I, “Infancia”–. Este capítulo comienza con la afirmación:

/.../ no se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino. Únicamente la mediación de otro puede constituir a un individuo como otro (Beauvoir, 2007: 207).

Esta afirmación refuerza la idea de “lo femenino” o “la mujer” como constructos. El rol de la mujer “esposa-madre” se presenta desde los primeros momentos de vida como destino. En la transición de la juventud a la vida adulta, este “destino” se materializa. En el volumen II de *El segundo sexo*, Primera Parte: Situación, capítulo I, “La mujer casada”, Beauvoir comienza por afirmar que:

/.../ el destino que la sociedad propone tradicionalmente a la mujer es el matrimonio. La mayor parte de las mujeres, todavía hoy, están casadas, lo han estado, se disponen a estarlo o sufren por no estarlo. La soltera se define con relación al matrimonio, ya sea una mujer frustrada, sublevada o incluso indiferente con respecto a esa institución. Así, pues, tendremos que proseguir este estudio mediante el análisis del matrimonio (Beauvoir, 2007: 373).

La función del matrimonio se convierte en piedra de toque del análisis acerca de la condición femenina y la situación de las mujeres. El matrimonio es definido con un “contrato” (Beauvoir, 2007: 373). Para Beauvoir, más allá de los cambios a través de los años, el matrimonio y la situación de la mujer no cambiaron, por ejemplo, al comprometerse a las mujeres a “proporcionar cierto trabajo doméstico” (Beauvoir, 2007: 378), entre ellos el trabajo de cuidado de los hijos e hijas. En el capítulo I, “La madre” de la Primera Parte: Situación (volumen II), Beauvoir señala que “en virtud de la maternidad es como la mujer cumple íntegramente su destino fisiológico”. No obstante, desde hace aproximadamente un siglo, explicita Beauvoir en 1949, “la función reproductora ya no está determinada por el solo azar biológico, sino que está controlada por la voluntad” (Beauvoir, 2007: 464). En este

¹⁶ Vale precisar que para el presente trabajo me nutro de la traducción castellana de *El segundo sexo* realizada por Juan García Puente.

sentido, la filósofa se ocupa además de describir la situación de aborto que pueden atravesar las mujeres como contracara de la maternidad, afirmando además que “el aborto es un ‘crimen clasista’” (Beauvoir, 2007: 467). En todo caso, “el control de la natalidad y el aborto legal permitirían a la mujer asumir libremente sus maternidades” (Beauvoir, 2007: 474).

En cuanto al momento de la vejez y en relación con la maternidad, Beauvoir especifica que “divertida o amargada, la sabiduría de la mujer vieja sigue siendo completamente negativa (...). En ninguna edad de su vida consigue ser a la vez eficaz e independiente (Beauvoir, 2007: 586). Para Beauvoir, se trata de “la lamentable tragedia de la mujer de edad”, puesto que “se sabe inútil”. En este caso, “las labores femeninas se han inventado para disimular esa horrible ociosidad (...) no se trata de un verdadero trabajo, porque el objeto producido no es el fin propuesto” (Beauvoir, 2007: 582). Observamos que las diferentes etapas de la vida de las mujeres, desde la niñez a la vejez, se hallan atravesadas por los roles y los mandatos heteropatriarcales, sobre todo “ser mujer madre-espesa” abnegada por su hogar, las tareas domésticas y de cuidados.

A contrapartida, destacamos que en el capítulo “La lesbiana”, la filósofa francesa afirma que “ser lesbiana” es una actitud auténtica, en la cual la mujer se asume libremente y como posibilidad de rehuir al entramado social de normas y preceptos que configuran el “ser mujer”. Para Beauvoir, la homosexualidad no es ni una actitud inauténtica o una perversión, ni una maldición o un hecho fatal de la historia, sino que “es una actitud *elegida en situación*, es decir, a la vez motivada y libremente adoptada” (Beauvoir, 2007: 365). En todo caso, puede darse que “la homosexualidad puede ser para la mujer una manera de rehuir su condición o una manera de asumirla” (Beauvoir, 2007: 347). Aquí reside, desde nuestro punto de vista, una clave para comprender no solo las tensiones de las representaciones “femeninas”, sino su proyecto emancipador de un “sujeto mujer”.

A partir de este breve recorrido acerca de la filosofía beauvoiriana, consideramos un entramado teórico-conceptual clave para la época y posteriores trabajos intelectuales sobre todo de las escritoras latinoamericanas. Ante lo expuesto y desarrollado en los capítulos 1 y 2, reafirmamos que nuestra propuesta didáctica, centrada en la elaboración de un corpus literario, así como también filosófico, puede resultar una herramienta entre otras para la educación en géneros y sexualidades. Se trata en especial de brindar algunas recomendaciones de lecturas de algunas obras de determinadas escritoras, cuya selección se enmarca en un contexto de producción nacional y permite dialogar, al mismo tiempo, con producciones literario-filosóficas como la de Simone de Beauvoir.

2. HABLEMOS DE LAS REPRESENTACIONES. APROXIMACIONES ANALÍTICAS DESDE LA INTERSECCIÓN DE GÉNERO, CLASE Y ETNIA-RAZA

En esta parte del trabajo ampliamos el análisis y realizamos un breve abordaje crítico de las representaciones “femeninas” planteadas particularmente desde la intersección de género, sexualidades, clase y etnia-raza. A partir de los elementos que brindan las narrativas y los tratamientos filosóficos, nos focalizamos tanto en las tensiones y las fisuras que se presentan en torno al constructo de “lo femenino”, así como también respecto de la reproducción de los estereotipos heteropatriarcales que ponemos en cuestión. Mediante la incorporación de los elementos de análisis que nos proporcionan por ejemplo, los estudios poscoloniales o la perspectiva de género, podemos ampliar nuestro abordaje crítico.

En primer lugar, valoramos el análisis de los estudios poscoloniales, tanto de Edward Said – su obra y análisis son emblemáticos para el desarrollo de dichos estudios–, como de Gayatri Spivak, sobre todo con el fin de revisar la posición y el tratamiento de las representaciones, implícitos en el pensamiento beauvoiriano. Esto es, si bien Beauvoir señala la importancia de adoptar una perspectiva de análisis desnaturalizante desde el entramado “familia, clase, medio y raza” (Beauvoir, 2007: 514), consideramos que con el posterior desarrollo de la perspectiva de género y “post-feminista”, en diálogo con el pensamiento poscolonial, se acentúa una mirada crítica al momento de indagar sobre quién es ese/a “otro” u “otra”¹⁷ que habla.

Precisamente, nos interesa preguntar quién habla fuera de una forma de conocimiento instrumental o de concebir al “otro distante y amorfo”. Se halla en juego discernir, sobre la base de las representaciones que siguen operando en la literatura y la filosofía beauvoirianas, si puede hablar el “sujeto”/“mujer”/“colonizado”, poniendo en evidencia, en todo caso, el lugar de la conciencia del/la subalterno/a y su (im)posibilidad de hablar (Said, 2004; Spivak, 1985, 1985a). Así, nos focalizamos en el análisis de Simone de Beauvoir y en particular en la distinción que formula entre mujeres “occidentales” y las “orientales”, tal como mencionamos en el capítulo anterior. Si bien de algún modo se enuncia el problema del “Otro/Otra” en el contexto del colonialismo/descolonialismo, no por ello dejan de mediar algunas representaciones culturales y políticas.

¹⁷ También podríamos enunciar “otrx”, como una forma de dislocar el lenguaje o poner de manifiesto la posibilidad de plasticidad del mismo, sobre la base de la lengua castellana y su expresión de una dicotomía de género.

Coincidimos con Said en afirmar que, al referirnos al discurso cultural, como el “discurso orientalista”, y al intercambio dentro de una cultura, lo que comúnmente circula son representaciones (Said, 2004: 25- 26). Esta manera de referirnos al “otro” no solo es una forma de conocimiento instrumental en una relación de poder, sino que da cuenta de la “situación de fuerza” (Said, 2004: 25). Por ejemplo, respecto a la óptica y el lugar del varón “occidental” en la representación de la “cortesana egipcia” (Said, 2004: 25). Se trata, particularmente, de un modo de *inteligir*, de conocer/aprehender/pensar, y de relacionarse con la “mujer oriental”, como en la continua realización de la inversión donde se presenta al “orientalismo”. En efecto, dicho orientalismo se presenta a modo de un sistema para conocer a “Oriente” y así cumplir la finalidad de penetrar en la “conciencia occidental” (Said, 2004: 26).

Al referirnos al carácter de las representaciones culturales de las “identidades”, tomamos como referencia el estudio y el análisis de Said, especialmente en torno a la noción/construcción de “orientalismo”. En términos del autor:

/.../ los franceses y británicos –y en menor medida los alemanes, rusos, españoles, portugueses, italianos y suizos– han tenido una larga tradición en lo que llamaré *orientalismo*, que es un modo de relacionarse con Oriente basado en el lugar especial que este ocupa en la experiencia de Europa occidental. Oriente no es solo el vecino inmediato de Europa, es también la región en la que Europa ha creado sus colonias más grandes, ricas y antiguas, es la fuente de sus civilizaciones y sus lenguas, su contrincante cultural y una de sus imágenes más profundas y repetidas de lo Otro. Además, Oriente ha servido para que Europa (u Occidente) se defina en contraposición a su imagen, su idea su personalidad y su experiencia. Sin embargo, Oriente no es puramente imaginario. Oriente es una parte integrante de la civilización y de la cultura *material* europea. El orientalismo expresa y representa, desde un punto de vista cultural e incluso ideológico, esa parte como un modo de discurso que se apoya en unas instituciones, un vocabulario, unas enseñanzas, unas imágenes, unas doctrinas e incluso unas burocracias y estilos coloniales (Said, 2004: 19-20).

De este modo, se crean campos de estudio cuyo objeto es siempre un “Otro”, enunciando un “Otro radical”, que llegan a denominarse, por ejemplo, “orientalismo”. Se trata de una forma sesgada de percibir a Oriente, en tanto una invención occidental, aunque sin concluir que Oriente es puramente una idea o una creación basada en la experiencia de Europa Occidental sin una realidad correspondiente (Said, 2004: 24). Como continúa precisando Said:

/.../ en cuanto a esta tradición académica, cuyos destinos, transmigraciones, especializaciones y transmisiones son, en parte, el objeto de este estudio, existe un significado más general del término orientalismo. Es un estilo de pensamiento que se basa en la distinción ontológica y epistemológica que se

establece entre Oriente y –la mayor parte de las veces– Occidente (Said, 2004: 21).

Sobre la base de esta perspectiva de análisis y la toma de posición ético-política y epistemológica que presenta Said, nos interesa hacer hincapié en el ejemplo que enuncia el autor acerca de la representación de la “mujer oriental” como parámetro de las configuraciones de poder.

Como lo hemos presentado hasta aquí, Said expone algunas puntualizaciones, en la parte II de la “Introducción” de su obra *Orientalismo*. En primer lugar, afirma que “sería un error concluir que Oriente fue *esencialmente* una idea o una creación sin su realidad correspondiente” (Said, 2004: 24). Desde su tratamiento, Said aclara que el fenómeno del orientalismo, en tanto modo de discurso o estilo de pensamiento, aborda “la coherencia interna del orientalismo y sus ideas sobre Oriente (Oriente como una carrera), a pesar de, más allá de cualquier correspondencia o no con un Oriente «real»” (Said, 2004: 25). En segundo lugar, Said puntualiza que las ideas, las culturas y las historias deben ser estudiadas en simultáneo al estudio de “su fuerza” o “sus configuraciones de poder”. Concretamente, “la relación entre Occidente y Oriente es una relación de poder, y de complicada dominación” (Said, 2004: 25). De tal modo, Said pone de manifiesto, luego de referirse al título de la obra clásica de K. M. Panikkar: *Asia and Western Dominance*, que “Oriente fue orientalizado, no solo porque se descubrió que era «oriental», según los estereotipos de un europeo medio del siglo XIX, sino también porque se podía conseguir que lo fuera –es decir, se lo podía obligar a serlo–” (Said, 2004: 25).

En este sentido, Said esgrime como ejemplo la descripción, conjuntamente con la mediación de representaciones, que operan al dar cuenta el escritor francés Gustave Flaubert de su encuentro con una “cortesana egipcia”, “encuentro que debió de crear un modelo muy influyente sobre la mujer oriental” (Said, 2004: 25). A partir de la descripción de este encuentro de Flaubert con la mujer egipcia, Said observa que

/.../ ella nunca hablaba de sí misma, nunca mostraba sus emociones, su condición presente o pasada. Él hablaba por ella y la representaba. Él era extranjero, relativamente rico y hombre, y esos eran unos factores históricos de dominación que le permitían, no solo poseer a Kuchuk Hanem físicamente, sino hablar por ella y decir a sus lectores en qué sentido ella era típicamente oriental. Mi tesis es que la situación de fuerza de Flaubert en relación con Kuchuk Hanem no era un ejemplo aislado, y puede servir bastante bien como modelo de la relación de fuerzas entre Oriente y Occidente y del discurso acerca de Oriente que permite este modelo (Said, 2004: 25).

Esta ejemplificación y el análisis que presenta Said nos resulta fundamental para abordar críticamente la noción y su carácter representativo de la “mujer oriental”, como lo observamos a modo de caso, sin ir más lejos, en el pensamiento filosófico beauvoiriano.

Asimismo, tomamos el señalamiento de Said al vincular dicha ejemplificación, acerca la relación del “varón occidental” y la “mujer oriental”, con la formulación de una tercera puntualización: “no hay que creer que el orientalismo es una estructura de mentiras o de mitos que se desvanecería si dijéramos la verdad sobre ella” (Said, 2004: 25-26).

En efecto, Said precisa que “el orientalismo, pues, no es una fantasía que creó Europa acerca de Oriente, sino un cuerpo de teoría y práctica en el que, durante muchas generaciones, se ha realizado una inversión considerable” (Said, 2004: 26). Debido a esta continua “inversión”, señala el autor, “el orientalismo ha llegado a ser un sistema para conocer Oriente, un filtro aceptado que Oriente atraviesa para penetrar en la conciencia occidental”. No obstante, subraya Said que esa misma inversión hizo posible –de hecho, las hizo realmente productivas– las declaraciones que en un principio se formularon dentro de la disciplina orientalista y que más tarde proliferaron en el interior de la cultura general” (Said, 2004: 26).

Como lo mencionamos, en segundo lugar, además de la incorporación de elementos de análisis que nos brindan los estudios poscoloniales, nos interesa reforzar la perspectiva que recupera la noción de “género”. En este sentido, no podemos pasar por alto los aportes que brinda el análisis, ya clásico, de Joan Scott, a partir de su artículo “El género: una categoría útil para el análisis histórico” (1999). En términos generales, la autora plantea que el género, en tanto término o categoría, resulta interesante al abrir interrogantes que van desde la pertinencia de su utilidad para el análisis teórico en general y para el análisis histórico en particular, hasta la pregunta por ¿cómo han incorporado las instituciones sociales el género en sus supuestos y organizaciones? (Scott, 1999; Tarrés, 2012).¹⁸

Ante la búsqueda de respuestas a estas preguntas y la investigación que se abre, proporciona para Scott nuevas perspectivas a viejos problemas, por ejemplo, acerca de cómo se impone la norma política. Asimismo, permite redefinir los viejos problemas en términos nuevos, por ejemplo, al introducir consideraciones sobre la familia y la sexualidad, lo cual posibilita visibilizar a las mujeres como participantes activos y plantea una distancia analítica entre el lenguaje aparentemente estable del pasado y nuestra propia terminología. Como lo expresa Scott:

¹⁸Entre estas preguntas se hallan, además ¿cuál es la relación entre las leyes sobre las mujeres y el poder del Estado? ¿Por qué (y desde cuándo) han sido invisibles las mujeres como sujetos históricos, si sabemos que participaron en los grandes y pequeños acontecimientos de la historia humana? ¿Ha habido alguna vez conceptos genuinamente igualitarios de género en los términos en que se proyectaban, o construían los sistemas políticos?

La investigación sobre estos temas alumbrará una historia que proporcionará nuevas perspectivas a viejos problemas (...), redefinirá los viejos problemas en términos nuevos (al introducir consideraciones sobre la familia y la sexualidad, por ejemplo, en el estudio de la economía o de la guerra), que hará visibles a las mujeres como participantes activos y creará una distancia analítica entre el lenguaje aparentemente estable del pasado y nuestra propia terminología. Además, esta nueva historia dejará abiertas posibilidades para pensar en las estrategias políticas feministas actuales y el (utópico) futuro, porque sugiere que el género debe redefinirse y reestructurarse en conjunción con una visión de igualdad política y social que comprende no sólo el sexo, sino también la clase y la raza (Scott, 1999).

De modo explícito, el autor señala la importancia de un análisis desde la intersección de género, clase y raza, entre otras variables. Si bien hacemos hincapié en estas definiciones teórico-conceptuales, ya clásicas, acerca de la cuestión de género y en específico al abordar la noción de “identidad de género”, nos remitimos al pensamiento de Judith Butler, ya mencionado en §1.1.

Como hemos expresado, partimos de una definición tradicional, entendiendo la “identidad de género” como la asignación social y cultural de “lo masculino” o “lo femenino” a las personas, pretendiendo una correspondencia con el “dato” biológico. De este modo, la categoría de género es un punto clave para comprender el proceso social y cultural de asignación *identitaria*, tal como lo subrayamos siguiendo a Scott. No obstante, al recuperar la posición butleriana, entendemos que la noción de “identidad generizada” refiere al resultado de un proceso de regulación de la coherencia de género a partir de las prácticas discursivas que operan en función de la heterosexualidad coercitiva (Butler, 2000, 2007; Smaldone, 2013b). Como sostienen Butler:

/.../ el género no es un sustantivo, ni tampoco un conjunto de atributos vagos, porque (...) el efecto sustantivo del género se produce performativamente y es impuesto por las prácticas reguladoras de la coherencia de género (...). El género siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción (Butler, 2007: 84).

De la mano del pensamiento de Judith Butler, rechazamos la concepción esencializante tanto del sexo como del género. Asimismo, desde otras perspectivas, sobre todo provenientes de a teoría de la decolonial, pensamos que las marcaciones étnico-raciales se inscriben en los cuerpos racializados, sobre todo si observamos y comprendemos las situaciones de opresión. Precisamente, tenemos en cuenta aquí el estudio de María Lugones, quien recupera en el marco del “Programa Modernidad/Colonialidad” la categoría y la teoría de género, y propone una perspectiva desde la “interseccionalidad” de las opresiones. Dicho brevemente, en su

artículo “Colonialidad y Género” (2008), Lugones investiga la intersección raza/clase/sexualidad/genero para entender, sobre todo, la preocupante indiferencia que los varones muestran hacia las violencias que sistemáticamente se infringen sobre las mujeres de color: “mujeres no blancas”, “mujeres víctimas de la colonialidad del poder” e, inseparablemente, de “la colonialidad del género”. Lugones se enfoca en las opresiones que las mujeres sufren “diferencialmente” en función de su situación, posición y jerarquización subordinada y dependiente en el marco de los procesos de división social/sexual/racial del trabajo (Lugones, 2008).

A partir de esta base teórico-conceptual, se busca brindar algunas herramientas que, aunque en su carácter provisorio, nos permitan avanzar en la reflexión crítica respecto de los conocimientos, las producciones intelectuales y los mismos materiales didácticos en vista de la práctica educativa que respete la diversidad y recupere una visión de la opresión desde la intersección género/sexualidad/clase/etnia-raza.

3. EL CORPUS LITERARIO-FILOSÓFICO COMO HERRAMIENTA Y SUS FUNDAMENTOS PARA LA EDUCACIÓN EN GÉNEROS Y SEXUALIDADES

En esta última parte, a partir de la propuesta didáctica y algunas reflexiones ya bosquejadas, explicitamos los fundamentos para la educación en géneros y sexualidades. Para esto, en primer lugar, abrimos algunos interrogantes: ¿Cómo hablar de determinadas cuestiones que atañan a la realidad del aula, que es la “realidad” de los y las jóvenes en nuestra sociedad? ¿Cuándo y qué decir ante cuestiones tales como la diversidad, por ejemplo la diversidad sexual? ¿Por qué hablar y reflexionar sobre estos temas? Sin lugar a dudas, la cuestión de la diversidad – ¿Qué situación no responde a nuestra diversidad? –, sobre todo respecto de la disidencia sexual, cobra reconocimiento entre las y los jóvenes “de ahora”, se rompe el silencio. Pero también este reconocimiento del “otro”/“otra” convive con prejuicios, diferentes formas de discriminación y reticencias a aceptar las diferencias –que pueden hallarse entre las y los jóvenes pero también entre las y los docentes u otros integrantes de la “comunidad educativa”, como las familias mismas–. Si algo ponen de manifiesto las “nuevas juventudes”, en tanto es factible de ser una clave de interpretación para la acción, es que “todos y todas somos iguales en tanto somos diferentes”.

Sin ir más lejos, debemos tener presente que en nuestro contexto nacional contamos en la actualidad con una “Ley de Identidad de Género”,¹⁹ elemento relevante al pensar la transformación que deben seguir dándose en las instituciones del Estado, como la educativa. Consideramos la importancia de la escuela por dos motivos: define “juventud” (Bracchi y Seoane, 2010) –por ejemplo al considerar el grupo por edades, su escolaridad obligatoria, poniendo el acento desde una perspectiva educativa en la autonomía y el pasaje a la adultez– y opera como *disciplinadora* de género, con una marcada “normalización de las masculinidades hegemónicas” (Flores, 2008). Dicho en otros términos, como “tecnología de género” (Lauretis, 1989). En este sentido, consideramos que es relevante pensar de qué modo opera la escuela en tanto “tecnología de género”, pero también resulta necesario brindar algunas reflexiones que eviten cosificar las posiciones docentes que venimos a cuestionar.

¹⁹ Nos referimos a la ley 26.743, conocida como la “Ley de Identidad de Género” que se sancionó en Argentina, el 9 de mayo de 2012. Dicha ley permite que las personas trans (travestis, transexuales y transgéneros) sean inscritas en sus documentos personales con el nombre y el género de elección. Asimismo, ordena que todos los tratamientos médicos de adecuación a la expresión de género sean incluidos en el Programa Médico Obligatorio, lo que garantiza una cobertura de las prácticas en todo el sistema de salud, ya sea público o privado. Téngase en cuenta, además, la ley de “Matrimonio Igualitario” (Ley 26.618 y Decreto 1054/2010 del Código Civil), sancionada el julio 15 de julio de 2010 y promulgada el 21 de julio 21 de 2010.

Al tener en cuenta este marco, nos proponemos reflexionar sobre los posibles fundamentos a considerarse en la formación docente –o, en otros términos, al considerarse la (des)formación, en sentido crítico de lo tradicional– en vista del trabajo concreto con jóvenes en el aula, en específico acerca de la diversidad sexual. Al focalizarnos en este punto y considerar las reticencias frente a determinadas transformaciones en marcha, notamos un carácter paradójico: se trata de la reticencia a hablar y dar lugar a la reflexión, específicamente de pensar la disidencia sexual, aun hoy en día, en un espacio de aprendizaje de y para las y los jóvenes, en tensión con lo que entendemos como las “nuevas juventudes”.

Si observamos que la cuestión de la disidencia sexual, o de la diversidad sexual en términos más generales, no es un tema tabú entre las y los jóvenes de hoy en las escuelas argentinas, y desde las últimas generaciones, aunque reconocemos que se manifiestan distintas formas de discriminación, es necesario avanzar en la formación de las y los docentes –en instancias de formación superior, como profesorados a nivel terciario o universitario, pero también de capacitación, como cursos, seminarios, jornadas de perfeccionamiento, etc.– para que puedan permearse de cuestiones de las que es necesario hablar y darles lugar en el ámbito de aprendizaje-enseñanza. Esto es, dar lugar a hablar-abordar el tema de la diversidad sexual, sobre todo en relación con la vida de las y los jóvenes, en sus materias o espacios institucionales, como parte de la práctica y la acción educativa misma.

De este modo, pensamos que, además de comprender una forma de “ayudar a los jóvenes a ayudarse” (Dayrell, 2010: 32) en pos de garantizar un espacio de escucha, reflexión y debates, resulta importante repensar los aportes en la (de)formación docente: aportando y (re)creando para aportar. Por ejemplo, al elaborar materiales para revisar y replantear los fundamentos en la educación, así como también nos permitan deliberar acerca de los contextos de producción incluyendo las cuestiones de géneros y sexualidades. Resulta necesario brindar a los futuros y las futuras docentes herramientas y fundamentos para su trabajo, pensando el aula como un espacio democrático y en constante democratización, en especial al comprender la implicancia que tiene la escuela como “institución” en la producción subjetiva de culturas, sexualidades y géneros.

Ahora bien, debemos tener presente además, en la formación docente, las confluencias de las diversidades en lo que reconocemos como las “nuevas juventudes” (Bracchi y Seoane, 2010), personas jóvenes concretas que se inscriben *identitariamente* de modo plural, como grupo heterogéneo, que convive en las aulas de las escuelas secundarias. Asimismo, no debemos

desconocer el carácter de producción histórico-social de las “juventudes”, y en específico la referencia a las culturas juveniles y crítica de género (Alpízar y Bernal, 2003).²⁰

Si además reflexionamos sobre qué son las “nuevas juventudes”, situándolas en una realidad sociocultural, no podemos dejar de referirnos al ámbito de la escuela. Y al referirnos a Argentina, específicamente, debemos tener en cuenta el carácter de obligatoriedad de la educación secundaria. Precisamente, en el contexto de debate sobre la aprobación de la normativa sobre la educación secundaria obligatoria, recogemos las opiniones de Bracchi y Seoane (en una entrevista publicada en 2010). Según Bracchi, debemos pensar sobre la franja etaria que reúne y, en todo caso, obliga a asistir a los y las jóvenes a las escuelas secundarias. En este sentido, las autoras afirman que

/.../ no se puede hablar de una única adolescencia, existen juventudes en plural y ese heterogéneo grupo es el que actualmente puebla las aulas de las escuelas secundarias. Las transformaciones sociales, culturales y juveniles que se han ido produciendo en los últimos veinte años, han contribuido para que el escenario no sea el mismo (Bracchi y Seoane, 2010: 80).

Siguiendo estas líneas de análisis, consideramos las “nuevas juventudes” como una construcción sociocultural; esto mismo nos lleva a pensar en juventudes en plural en función de las variadas adscripciones “identitarias” y las variaciones observadas en función de la clase, el sexo, el género, la sexualidad, la etnicidad, la raza, la franja etaria, y podríamos sumar cuestiones étnico-religiosas, entre otras variables. Asimismo, en este proceso de producción de las juventudes inciden los cambios sociales, políticos, culturales y económicos que caracterizan la sociedad contemporánea –en este caso nos interesa el contexto nacional y la mencionada “Ley de Identidad de Género”, por ejemplo–, que impactan en todas las dimensiones de la vida juvenil. En este sentido, la escuela es una institución social, pero también política, que incide de modo relevante sobre una construcción sociocultural de las “nuevas juventudes”. En estos términos, proponemos comprender las posibilidades de “nuevas/os docentes” y, con ello, una permanente puesta en crítica y actualización de los conocimientos, así como también la revisión de las prácticas de enseñanza-aprendizaje.

Asimismo, debemos tener en cuenta que en el aula de una escuela, donde conviven las y los jóvenes, confluyen además cuestiones culturales emparentadas a políticas de mercado, el

²⁰Precisamente, en la línea de abordaje de la “juventud” como construcción sociocultural, las autoras Lydia Alpízar y Marina Bernal, reconstruyen de algún modo el camino en los estudios de las “juventudes”, señalando que “hay algunas investigaciones que surgieron a finales de los ochenta y principios de los noventa (Hollands, 1990; Moffat, 1986) en donde se va trascendiendo la frontera de la clase social como eje estructurador de los comportamientos juveniles y se emprende un examen más complejo que combina el análisis de las relaciones de poder entre el género, sexualidad, raza y edad” (Alpízar y Bernal, 2003: 116-117).

consumo y la industria, que pueden ser definidas como agencias que producen imágenes juveniles y convalidan modos de vivir y experimentar la juventud. No podemos pasar por alto, de este modo, la eficacia de los medios masivos de comunicación, ya que lograron la internalización de las culturas juveniles y con ella cierta uniformidad cultural que hoy es cuestionada por la presencia de grupos juveniles que construyen “identidades” culturales diversas. De allí que afirmamos que la denominación misma de “nuevas juventudes”, conlleva, en términos de Alpízar y Bernal, cruces y tensiones en las valoraciones propias de los discursos producidos en las diferentes institución sociales. Entre estas instituciones, consideramos a la escuela como una de las más relevantes, operando directamente en la construcción sociocultural de las “juventudes” y en la valoración de cómo “deben ser” los y las jóvenes.

En este sentido, ante la finalidad de brindar fundamentos en la formación docente para reflexionar y enseñar entorno al problema de porqué corresponde abordar la cuestión de la diversidad sexual entre las y los jóvenes en un ámbito de enseñanza, tenemos en cuenta el estudio de las “juventudes”, o las “nuevas juventudes”, desde diferentes perspectivas –por ejemplo, respecto al rasgo etario y en tanto un conjunto poblacional– y las respectiva categorización de los términos. Asimismo, podemos reconocer un eje de diferenciación en distintos contextos, por ejemplo la cuestión de género, ya que pueden observarse variaciones relativas en las disposiciones que presentan tanto las mujeres y muestran los varones pero también las personas concretas que manifiestan una disidencia sexual en el marco de distintas instancias de la vida social.

Consideramos que en la reflexión crítica y la elaboración de una fundamentación para nuestros trabajos, subyace la noción misma de “nuevas juventudes”, y en tanto se piensa las propuestas y las prácticas pedagógicas en diálogo con la pluralidad y diversidad misma de las personas. Buscamos visibilizar los sesgos sexistas y *homogeneizantes* de los contenidos, a la vez que pensar en aportar a un espacio siempre en construcción, como la escuela, que no sea hostil a una reflexión que promueva otras formas de pensar y de habitar este mundo, respetando la diversidad y atendiendo críticamente a las “identidades generizadas”.

En cuanto a los fundamentos para enseñar-aprender la diversidad, sobre esta base teórica de cómo podemos pensar, críticamente, qué es o cómo se construye la juventud o las “nuevas juventudes” –teniendo en cuenta algunas de las variables diferenciales mencionadas, como cuestiones generacionales o etarias, de clase, raza y étnico-religiosas y de sexos, de géneros y sexualidades, entre otras, pero ante todo situándola social, cultural y discursivamente– realizamos algunas precisiones. Esto es, por un lado, la temática de la diversidad sexual es

una cuestión propia de la “identidad de género” –o en nuestros términos de la “identidad generizada”– de las y los jóvenes, de toda persona en nuestra sociedad, resultando que la necesidad de no-discriminación depende en gran parte de una educación democrática (Elizalde, 2009). Por otro lado, la escuela misma, espacio donde proponemos que debe darse lugar a dicha cuestión, es considerada una institución de producción subjetiva de culturas, sexualidades y géneros. Precisamente, las juventudes, son pensadas desde la perspectiva escolar, como así también la escuela es pensada desde las perspectivas juveniles. Nos interesa en particular considerar la escuela y el ámbito del aula en particular, como una institución de producción subjetiva de géneros.

Por esta razón, no podemos desconocer las situaciones que atañan a la diversidad sexual, atender a los prejuicios ante las diferencias de géneros y las disidencias sexuales, como también asumir una actitud y una práctica basada en el respeto por las diferencias. Esto da cuenta además de la importancia de hablar y reflexionar sobre la diversidad sexual, en un contexto nacional donde está vigente la Ley de Identidad de Género.

No obstante, como señalamos, subsisten reticencias y prejuicios a la hora de abordar la cuestión de la disidencia sexual. Ante esto, tenemos en cuenta la posición y análisis que brinda la pensadora y activista argentina Valeria Flores, acerca de la influencia que ejercen los espacios escolares en la información sexual que adquieren los y las jóvenes. Es de observarse críticamente, en este sentido, el aspecto de la visibilidad e invisibilidad con que se manejan diversos contenidos, según respondan a distintos órdenes económicos, sociales, culturales y sexuales. Flores afirma que existe una relación entre el sesgo ideológico de las instituciones educativas, su carácter sexuado y subjetivo, y los procesos de exclusión. En su artículo “Entre secretos y silencios. La ignorancia como política de conocimiento y práctica de (hetero)normalización” (2008), Flores pone en cuestión la institución escolar a partir de planteamientos formulados por el activismo y los estudios feministas, lésbico-gays y *queer*, a partir de los cuales se toman como ejes de análisis la heteronormatividad (como el discurso escolar y los silencios que promueve) y la “pasión por la ignorancia” como política de conocimiento que desarrolla la escuela (Flores, 2008: 15). Entre sus conclusiones, Flores sostiene que

/.../ en el registro cultural y político de los acontecimientos sociales, no podemos dejar de preguntarnos cómo se imbrican los procesos de precarización de la existencia con la feminización de la pobreza; las prácticas represivas en un Estado democrático con la violencia como política de Estado; las nuevas retóricas del nacionalismo y los héroes de la Patria con la normalización de las masculinidades hegemónicas; la violencia de género que tiene como blanco el cuerpo de mujeres y niñas/os, y el género como violencia, en tanto inscripción

en los cuerpos de comportamientos correctos y adecuados. Las escuelas no pueden ser lugares hostiles a una reflexión que promueva otras formas de pensar y de habitar este mundo. La promoción de la ignorancia, el desconocimiento como “industria discursiva”, es un elemento esencial de todo régimen de exterminio. No podemos seguir consintiendo, desde una aparente ignorancia, que todo suceda, ni fingir que no pasa nada” (Flores, 2008: 21).

Ante estas críticas, nos interesa resaltar, por ejemplo, la idea de que las instituciones educativas, tanto las escuelas como las instituciones de formación docente, no pueden ser lugares hostiles a una reflexión que promueva otras formas de pensar, de habitar y transformar nuestras sociedades. Resulta fundamental abordar la cuestión de la diversidad sexual entre las y los jóvenes en un ámbito de enseñanza, sobre todo entre lxs futurxs docentes, promoviendo una formación y educación, basada en el valor del respeto a la diversidad. Así, es necesario prestar atención críticamente a la función y el funcionamiento de un espacio como el aula en particular y la escuela en general, en tanto institución de producción subjetiva de culturas, sexualidades y géneros.

En este sentido, avanzamos en la propuesta de brindar fundamentos y herramientas desde la formación docente en vista del trabajo con jóvenes en el aula. Coincidimos con Elizalde, cuando sostiene en su artículo “Normalizar ante todo: ideologías prácticas sobre la identidad sexual y de género de las y los jóvenes en la dinámica de las instituciones orientadas a la juventud” (2009) que es imprescindible un compromiso político que incluya la “activación” concreta de la capacidad crítica de los investigadores y de las investigadoras, de las y los docentes y otros/as profesionales dedicados/as al trabajo y la intervención con jóvenes con el fin de “influir en debates y propuestas que les permitan a los/as jóvenes vivir y experimentar sus identidades en condiciones no sólo dignas de existencia, sino de ejercicio pleno y real de su ciudadanía” (Elizalde, 2009, s/d.).

Ahora bien, como lo señalamos anteriormente, pensamos además en las situaciones en relación con las personas jóvenes, sus deseos e intereses de acción, que interactúan y construyen su propia definición y/o vivencia de lo juvenil en un espacio como el aula y la escuela. Esto se da de modo simultáneo a la influencia de los cruces y tensiones en las valoraciones de lo que “debe ser” un/una/unx joven, propio de los discursos institucionales. Como señala Dayrell, en su artículo “Juventud, Socialización y Escuela” (2010), se registran en los y las jóvenes transformaciones en el juego de las interrelaciones. El autor destaca que “en la juventud, conforme pasan los años, se da una ampliación de las experiencias de vida,

con cierta autonomía de ir y venir” (Dayrell, 2010: 32).²¹ Desde nuestra mirada, la influencia de la escuela, aunque pueda ser mínima, no puede pasarse por alto y su reconocimiento debe permitirnos ampliar nuestras posibilidades de compromiso ético-político. Precisamente, siguiendo el análisis de Dayrell, reflexionamos acerca de si, al constatar esta centralidad del estilo juvenil en la vida de estos jóvenes, “la escuela y/o las políticas públicas dirigidas a la juventud, no podrían/deberían cumplir el papel de soporte, o sea, de ayudar a los jóvenes a ayudarse” (Dayrell, 2010: 32).

A partir de las diferentes posiciones y argumentaciones de estas autoras y estos autores, se abre la posibilidad de pensar algunas respuestas y propuestas. Nuestra propuesta reside en ampliar el debate, seleccionando textos y materiales que además den cuenta de un contexto hostil a la manifestación de la disidencia sexual, para enriquecer la formación docente en vista del trabajo con lxs jóvenes en el aula, acompañando el ejercicio de reflexión y acción democrática, experimentando la posibilidad de “ayudar a los jóvenes” a habitar la diversidad, asumir la autonomía y el compromiso con otrxs como cimiento para la vida política.

Algunas consideraciones metodológicas

Por último, en esta parte nos interesa precisar que, al abordar los textos seleccionados para nuestro corpus literario-filosófico, se hace hincapié, por un lado, en la idea de “conocimientos situados” (Haraway [1991] 1995). Resulta importante formular preguntas y darles sentido al cuestionar los supuestos epistemológicos, poniendo en juego las posibilidades de construcción de conocimientos “situados”. Por otro lado, no queremos pasar por alto que en la búsqueda de un enfoque metodológico, en particular al evitar caer en el reducto teórico-epistémico de sostener una “literatura de mujeres”, consideramos las formulaciones de Harding en “¿Existe un método feminista?” (1998). Siguiendo a Harding, resaltamos que nuestra finalidad no consiste en “sumar mujeres” en la selección de las obras para el análisis de la construcción de las representaciones “femeninas”. No obstante, tal como señala la autora, estimamos la relevancia de rescatar las “experiencias femeninas” (Harding, 1998: 21), ya sea para evaluar los aportes metodológicos de los estudios de género, por ejemplo en el abordaje de las

²¹ Aquí resulta clave el momento de inserción en el mundo del trabajo, en tanto es una situación precaria pero, con ello, también se accede a los recursos necesarios para ropas, fiestas y el propio transporte, por ejemplo. Dayrell, sostiene que este momento de la vida es apropiado para la experimentación, el poner a prueba las propias potencialidades y de demandas de autonomía que, precisamente, se hacen efectivas en el ejercicio de las elecciones. Es en el momento de la adhesión a un lenguaje de la cultura juvenil, cuando ésta pasa a ocupar un lugar importante en la vida de cada uno y cada una. En este contexto, según Dayrell, cuando cambia el papel y las demandas en relación a la familia, el trabajo aparece como una instancia significativa y la escuela pierde todavía más su sentido (Dayrell, 2010: 32).

ciencias sociales, y en vista de revisar y ampliar las prácticas en la educación en géneros y sexualidades.

En cuanto a los aportes que tomamos de otros estudios actuales, en específico de las publicaciones en algunas revistas latinoamericanas y españolas,²² respecto a los aspectos metodológicos y la elaboración de los fundamentos de la propuesta de trabajo, nos interesa subrayar algunas ideas. Por un lado, abordamos las obras literarias de las escritoras, en general, haciendo hincapié en el carácter del “factor cultural” –el cual no solo sería más importante sino que pondría en bajo sospecha el factor biológico–, al considerar al proceso de escribir como un efecto del discurso social que continuamente “deviene” (Vivero Marín, 2011. S/d.). De este modo, coincidimos con Vivero Marín en que “la literatura es, por lo tanto, un discurso que emplea el lenguaje de una manera distinta y que, en tanto práctica social, se encuentra cargada de toda una serie de parámetros ideológicos y culturales donde converge el género” (Vivero Marín, 2011. S/d.).

De este modo, promovemos una lectura crítica, desde la perspectiva de género y desde la teoría feminista, de una específica selección de la producción escritural (Luongo, 2005).²³ En nuestro desarrollo, tomamos la propuesta de Luongo de llevar a cabo un ejercicio de indagación e interpretación que intente constituirse en bisagra para vincular nuestras escritoras y sus obras y la especificidad discursiva, como así también develar el modo en que ellas articulan su producción. Por ejemplo, desde la complejidad del ámbito público-privado o, como lo hemos abordado, respecto de la deconstrucción de las representaciones “femeninas”.

²² Las consideraciones metodológicas así como también la recolección de fuentes, formó parte del ejercicio llevado a cabo en los distintos talleres para la elaboración del presente Trabajo Final de Integración (TFI)

²³ Precisamente, para Gilda Luongo, como lo plantea en su artículo “Contrapunto para cuatro voces: Emergencias privadas/urgencias públicas en la escritura de mujeres” (2005), resulta de importancia llevar a cabo una lectura crítica, desde la perspectiva de género y desde la teoría feminista, de una específica selección de la producción escritural –en su caso en el análisis de cuatro intelectuales latinoamericanas–. Así, Luongo presenta una selección de la producción escritural de cuatro intelectuales latinoamericanas: Amanda Labarca (chilena), Antonieta Rivas Mercado (mexicana), Rosario Castellanos (mexicana) y de Julieta Kirkwood (chilena). Desde la perspectiva de género y desde la teoría feminista, la autora propone llevar a cabo un ejercicio de indagación e interpretación que intenta constituirse en bisagra para vincular a las cuatro autoras a partir de la especificidad discursiva y develar el modo en que ellas articulan su producción desde el par público/ privado. Como lo expresa Luongo, de Amanda Labarca (chilena) y Antonieta Rivas Mercado (mexicana) “se resignifica la escritura del diario íntimo y las estrategias discursivas en conexión con el sujeto que implicaba dicha escritura en el contexto de la segunda modernidad latinoamericana. De Rosario Castellanos (mexicana) y de Julieta Kirkwood (chilena) se selecciona la escritura de editoriales que circula en suplementos y revistas a mediados del Siglo Veinte entre las décadas del sesenta/setenta y ochenta respectivamente. En las cuatro escrituras es posible detectar las diversas estrategias, relacionadas con los contextos culturales y políticos, a las cuales las mujeres recurren para desestabilizar la dicotomía público/privado deconstruyendo, de este modo, uno de los pilares del sistema sexo/género en la cultura latinoamericana” (Luongo, 2005. S/d.).

De allí, buscamos establecer bisagras tanto temáticas y estilísticas entre las producciones intelectuales seleccionadas, en un momento *epocal*, remitiéndonos así a un concepto foucaultiano.²⁴ En este sentido, al tomar los aportes de la crítica literaria desde un enfoque de género, tenemos en cuenta el modo en que se establece un diálogo con “fenómenos” sociales más amplios (Castro Ricalde, 2012: 10 y ss.). Por ejemplo, al considerar los modos de vivir las afectividades, el erotismo y la corporalidad en el espesor heterosexual, históricamente y hasta la actualidad. Precisamente, en su artículo “El género, la literatura y los estudios culturales en México” (2012),²⁵ Maricruz Castro Ricalde retoma varias perspectivas de análisis (Lamas, 2003; Molloy, 2003; Braidotti, 2004, entre otras), al poner en evidencia el poco interés, ya sea en el ámbito intelectual como en el académico, de entablar una discusión teórica rigurosa sobre el tema de la literatura y los géneros. Sobre la base de esta afirmación y los problemas que se explicitan en la lectura de los estudios antes mencionados, reafirmamos la relevancia de ampliar nuestra propuesta de trabajo, a modo de herramientas didácticas para la formación docente.

²⁴ Cuando nos referimos a la noción de “epocal”, nos remitimos al análisis de Michel Foucault. Siguiendo la idea de investigaciones genealógicas múltiples, indagamos en las influencias o las permeabilidades epocales de los saberes. Para Foucault, se trata, en primer lugar, de saberes sometidos que designan “los contenidos históricos que han estado sepultados, enmascarados en el interior de coherencias funcionales o en sistematizaciones formales [...]. En segundo lugar [se refiere a] toda una serie de saberes calificados como incompetentes, o, insuficientemente elaborados: saberes ingenuos...” (Foucault, 1992: 128-129).

²⁵ Este trabajo explora de qué manera la crítica literaria de las décadas recientes, en México y desde un enfoque de género, establece un diálogo con fenómenos sociales más amplios. Se detecta un marcado interés por generar textos que abordan los productos literarios escritos por mujeres o bien, la identificación de marcas de género en la configuración de personajes masculinos o femeninos; comienza a manifestarse una mirada más amplia y general en torno del concepto “género”, pero aún no se transparentan las consecuencias del trabajo interdisciplinario ni los cruces metodológicos, propios de los estudios culturales.

CONCLUSIONES

El abordaje y el análisis crítico de las representaciones “femeninas” a partir de la selección de las producciones textuales de las escritoras argentinas, configuran una fuente interesante para generar debates, plantear tensiones, buscar fundamentos y revisar tanto los contenidos como las prácticas educativas. Asimismo, el tratamiento de estas representaciones que refieren al constructo de “lo femenino”, relativo a diferentes momentos de la vida –la niñez, la juventud, la adultez y la vejez– y las distinciones de clase y étnico-raciales, sienta una base para otros recorridos didácticos con la finalidad de rever estas y otras representaciones en otras obras y producciones artísticas.

Resulta importante explicitar algunos sentidos de por qué nuestro trabajo, que conlleva en particular una primera propuesta de corpus literario-filosófico, puede tomarse a modo de una herramienta didáctica para la formación docente y en vista de actividad con jóvenes en el aula. Por un lado, se recupera y visibiliza la literatura de algunas escritoras, sobre todo por la pertinencia del tratamiento que ponen de manifiesto, de modo ficcional, las representaciones “femeninas” en relación con los estereotipos sociales, culturales e históricos. Este primer sentido se amplía, por otro lado, al tener en cuenta algunas perspectivas teórico-conceptuales que introducimos, justamente, con la finalidad de (de)construir otras representaciones y al poner en tensión cualquier intento de esencialización de los géneros, sexual así como también étnico-racial. Por lo tanto, estas herramientas, la confección del corpus conjuntamente con las reflexiones y las fundamentaciones posibles, no se formulan acabadamente, sino que nuestra propuesta invita a su ampliación y modificación. Esto es, dichas herramientas deben ser reformuladas en el campo práctico de la formación docente y de la educación en general, replanteándonos a cada paso la experiencia de ayudar a lxs jóvenes, por ejemplo a habitar la diversidad.

Respecto a la elaboración del corpus literario-filosófico, consideramos que en el caso de las obras seleccionadas –*Mundo, mi casa* de Oliver, *Habitaciones* de Barrandéguy y “Una hermosa familia” de Guido–, su lectura y análisis, proporcionan herramientas clave para poner en palabras cuestiones sobre sexualidad, pero también derribar mitos y prejuicios. Como hemos planteado, *Mundo, mi casa* de María Rosa Oliver posibilita introducir y abordar críticamente las representaciones “femeninas” –como “ser espesa-madre”– en relación con un modo de vivir la corporalidad como “destino”, anclado en una época de importantes prejuicios, estereotipos heteropatriarcales y silencios. Esto nos permite presentar también

elementos factibles de análisis contextuales, culturales e históricos que pueden complejizarse en el abordaje de las siguientes obras seleccionadas u otras. En el caso de *Habitaciones* de Emma Barrandéguy, la construcción de las representaciones de la disidencia sexual, sobre todo de la bisexualidad o la disidencia lesbiana, provee elementos cruciales para explicitar lo que consideramos las tensiones o fisuras que presentan estas mismas representaciones “femeninas” heteropatriarcales. Finalmente, el relato “Una hermosa familia” de Beatriz Guido, permite ahondar en la perspectiva de lo “femenino” como constructo –la mamá “trans”, travesti– pero también visibilizando los prejuicios sociales que vienen a reafirmar la heteronorma.

Asimismo, buscamos poner en evidencia que estas obras de escritoras argentinas, aún en la actualidad, no alcanzan un mayor reconocimiento, sobre todo si pensamos en la disponibilidad de las lecturas en la formación docente y en la enseñanza con lxs jóvenes. Consideramos que este relato y estas novelas o “memorias” – definición controvertida desde nuestra mirada–, que se producen entre los años 50’ y 60’, muestran en términos generales una actualidad de sus temáticas. Al abordar y analizar las “operaciones” que conllevan la construcción de determinadas representaciones, podemos comprender críticamente el entramado social y cultural de los estereotipos heteropatriarcales de “ser mujer” en tanto afecta considerablemente la construcción del colectivo mujeres. Como hemos referido, se trata de los estereotipos impuestos por el patriarcado, hace siglos.

Finalmente, destacamos las posibilidades de recuperar y desplegar un tratamiento problemático desde una “perspectiva intercultural en educación”, en vista de la configuración de los horizontes de reconocimiento/s, en materia de derechos, luchas e identidades. Por consiguiente, nuestra propuesta reside en brindar herramientas didácticas para ser aplicadas en la formación de docentes multiplicadores, en vista del trabajo con lxs jóvenes y en pos de propiciar los debates y ampliar los fundamentos y las prácticas en la educación en géneros y sexualidades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMORÓS, Cèlia (1999) “Simone de Beauvoir: un hito clave de una tradición”, en *Arenal*, v. 6, N° 6, p. 113-134.
- ALPÍZAR, Lydia y BERNAL, Marina (2003) “La construcción social de las juventudes”, en *Última Década*, N°19, Viña Del Mar, CIDPA, p. 105-123.
- AMOSSY, Ruth y HERSCHBERG PIERROT, Anne (2001) *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires, Eudeba.
- ANDERSON, Benedict (1983) *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London and Nueva York, Verso. Trad. castellana de Eduardo L. Suárez: *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ARNÉS, Laura (2016) *Ficciones lesbianas. Literatura y afectos en la cultura argentina*, Buenos Aires, Madreselva.
- BARRANDÉGUY, Emma (2002) *Habitaciones*, Buenos Aires, Catálogos. Prólogo de María Moreno.
- BAS PEÑA, Encarnación; BARRÓN, Margarita (2013) “Inclusión educativa de colectivos desfavorecidos. Educación y Género. Una mirada desde argentina”, en *Communication papers –media literacy & gender studies*, N° 2, Universitat de Girona (Catalunya), pp. 31-40.
- BEAUVOIR, SIMONE DE (1947) “Literatura y metafísica”, *Sur*, n° 147-149, p. 287-301. Trad. de María Rosa Oliver.
- _____ [1949 (2011a)] *Le deuxième sexe*, Paris, Gallimard, v. I.
- _____ [1949 (2010)] *Le deuxième sexe*, Paris, Gallimard, v. II.
- _____ (1956) *Para una moral de la ambigüedad*. Buenos Aires, Schapire. Trad. de Francisco Jorge Solero.
- _____ (2007) *El segundo sexo*, Buenos Aires, Sudamericana. Primera edición 1999. Trad. de Juan García Puente. Pról. de María Moreno.
- BORGES VIEIRA, Joana (2013) “Trajetórias e leituras no Brasil e na Argentina (1960-1980)” (Tese Doutorado), Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, SC, Brasil.
- BUTLER, Judith (2000) “Imitación e insubordinación de género”, *Revista de Occidente*, N° 235, 2000, p. 85-109.
- _____ (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires, Paidós.

BRACCHI, Claudia y SEOANE, Viviana (2010) “Nuevas Juventudes: Acerca de trayectorias juveniles, educación secundaria e inclusión social”, en *Archivos de Ciencias la Educación*. 4ta época, Año 4, N°4, p. 67-86.

CASALE, Rolando (2010) “Algunas coincidencias entre Sartre y Beauvoir sobre el método progresivo regresivo, en Cagnolati, Beatriz Emilce y Femenías, María Luisa (Comps.): *Las encrucijadas de “el otro sexo”*, La Plata, Edulp.

CANO GESTOSO, Juan Ignacio (1993) Los estereotipos sociales: el proceso de perpetuación a través de la memoria selectiva (tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Sociología, Departamento de Psicología Social. Disponible en: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/19911996/S/1/S1001901.pdf>

CASTRO RICALDE, Maricruz (2012) “El género, la literatura y los estudios culturales en México”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, México, Universidad de Colima, vol. XVII, N° 35, p. 9-29. Disponible en: <http://www.periodicos.capes.gov.br/>. Consultado 10/10/2014.

CESAIRE, Aimé (2006) *Discurso sobre el Colonialismo*, Madrid, Akal.

CHAPERON, Sylvie (1995) “El Segundo sexo (1949-1999): 50 años de lectura y debate”. *Travesías*, año 6, N. 8. p. 55-63.

CIPLIJAUSKAITÉ, Biruté (1994) *La novela femenina contemporánea (1970-1985): hacia una tipología de la narración en primera persona*, Barcelona, Anthropos.

COLLIN, Françoise (2006) *Praxis de la diferencia. Liberación y libertad*, Barcelona, Icaria.

_____ (2010) “No se nace mujer y se nace mujer. Las ambigüedades de Simone de Beauvoir”, en Cagnolati, Beatriz Emilce y Femenías, María Luisa (comp.), *Las encrucijadas de “el otro sexo”*, La Plata, Edulp.

CURIEL PICHARDO, Rosa Ynés (Ochy) (2007) “Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista”, *Revista Nómadas*, Bogotá, Universidad Central, N° 26. Disponible en: http://cdd.emakumeak.org/ficheros/0000/0527/7-CR_CDTICA_20OCHY.pdf. Consultado: 10/10/2014.

DAYRELL, Juarez (2010) “Juventud, Socialización y Escuela” en *Archivos de Ciencias de la Educación*. Año 4, N°4, p. 67-86.

DE LAURETIS, Teresa (1989) *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, London, Macmillan Press, p. 1-30. Trad. al castellano: *La tecnología del género*.

DÍAZ, Raúl; RODRÍGUEZ DE ANCA, Alejandra (2014) “Activismo intercultural: una mirada descolonizadora, crítica e interseccional”, en Villa, Alicia; Martínez, María Elena

(comp.): *Relaciones escolares y diferencias culturales: la educación en perspectiva intercultural*, Novedades Educativas, Buenos Aires.

DOMÍNGUEZ, Nora (2004) “Familias literarias: visión adolescente y poder político en la narrativa de Beatriz Guido”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXX, N° 206, p. 225-235.
 Disponible en: <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/5594/5742>.
 Consultado: 4/3/2015

ELIZALDE, Silvia (2009) “Normalizar ante todo: ideologías prácticas sobre la identidad sexual y de género de los/as jóvenes en la dinámica de las instituciones orientadas a la juventud”, *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, UNLP, N° 1, La Plata (Argentina).
 Disponible en:
http://www.perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud/sites/perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud/files/normalizar_ante_todo.pdf. Consultado: 10/10/2014

FEMENIAS, María Luisa (2012) *Sobre sujeto y género. (Re) Lectura feminista desde Beauvoir a Butler*, Rosario, Prohistoria.

FERRERO, Adrián (2010) “Narrar el feminismo: teoría crítica, transposición y representación literaria en la obra de Simone de Beauvoir”, en Cagnolati y Femenías (comp.), *Las encrucijadas de “el otro sexo”*, La Plata, Edulp.

FLORES, Valeria (2008) “Entre secretos y silencios. La ignorancia como política de conocimiento y práctica de (hetero) normalización”, *Revista Trabajo Social*, N° 18, México, Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en:
<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ents/article/view/19514>. Consultado: 10/10/2014

FOUCAULT, Michel (1992) *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Rosa María (2009) “Estudios de Género en educación: una rápida mirada”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol.14, N° 42, pp. 681-699.

GUIDO, Beatriz (1966) “Una hermosa familia” en *La mano en la trampa*, Buenos Aires, Losada. Primera edición 1961

HARAWAY, Donna (1991) *Simians: Cyborgs and Women. The Reinvention of Nature*, Association Books Ltd., London. Trad. al castellano de Manuel Talens: *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995.

HARDING, Sandra (1998) “¿Existe un método feminista?”, en Bartra, Eli (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, México, PUEG-UAM.

JARDINE, Alice (1985) *Gynesis: Configurations of Woman and Modernity*, Ithaca, Cornell University Press.

LUGONES, María (2008) “Colonialidad y género”, *Tabula Rasa*, N° 9, Bogotá, Colombia, pp. 73-101. Trad. Pedro di Pietro en colaboración de María Lugones.

LUONGO, Gilda (2005) “Contrapunto para cuatro voces: Emergencias privadas/ urgencias públicas en la escritura de mujeres”, *Revista Signos*, Valparaíso, v. 38, N° 57, p. 111–122. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09342005000100009&lng=es&nrm=iso&tlng=es. Revista indexada en el portal <http://www.periodicos.capes.gov.br/>. Consultado: 10/0/2014

LÓPEZ PARDINA, María Teresa (2011) Pról. A *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra.

MORENO, María (2002) Prólogo a *Habitaciones* de Emma Barrandéguy, Catálogos, Buenos Aires.

NARI, Marcela Alejandra (2002) “No se nace feminista, se llega a serlo: Lecturas y recuerdos de Simone de Beauvoir en Argentina (1950-1990)”, *Mora*, N° 8. Buenos Aires, p. 59-72.

OLIVER, María Rosa (1965) *Mundo, mi casa*, Falbo Librero Editor.

RODRÍGUEZ AGÜERO, Eva (2010) “Sobre la recepción de ideas feministas en el campo político-cultural de los ‘70: intervenir desde los márgenes” (Tesis Doctoral), Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

RODRÍGUEZ AGÜERO, Eva y CIRIZA, Alejandra (2012) “Viajes apasionados. Feminismos en la Argentina de los 60 y 70”, *Labrys, études féministes/ estudios feministas*, n° 22. Disponible en: <http://www.labrys.net.br/labrys22/aventure/alejandra%20ciriza.htm> Consultado 4/ 03/2013.

RUBIN, Gayle (1984) “Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality”, en Carole Vance, ed., *Pleasure and Danger*, Routledge & Kegan, Paul. Trad. castellana: “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en Biblioteca Virtual de las Ciencias Sociales. Disponible en: http://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/beatriz_suarez/rubin.pdf. Consultado: 3/04/2016

SAID, Edward (1978) *Orientalism: Western Representations of the Orient*. London, Routledge and Kegan Paul. Trad. castellana: *Orientalismo*, Barcelona, Sudamericana, 2004. Trad. de María Luisa Fuentes

SCOTT, Joan (1999) “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Navarro, M. y Stimpson C., (comp.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, F.C.E, Buenos Aires, pp. 37- 75.

SMALDONE, Mariana (2013) “Homosexualidad y reconocimiento: Antecedentes beauvoirianos en las reformulaciones de Butler”, en Femenías, María Luisa, Cano Virginia y Torricella, Paula (comps.), *Judith Butler, su filosofía a debate*, Ed. de la Facultad de Filosofía y Letra-UBA, Buenos Aires.

_____ (2014) “Un legado beauvoiriano: el trabajo doméstico en la perspectiva del feminismo materialista de Christine Delphy”, *La manzana de la discordia*, v. 9, n° 1, Cali, Ed. de la Universidad del Valle, p. 7-20.

_____ (2015) “Las traducciones rioplatenses de *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir: marcas de época en torno a la enunciación de identidades generizadas”, *Mutatis Mutandis, Revista Latinoamericana de Traducción*, v. 8, N° 2, Medellín, Colombia, Universidad de Antioquia, pp. 394-416. Disponible en:

<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/mutatismutandis>. Consultado: 3/3/2016

SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1985) “¿Puede el subalterno hablar?”, *Revista Orbis Tertius*, Año 6, N° 6. Trad. de José Amícola.

_____ (1985) “Subaltern Studies: Deconstructing Historiography”, en Guha, Ranajit, *Subaltern Studies IV: Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University Press, pp. 330-363. Trad. castellana “Estudios de la Subalternidad: Deconstruyendo la Historiografía”, en Rivera Cusicanqui, S. y Barragán R. (comps), *Debates Post Coloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, La Paz (Bolivia), SEPHIS, Ediciones Aruwiyiri, S/f. Trad. Ana Rebeca Prada y Silvia Rivera Cusicanqui.

TARDUCCI, Mónica (1999) “¿Pero lo leíste en los cincuentas, o más adelante? Memorias de la primera edición argentina de *El segundo sexo*”, *Doxa. Cuadernos de Ciencias Sociales*, N° 20.

TARRÉS, María Luisa (2012) “A propósito de la categoría género: leer a Joan Scott”, en *Soc. e Cult.*, Goiânia, v. 15, N° 2, p. 379-391.

VIVERO MARÍN, Cándida Elizabeth (2011) “Literatura y Género”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. (S/d. de números de página).

Disponible en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero47/ligenero.html>.

Consultado: 10/10/2014

VILLA, Alicia y MARTÍNEZ, María Elena (2014) Introducción, en VILLA, A.;

MARTÍNEZ, M. E. (comp.): *Relaciones escolares y diferencias culturales: la educación en perspectiva intercultural*. Buenos Aires, Novedades Educativas.

WEISS, Irene M (2007) “Emma Barrandéguy o la reversibilidad de literatura y vida” en *Hablar de poesía* (Revista On-Line), N° 17. (S/d. de números de página). Disponible en:

<http://hablardepoesia.com.ar/numero-17/emma-barrandeguy-o-la-reversibilidad-de-literatura-y-vida/> Consultado: 3/02/2015.

WOOLF, Virginia (1928) *Orlando: A Biography*. Penguin Books. Trad. cast. de Jorge Luis Borges: *Orlando. Una biografía*, Buenos Aires, Sur, 1937.

ANEXOS

ANEXO A

Mundo, mi casa (1965) de María Rosa Oliver

Las bibliotecas (Pp. 125-139)

Casi la mitad de las horas de mi infancia transcurrieron entre paredes cubiertas de libros: las de tres habitaciones de la misma dimensión construidas una sobre la otra, pero eran para mí tres ámbitos –tres mundos– totalmente distintos. En la del piso bajo tapizada en felpa oliva con asientos de cuero acolchado granate y muebles de roble, donde tras los cristales biselados de las bibliotecas se alineaban las bien encuadernadas colecciones de los clásicos griegos, latinos, castellanos y franceses, los domingos de invierno, al rescoldo de una chimenea de fierro y bronce, mi abuelo releía alguna obra “antigua” o el último número de la “Revista de Ambos Mundos”, a la que nunca mencionaba por su título en francés, y de noche –todas las noches y en toda estación– formaba las mesas para las partidas de tresillo que se jugaban con mazos de naipes siempre flamantes.

La biblioteca del primer piso, con anaqueles iguales pero conteniendo novelas más modernas, libros de jurisprudencia y colecciones de revistas encuadernadas, era nuestro cuarto de estudio, el cuarto de labores de mamá y, muy de cuando en cuando dormitorio provisional. Ahí empecé a darme cuenta de que si leer me apasionaba, estudiar me aburría. Odiaba la aritmética y la geometría aún más que los análisis gramaticales, ya fuese porque nos las enseñaban mal o porque yo era negada para ellas. La historia y la geografía eran otra cosa: evocaban imágenes. Leía sus textos como el de un libro cualquiera, sin que me obligaran a memorizarlo. En realidad, nadie nos obligaba a estudiar a fondo. Mis hermanas, años después, tuvieron que hacerlo para pasar de grado. Yo no: nunca fuí al colegio, nunca rendí un examen. Leía, leía sin cesar, pero la lectura no colma ciertas lagunas. Están en mí formando zonas en sombra como las de los cráteres de la luna.

En la biblioteca de papá, edificada en la azotea, fue donde más sombras se me disiparon. En ese cuarto rectangular con ventana al cielo y más silencioso que los otros, por estar en lo alto, la gran mesa escritorio que lo centraba era nuestra aula y nuestra cátedra. Apartando hacia los costados carpetas, infolios, apuntes, papá nos hacía sentar sobre la mesa como si fuera el piso –con las piernas formando una equis– y siempre en torno a un libro ilustrado nos iba explicando el mundo. Partía para ello de una imagen, la reproducción de una pintura célebre, el grabado de un libro de historia, de zoología, de botánica o la plancha de una enciclopedia.

Casi nunca nos leía el texto: relataba. Y cuando se detenía en una página escrita para refrescarse la memoria, una de nosotras decía impaciente:

– ¿Qué más?

– Bueno, ¿nos vas a seguir contando? – insistía otra, mientras la tercera se movía inquieta sobre la mesa con peligro de caer al suelo o de volcar el pesado tintero de cristal.

Acentuando mucho la *u* resabio del catalán, idioma de sus padres, papá exclamaba: ¡Cuidado! –y subrayando un párrafo con lápiz, o poniendo un papel de marcador, reanudaba la explicación.

No recuerdo que jamás dejara sin responder una pregunta nuestra. Verdad que éramos aún demasiado chicas para hacer las que a los mayores les cuesta contestar, y verdad también que, a pesar de mis pocos años, sabía ya que los grandes no aclaran ciertas dudas. Papá era para mí una excepción entre los grandes, y por eso mismo me cuidaba de preguntarle lo que yo sospechaba que quizá no podría contestar con la verdad. No me sentía con derecho a obligarlo a mentir, pero quizá en este escrúpulo interfería también, sin que yo lo supiese, el pudor de la mujer ante el hombre.

En las reproducciones de los clásicos de la pintura o de la escultura y en las láminas de los frescos de Pompeya nos habituamos a ver la desnudez con toda naturalidad, a igual que los cuerpos enlazados o abrazados. Más perpleja me dejaban ciertas ilustraciones de los libros de botánica, particularmente las que mostraban los órganos de reproducción de las flores: desde que en la plaza había visto hacer pis a los chicos varones no me cabía duda de que esos como empalidecidos capullos de rosa que ellos tenían, y nosotras no, estaban destinados algo más que a poder orinar lejos. Claro que los estambres y los pistilos eran más lindos, pero también las flores eran más lindas que la gente, pensaba.

Los estantes de la biblioteca de papá, hechos de pino barnizado, tenían en sus bordes etiquetas que le permitían hallar al momento el libro buscado. Él se levantaba de la mesa-escritorio y en su *robe de chambre* de pelo de camello, muy suave y muy raída, iba hacia los anaqueles frente a los cuales solía detenerse más tiempo del que nuestra paciencia permitía y más abstraído de lo que nuestro sentido de posesión toleraba: sabíamos que cada título apartaba de nosotras su pensamiento llevándolo lejos de ese cuarto que olía a resina, papel impreso y fragante tabaco de pipa.

Volvía hacia nosotras como de los viajes, reales: trayéndonos algo. Otro libro, una nueva explicación, un hecho recién recordado. Y todo cuánto él contaba yo lo veía con color, relieve, movimiento. Creaba un mundo detrás de los ojos de mi mente, mientras los ojos de mi carne estaban pendientes de los suyos, castaños y brillantes tras la hendidura de los párpados,

casi cerrados en la risa. Una media luna, como marcada con la uña, se le formaba en el rabillo exterior, y a esta media luna las patas de gallo le ponían cola de cometa. Esas arrugas y las del ceño contrastaban con la claridad de su frente lisa y con la punta redonda de la nariz que nosotras llamábamos “papuda”. Yo no lo contemplaba con veneración: lo observaba como a algo que me pertenecía y que no hubiera podido ser sino como era. Si tanto me fastidiaba que de tiempo en tiempo se recortara el bigote en forma distinta era porque se permitía cambiar un todo para mi inmutable, salvo el multiplicarse de las canas que iban dando, cada día, un brillo más acerado a su cabeza.

Cuando tenía que consultar los textos y los apuntes necesarios a su cátedra de Finanzas, recorría la mesa con la mirada, y si lo buscado no estaba donde él lo había dejado, refunfuñaba:

– ¿Por qué se meterán a tocar lo que no deben? Prefiero mi desorden al orden de los demás– frase anunciadora de que ese día no habría explicaciones.

– ¿Otra vez la clase? – rezongaba una.

– ¿Siempre tenés que estudiar?

– Para enseñar hay que estudiar – decía él.

– Sí, pero ya has de saber de memoria lo que tenés que decir.

– Nunca hay que repetir lo mismo... Los estudiantes se cansan de los profesores que hablan como loros. Bueno, ahora se sientan ahí – señalaba un lugar del piso– y calladitas, muy calladitas, me dejan estudiar.

Aunque no muy calladitas inclinábamos la cabeza sobre los libros que nos había dado, y él olvidado de nuestra presencia tomaba apuntes. El orden final de la clase que al día siguiente dictaría lo ponía sólo de noche, caminando de un lado a otro por su biblioteca. Entonces, desde la de abajo oíamos sus pasos y cómo, de vez en cuando, se detenía ante su mesa y en ese momento yo hubiera podido jurar que también oía el deslizarse de la pluma sobre el papel y me parecía estar viendo su mano iluminada por la luz de la lámpara con pantalla de porcelana verde. Eran las suyas manos fuertes y armoniosas, con proporción perfecta entre dedos y palma, y con las uñas siempre cuidadas salvo el pellejo lateral de la del pulgar izquierdo que despegaba, hasta la sangre, cuando tenía que escuchar callado algo que lo ponía nervioso. De la Cámara de Diputados volvió varias veces con el pulgar lastimado.

Nosotras nunca lo poníamos nervioso. Al contrario, tomaba con calma chicha cuanto hacíamos. Por ejemplo nos dejaba “manejar” sus libros, despreocupado de los estragos que en ellos podríamos causar. Sin la menor veleidad de bibliófilo, consideraba el libro un útil de trabajo: el texto era para ser subrayado y los márgenes anotados. Nosotras, a nuestra vez,

traspasábamos los límites de aquella utilidad, sobre todo si el libro era de gran formato; cubríamos de dibujos hechos con lápices de colores las páginas en blanco, y en especial las del dorso de las ilustraciones. Así en la colección encuadernada de *L'Illustration Française*, que abarcaba por lo menos una década, tras las láminas de la guerra de Crimea o del Transval, del incendio de la Exposición de 1900 en París o del proceso Dreyfuss, nosotras, ignoradas precursoras de los dibujantes de historietas en serie, mostrábamos, en episodio tras episodio, la vida de un príncipe y una princesa siempre jóvenes, siempre de novios, que iban recibiendo regalos para su futuro casamiento y dormían en una misma cama sin quitarse las coronas. Este sueño en imágenes y colectivo tenía color de rosa. El otro, negro si se quiere, era el de “los mártires”, pero a éste ni mi hermana ni yo lo ilustrábamos en libros al alcance de todos.

– Ni tampoco en los cuadernos de dibujo –le advertí.

– ¿Por qué?

– Porque si los ven no nos van a dejar dibujarlos más.

–Ah, claro...

No, no era claro. Nada claro, pero nos entendíamos. Juntas las dos nos pasábamos horas mirando con tácito deleite las ilustraciones de Gustavo Doré para el *Infierno* del Dante y pasando por alto el chirle Purgatorio y el aburridísimo Cielo, después de contemplar los cuerpos contorsionados transformándose en árboles, o los lacerados de los que, abriéndose con las manos las heridas como ojales, avanzan bajo una lluvia de llamas, teníamos necesidad de ejercitar nuestra capacidad creadora inventando torturas.

– ¿Lo dibujo aquí? –preguntaba mi hermana mostrándome un jirón de papel de embalar.

– Sí... yo lo haré en éste –decía mostrándole una hoja de papel higiénico.

– ¿Viste el San Sebastián, en *La Vida de los Santos*?

– ¿Lo vas a copiar? A mí me gustó más la santa, no sé cómo se llama, a la que con unas tenazas le arrancan una teta– decía empleando el término casto con que en casa se designaba la parte del cuerpo necesaria para que los bebés no se murieran de hambre, y con el cual *seno* o *pecho* sonaban a “indecente”.

– ¿Y no te gusta el San Lorenzo en la parrilla?

–No, no se le ven los ojos.

– ¿Has visto? Siempre los ponen para arriba. ¿Será por el dolor o porque son santos?

– No sé, pero en la figura del *Don Quijote*, cuando le pegan al pastorcito atado al árbol, él grita pero no revuelve los ojos...

– Ni está desnudo... Y si no está desnudo no es un mártir.

Debido a esta convicción, los cuerpos colgados de una rama o acribillados de saetas que íbamos dibujando mientras hablábamos, no llenaban vestidura alguna. Ni la necesitaban: eran sintéticos y neutros. Y hechos por inocentes. A pesar de esta inocencia ni se me ocurrió tomar al Cristo crucificado como inspirador o modelo. No por temor al sacrilegio -creo que ignoraba esa palabra y su sentido- sino porque la cabeza sangrante bajo las espinas, el pecho lanceado y las manos y los pies traspasados por clavos me hacían pensar en un drama, en una idea que superaba un sentimiento al que, no obstante ser natural se consideraba turbio.

El sadismo se redujo en nosotras a su “expresión artística”. En la vida la crueldad nos enfermaba. Cuando en la chacra Lolo no me apartó antes de que comenzaran a degollar un lechoncito, al oír los chillidos y ver el cuchillo hundiéndose en la carne rosada y blanda, empalidecí de angustia, tuve náuseas y durante el resto del día no pude comer ni jugar. Aún hoy al recordarlo me acomete una especie de malestar, pero porque lo recuerdo puedo confesar sin asomo de vergüenza cuánto me gustaba ver “mártires” dibujados y dibujarlos yo misma.

Los varios tomos de la Historia Natural, de Buffon, traducida y encuadernada en pasta española, estuvieron más que otros libros sometidos a nuestras destructoras manos. Llegamos a conocer de memoria sus románticos grabados, iluminados a la acuarela, que calcábamos en papel de seda, marcándolos con la presión del lápiz, manchándolos con los dedos negros de mina. Yo sentía especial predilección por las ballenas, tan grandes y tan suntuosas con su lomo duro, oscuro, y su vientre blando y rosáceo siempre sumergido. Eran para mí las emperatrices del mar y el chorro que lanzaban hacia arriba, su penacho de diamantes. Cuando ya cerca de mis diez años se me ocurrió leer el texto impreso a dos columnas y me enteré de cómo se “acoplaban” (así decía el libro) los cetáceos, pensé que más o menos de la misma manera deberían hacerlo todos los animales.

Saber con detalles la unión submarina no me impresionó en lo más mínimo, pero en los cuentos de Perrault, sí, habían cosas que me causaban malestar. Por ejemplo, que en *Piel de Asno* el padre estuviese enamorado de la hija, o que en *El Gato con Botas* todos los éxitos se debieran al engaño y a la mentira. De los libros que la Viuda Garnier y Calleja editaban encuadernados en tela roja con hierros dorados, únicamente los de Grimm y de Andersen me gustaban sin reservas: en ellos no había mujeres tan estúpidas que se rebanaran parte del pie para hacerlo caber en un zapato, ni tan vanidosas que intentaran asesinar a sus hijastras porque eran más hermosas que ellas, ni chicas a tal punto lelas que pudieran confundir a un lobo con su abuela. Porque una cosa es aceptar las hadas, las brujas, los duendes como símbolos del bien o del mal, y otra que los personajes reales de esos cuentos no actuaran

como hubieran actuado los de carne y hueso en circunstancias similares. Por eso, por lo que en él hay de humano, prefería el cuento del bagre de oro que, a cambio de su vida, promete cumplir los deseos del pescador y los cumple hasta que éste, instigado por su ambiciosa mujer hace que el bagre pierda la paciencia como cualquier mortal.

Nunca comencé a oír un cuento sin tratar desde el comienzo de adivinar su moraleja. Y si no lograba desentrañarla me sentía defraudada. Hasta los cuadernos con tapas de cartulina y en colores que nos leían cuando éramos todavía unos bebés, algo enseñaban. El de “*Rinrin Renacuajo* el hijo de rana que salió una mañana muy tieso y muy majo” (ser majo ¿consistiría en llevar bicornio, cuello alto, corbatón de raso y chaleco a rayas?) que el exceso de presunción puede ser peligroso; el de *la pobre viejecita* “que murió del mal de arrugas encorvada como un tres” en medio de sus riquezas, lo fútiles de éstas; y el de *Simón el bobito* que no hay que ser como él, es decir sonso, como también lo era Cacaseno.

En dos libros alemanes, los dos en verso, los dos de la época romántica, me di cuenta de que el castigo inventado es más cruel que la lección dada por los hechos mismos. El autor, tanto del texto como de las ingenuas, caseras ilustraciones del *Struwel Peter*, al hacer que una muchachita arda en llamas amarillas y rojas por su afición a jugar con fósforos, que a un chico le corten el pulgar con en enormes tijeras para que no se lo chupe más, y que a otro, por haberse burlado de un negrito, lo ahoguen en un tintero (lección de antirracismo poco eficaz a juzgar por lo que, décadas más tarde, se llegó a hacer en la tierra del *Struwel Hitler*) denotaban una irreprimible crueldad. Más encantadores que Peter el Dañino eran *Max und Moritz*, del libro de Wilhelm Busch –cuyas estrofas nos aprendimos siempre de memoria– pero ahí también, por traviosos y malignos que fueran los hermanos, ¿merecían acaso ser triturados, al final, en una moledora de trigo?

Muy de comienzos del siglo pasado e igualmente cruel que aquellos, era un cuento que Mamavieja me contó mostrándome una higuera.

– ¿Ves? Cómo aquella, la higuera estaba cargada de higos, –comenzó diciendo– y la madrastra le dio a Mariquita una pértiga para que ahuyentara los pájaros que iban a picotear la fruta. Un día, en ausencia del padre, Mariquita trató de ahuyentar los pájaros pero eran tantos que algunos se comieron los higos. La madrastra, enfurecida, golpeó a Mariquita y la enterró bajo tierra. Al volver, el hombre preguntó por su hija, y su mujer le dijo que la chica se había ido de la casa sin dar explicaciones. El hombre –Mamavieja hizo una pausa y, suspirando, continuó–, para no morir de tristeza, se puso a arrancar la cizaña. Al tironear de una mata oyó una vocecita que decía: “Ay, no tires papito que es el pelito de tu hijita Mariquita”. El padre desenterró a su hija y al enterarse de lo que había sucedido echó a su mujer de la casa,

como a un perro. Cuando mi abuela me contaba esa Historia yo imaginaba el pelito de Mariquita igual al mechón rubio grisáceo que, entre flores de nácar y hojas de plata, estaba encuadrado bajo vidrio en su dormitorio. En forma de haz, el mechón era el de una hermana de mi madre, muerta en la infancia –de la que nadie, nadie hablaba– y por su color y finura el pelo me parecía ser el de mamá en los retratos de cuando era chica.

Papá nos contaba la historia de Robinson Crusoe, los viajes de Gulliver, las andanzas de Don Quijote, las aventuras de Simbad el Marino y las picardías del Lazarillo de Tormes y de Gil Blas de Santillana mucho antes de que pudiéramos leer las versiones infantiles de esas obras. Y hasta nos volvía familiares a Shakespeare y a Calderón. Antes de saber de memoria el abecedario, nos sabíamos a fuerza de oírlos, el “Ser o no ser” y el “Que es la vida una ilusión”, “Muchas palabras” pensaba yo, y me parecía que a los grandes les gustaban demasiado las palabras. En cuanto a las de los príncipes dubitativos me causaban una vaga impaciencia: *Ser* era estar vivo, ver el sol, el cielo, respirar, comer; no ser era estar muerto y nadie sabe cómo es estar muerto. ¿Y Segismundo no vería, no tocaría, no olería, no oiría la vida?, me preguntaba a mí misma pero no a los demás porque temía dos cosas: pasar por sonsa y por insensible a la palabra “ilusión”, de sonido tan bonito y que tanto parecía gustar a todos.

Porque más que hablar hacía cosas, Robinson Crusoe era mi preferido. Además me tranquilizaba que su victoria no implicara la derrota de otros. Al contrario, en su lucha contra la soledad y la naturaleza, cada uno de sus triunfos podría haber sido el de cualquiera de sus lectores. Me pasaba largo rato imaginándome en su lugar y no podía ver un ombú sin pensar en cómo habría de ingeniármelas para vivir dentro de su tronco al amparo del frío y de la lluvia. Las posibilidades de inspeccionar la rústica vivienda eran pocas: aduciendo que esos huecos estaban “llenos de inmundicias” dejadas por los linyeras, los grandes no nos permitían acercarnos al ombú. Apenas había visto dos o tres linyeras sentados cerca del hueco, sobre una raíz, tomando mate y mirándonos pasar con ojos tranquilos y a mí me había parecido entonces que el ombú era su nido como el redondo, hecho de barro, era el de los horneros.

En los linyeras, en los trabajadores “golondrina” yo me esforzaba por ver los vagabundos de los cuentos europeos. Los que recorren solos, a pie, caminos y países. Nunca creía que fuesen capaces de robarse a un chico, pero sí que alguno se fuera con ellos, siguiéndolo como un cuzquito para saber cómo es lo que está lejos y para que los padres lo extrañaran. Para que se desesperaran por su ausencia y se arrepintieran de haberlo tratado mal, y una noche de tormenta salieran a buscarlo y después de andar y andar lo encontraran por fin y luego de perdonarse – ¿quién a quién? – volvieran a casa llorando de alegría, y en la casa lo metieran

en un baño caliente con mucho jabón y después en la cama limpia y abrigada y ya en la cama le dieran el tazón humeante de leche con canela y miel, pensando que nunca, nunca más *me* iban a hacer rabiar.

Porque éste era uno de los cuentos que me contaba a mí mismo metiéndome en la piel del protagonista pero no siendo yo sino otro. En esa vida imaginaria, hasta podía llegar a ser varón. Por lo contrario, tratándose de proyectos, no perdía nunca mi total identidad. Tampoco al figurarme en una situación diferente de la real y en la que me hallara por motivos ajenos de mi voluntad: por ejemplo, si me hubiesen robado unos gitanos o si fuese hija adoptiva sin saberlo.

Recuerdo la voz, no la persona, que me preguntó un día, cuando yo tendría cinco años, si no me gustaría saber, de pronto, que era hija de reyes o de príncipes. No bien lo oí pasaron por mi mente con ritmo vertiginoso los monarcas que veía, en las revistas ilustradas, segura de que quien me hacía la pregunta sabía una verdad que yo ignoraba y que estaba a punto de revelármela. Sintiendo náuseas de cuanta capa de armiño, diadema rutilante, pechera constelada, barbas de consorte, bigotes de kaisers y toca de emperatrices había visto impresos en papel, hui horrorizada, de la que posiblemente me iba a decir un nombre y corrí a buscar el contacto de mamá, de su *matinée* almidonada, de su piel sin perfumar.

Las muñecas no entraban en mi vida imaginaria, se quedaban en la real y como útiles de aprendizaje. A las grandes, mofletudas, con rizos en tirabuzón y vestidas con puntillas, prefería los bebés, fuesen de *papier maché*, de goma o de celuloide, a los bebés se los podía vestir, desvestir, se les podía cambiar los pañales y, por lo general, hasta lavar. Esto último era muy importante porque me permitía utilizar el juguete más lindo que jamás he tenido: un pequeño tocador o lavatorio, de caña de bambú, con un juego de palangana, jarra y jaboneras hecho de algo que entonces creíamos ser vidrio azul lechoso y que luego, cuando ya no existía, descubrimos que era opalina. ¿No lo habrían comprado en alguno de los dos negocios chinos que entonces había en Buenos Aires o nos lo habría traído alguien de algún viaje? No recuerdo haberlo preguntado pero sí que nos dejaban jugar con él como si no tuviera ningún valor y que con mi hermana lo completábamos agregándole un pedazo de esponja, un jaboncito de “muestra” y unas toallitas alargadas sacadas de los cajones de la ropa interior y que hacían sonreír a mamá, cuando nos oía decir que eran las salidas de baño de los bebés.

No, ni las muñecas japonesas con sus caras redondas de superficie tan lisa que daba gusto acariciar, sus ojitos muy brillantes tras los párpados sin cejas y su melena como pincel achatado; ni esas con cuerpo relleno de aserrín, cabeza, brazos y piernas de porcelana y botitas y pelo pintados de negro tinta, ayudaban a imaginar cosas. No porque fuesen palpables

y visibles, También lo era alguna pequeña imagen que papá nos mostraba o las ilustraciones de sus libros, pero, sin embargo tenían el don de transportarme a regiones nunca vistas, a épocas pasadas o a años por venir.

... A la biblioteca de papá no hubieran podido colarse ciertas intrusas frecuentadoras, al parecer, de la familia de mamá, que se aparecían sin respeto por lo que estuviera haciendo la persona que las veía. En la chacra, una de ellas se propuso molestar a la tía Mercedes, mientras yendo y viniendo por el patio, rezaba su rosario, habitual con sus habituales intercalaciones:

– “Dios te Salve María, llena eres de gracia (hay que decirle al carnicero que traiga lomo más tierno) bendita tú eres entre todas las mujeres (mañana va a llover: la luna tiene aureola) y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, Madre de Dios (qué cosa, a Menganita vuelve a dolerle el juanete) ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora (¡Ay, he visto una sombra!)

– Habrá pasado alguien– sugirió mamá para tranquilizarse a sí misma y superponiendo sus palabras a las “... de todo mal...”

–“Amen”. (Hm, cómo no) –susurró dubitativa e irónica la que nosotras veíamos con su perfil de medalla y toda de oscuro, entrar y salir de la claridad lunar con densa fragancia de jazmín.

– ¿Dónde la visto? - inquirió mamá después de haber mirado inquieta hacia el otro extremo de la habitación en el vano de cuya puerta interior estábamos sentadas, porque en aquel extremo se hallaban las ventanas enrejadas que abrían sobre el monte por el cual, sin que nadie lo viese ni oyese, podría llegar hasta la casa alguien más peligroso que un aparecido.

–Se me cruzó... cerca del aljibe– explicó su tía señalando vagamente el centro del patio, y reanudando las avemarías de las últimas estaciones – ¿Qué irá a pasar? –suspiró cuando, terminando el rosario, se sentó con nosotras.

– ¿Qué querés que pase? – protestó mamá, defendiéndose de su propio temor.

–... no sé... pero acordate...

– ¿De qué?

–De la vez que estaba sola, en la casa de lo de Mamá, y vi desaparecer por una puerta la cola de su vestido de lustrina negro arrastrándose por el piso. La llamé y no me contestó. “Mamá”, grité, y nada: un silencio de tumba. Fui a buscarla: la encontré muy sentada en el cuarto del fondo. No, ni había ido a la sala, ni se había movido. ¡Quitá: qué horror! dijo tapándose la cara al oírme contar lo que yo acababa de ver. A las pocas horas avisaron que Adrián se había muerto en ese mismo instante.

–Sí, ya lo sé– murmuró mamá que, más que nosotras, había oído contar ese recuerdo. Y agregó–: ¿No sabés que a los católicos nos está prohibido creer en esas cosas?

– ¡Hm..! – musitó su tía–. Así dicen, pero cuando se lo conté al padre Jacinto, él me dijo “Si, hija, así es, pero ¿qué quieres? Nosotros “mismos vemos algunas cosas que no podemos explicarnos...”

Si las historias de sombras me causaban el doble placer de tener miedo sintiéndome protegida y de considerarme superior a quien las contaba porque las creía sólo a medias, la reflexión del fraile –al que imaginé panzón, con hábito franciscano y topándose con formas transparentes en el jardín de un claustro– me dio un escalofrío: por un instante me dejó en la duda de que eso de la cola del vestido deslizándose silenciosa sobre la alfombra, no era, como yo lo creía, únicamente un cuento de vieja.

Me fastidiaba que mamá, siendo joven, creyese en las cosas que papá llamaba “pavadas”, pero el fastidio, ahora lo sé, provenía de mi falta de seguridad sobre cuál de los dos estaría en lo cierto. Yo creía estar segura de que él tenía razón; sin embargo, la credulidad de mamá se me contagiaba. Lo descubrí gracias al pajarraco del aroma.

Siempre en la misma rama de uno de los aromos grandes situados frente a una puerta trasera de la casa se posaba el pájaro que cubría de salpicaduras blancas el banco de madera verde colocado a la sombra del árbol, y en el que tan agradable hubiera sido poder sentarnos. Una mañana, al ir a subir al *breack*, mamá dijo entre dientes a papá que ese pájaro era de mal agüero.

– ¿Además? –le preguntó papá.

–Sí, reíte: ayer gritó la tarde entera y... –mamá suspiró–: ya ves.

El “ya ves” y el suspiro se debían a que, apenas una hora habían telefoneado de la ciudad avisando que una de sus tías acababa de morir. A mí me pareció absurdo que el pájaro colítico tuviese algo que ver con el cáncer que, desde hacía dos años, iba matando a mi tía abuela, pero eso no impidió que, en adelante, al divisar entre las hojas el abultado buche gris no lo viese nimbado por un aura maléfica.

No creo que se debiera a las conversaciones sobre “sombras” y agorerías la única alucinación que he tenido. Yo ya andaría por mis seis años la noche que en la chacra, durmiendo en, una cama junto a la de mis padres, vi aparecer frente a mí, en el vano de la puerta que abría al dormitorio contiguo, un palo como de escoba, pero más alto, con una cabeza de trapo blanco. La luz de un velador me permitía ver con toda nitidez que el atado-cabezota mientras avanzaba oscilante, estaba sujeto al palo con un piolín, que la boca mal

pintada de carmín subido se reía de mí y que los ojos, aunque dibujados con carbón, tenían brillo de vida. Sentada en la cama conseguí gritar.

–¿Qué te pasa? –preguntó mamá, despertando.

–Mírenlo... mírenlo... –les dije señalando con el dedo al como espantapájaros sin brazos que se acercaba haciendo sus rígidas y burlonas reverencias.

–Si no hay nada –me dijo papá, casi enojado.

–Si... si... Ahí.

–Estás soñando –me advirtió mamá que bajó de la cama a tocarme la frente.

No, yo estaba despierta. Tenía los ojos abiertos y sentí la palma fresca en mi frente, y el muñecón, cuando más me sacudían, más burlón se tornaba. Se reía de los que no lo veían, y que no lo vieran era parte de su maldad... Mis dientes golpearon el borde del vaso y con los primeros tragos de agua el monstruo se desdibujó.

Un par de años después, en la ciudad, pude comprobar que no siempre da miedo todo aquello que uno ve y los demás no.

Un anochecer jugábamos con mis hermanas en el balcón de casa cuando, al mirar hacia el río, vi en el cielo verdeazulado el segmento de un cilindro de metal bruñido que, iluminado de rosa por los últimos reflejos del sol, se desplazaba lentamente en el aire. Una luz color de brasa en un extremo del cañito lo hacía parecer un cigarrillo encendido. Mis hermanas lo vieron también y nos preguntamos mutuamente qué sería. Ningún aeroplano había volado aún sobre Buenos Aires, y ni por su forma, ni por lo que parecía ser su consistencia, ni por la serenidad con que se deslizaba en el espacio, podía tratarse de uno de los globos de papel remontados al comenzar o terminar las fiestas. Avanzaba horizontalmente, de izquierda a derecha sobre las cúpulas del Pabellón Argentino, pero nos era imposible calcular la distancia a que se hallaba o de qué materia estaba hecho. Porque alguien tenía que haberlo hecho: no era una planta, ni un animal, ni un mineral, bastaba con verlo para darse cuenta de ello. Sin acelerar su avance, ni perder o tomar altura, viró lentamente río adentro hasta confundirse con el horizonte ya en sombra.

Ni a mí ni a mis hermanas nos pareció ver en el cigarrillo volador nada “sobrenatural”. Si al fijarnos en los transeúntes advertimos que no lo miraban supusimos, y seguramente fue así, que ellos no lo habían visto. Lo mismo las personas que, una por una, fuimos interrogando luego. Papá nos hizo muchas preguntas, expuso varias conjeturas que nuestras explicaciones invalidaron y finalmente movió la cabeza en gesto de “abandonar la partida”. ¿Qué fue lo que las tres observamos atentas, con sorpresa pero sin miedo, surcando el espacio durante diez minutos por lo menos? Nunca lo supimos, pero “sombra” no era.

Sólo una vez había visto antes en el cielo algo que no fuera estrella o nube, pájaro o “hilo de la virgen”, barrilete o “*mongolfier*” de papel: corriendo por la cancha al fin de un atardecer en la ciudad, sentí que una sombra grande y opaca pasaba sobre mi cabeza. Levanté los ojos y vi, recortándose en el cielo anaranjado, un globo redondo que en lugar de barquilla tenía un trapecio en el que iba sentada una mujer con malla de trapecista de circo. Y también como las trapecistas, la mujer tiraba besos con una mano. En seguida, desde las ventanas que daban a la cancha y por el zaguán, varias personas explicaron, a gritos alborozados que era el “globo de la Zilimbani” que acababa de remontarse desde el “Palacio de Novedades”, o sea a dos cuadras del fondo de casa.

A la mañana siguiente los diarios anunciaron que se ignoraba dónde había bajado el globo. Durante varios días se lo buscó y las conjeturas sobre su suerte menudearon. Nunca se supo si se perdió en el río y mar adentro o si cayó a media noche en el Bajo de Palermo y los maleantes dieron cuenta de él y de sus tripulantes. Esta era la peor de las conjeturas: imaginaba a una mujer de malla negra debatiéndose en las tinieblas contra seres que chapaleando en agua de charco salían de entre los juncos y los arbustos espinosos y que, pedazo a pedazo, igual que hormigas, la hacían desaparecer mientras el globo se iba desinflando como esos que nos daban en las tiendas y que, al soltarse de nuestras manos “envejecían” de la noche a la mañana en un rincón del cielo raso.

Aquel mismo año, o el siguiente papá comenzó a contarnos de Santos Dumont y de los hermanos Wright mostrándonos, en las revistas, ésas entre langostas de caña o murciélago de tela con que aquellos inventores trataban –y ya con éxitos– de “conquistar” el espacio. Y al explicarnos la diferencia entre los más pesados y los menos pesados que el aire, pronosticaba: “Ustedes verán a los hombres volando”, Los vimos, nosotras y él también, pero quizá ni recurriendo a su poderosa imaginación y a su caudal de optimismo hubiera creído entonces a quien le hubiese dicho que una de sus hijas iba a perder la cuenta de los vuelos transatlánticos que haría.

Las tres bibliotecas, y particularmente la de papá, eran las atalayas des de las cuales oteábamos imaginariamente todo cuanto afuera y lejos sucedía, cambiaba, se transformaba, pero a ellas – abrigadas en invierno, frescas en verano, ruidos de ecos su espacio y vibrante de imágenes su atmósfera– las creía inmutables y eternas.

Polio (Pp. 169-183)

Aquella primavera en la chacra no me bastó con andar en bicicleta, hacer acrobacia en los trapecios e impulsar muy alto el columpio rechinante en sus ganchos de fierro: aprendí a montar a caballo.

Sobre el lomo del zaino pasé, cautelosa, del paso al trote y del trote, ya más segura, me lance al galope, bebiendo a grandes bocanadas el aire oloroso a eucaliptos, y jazmín del cabo. Comparado con cabalgar, correr me resultaba lentísimo. Lo sentí un mediodía sofocante, cuando en busca de papá me metí a un potrero sin advertir que ahí estaba el toro negro, el que miraba fijo con sus ojos malos y sanguinolentos. Huí de él a cuanto daban mis piernas de diez años, doblándoseme los tobillos sobre los terrones de la tierra arada. Exhausta me dejé caer al suelo no bien llegué junto a mi padre.

Al día siguiente el calor se había disuelto en una garúa. Salimos en el *breck* a comprar gallinas porque había peste en el gallinero de la nuestra. La lluvia o el barro me mojaron los pies que sentía helados al volver a casa sentada en el pescante. En busca de tibieza los metí en el cajón que, ante mis piernas, contenía una yunta de pollos. El agradable calor animal me hizo soportar el hedor a pluma mojada y a jaula sucia que emanaba del cajón mezclándose al del hule y el correaje del coche. Tan pegajosa y caliente era la combinación de olores que cuando los caballos levantaban la cola y expelían la bosta verde, respiraba aliviada: por unos instantes iba a entrar a mis narices un aire más limpio. Lo mismo cuando una ráfaga amoniacada señalaba la cercanía de un zorrino.

Al amanecer del día siguiente, me despertó un dolor que me tomaba el vientre, la cintura y se agudizaba en la rabadilla. Sentada con las piernas colgantes, sola en el cuarto de baño, y el silencio de la casa, vi aclarar el día por la reja de la ventana sin que el dolor se me pasara. Volví a la cama: me sentía triste en el amanecer gris.

Por la mañana, no bien le hablé a Lolo de mis dolores, ella despertó a mis padres.

– Ha de ser una indigestión; ayer en el almuerzo me fijé: no sé cuántos caracús te comiste – recordó mamá.

– Es que estos días has andado demasiado a caballo – dijo papá, que agregó, pasándome la mano por la espalda–: Lo raro sería que no te doliera.

– Yo creo qu'es que ha tomado frío: estaba helada cuando bajó del *breck* –terció Lolo, siempre opuesta a los paseos improvisados, particularmente si eran en día de lluvia.

– ¿Y no será porque corrí mucho cuando me asusté del toro? – pregunté, porque comenzaba a sentir un leve cansancio en las piernas.

Me dieron magnesia, me dejaron en cama, me pusieron fomentos. A cada ida al cuarto de baño los dolores aumentaban. De noche rugía torciéndome de dolor y, a la luz de las velas, se movían enormes en las paredes las sombras de los que me rodeaban. Debía de tener fiebre alta. No lo sabía por los grados que murmuraban al consultar reiteradamente el termómetro sino porque al fijar mis ojos en el armario lo veía achicarse hasta convertirse en un hilo mojado que me entraba por la garganta y ahí, al ir a tragarlo, se hinchaba en una proporción descomunal causándome ahogo y náuseas. Veía en los ojos que me miraban el mismo pánico que había visto en los de las ratas cuando con el humo venenoso las hacían salir de sus cuevas. Las pupilas indagaban ansiosas, punzantes. Tenía la sensación de que los atentos sólo a mí, trataban, desesperada e inútilmente, de adivinar lo que me pasaba. Comenzaron a cantar los gallos y el lamento de la paloma montesa se hizo lastimero como nunca. El alba aclaró las persianas y las velas consumidas se apagaron en un insoportable tufo a pabulo. Llegó la mañana sin que ninguno hubiéramos cerrado los ojos.

No sé cómo me vistieron, pero no me bañaron y ésto era síntoma de enfermedad seria. No recuerdo si subí sola o en brazos al *breck*, y después al tren. Al bajar en la estación del Once, un tirón en la espalda me hacía echar la cabeza hacia atrás. Una mujer me miró extrañada. Me costaba caminar.

Después perdí la noción del tiempo, de la noche y del día, del ayer y del hoy. Estaba en la cama grande, en el enorme dormitorio de mis padres, con dos balcones sobre la plaza San Martín. Entraban médicos a ese cuarto. Yo no sabía lo que decían pero los veía mover la cabeza con aire de duda. Como veladas y dichas muy lejos oía palabras entrecortadas: "... iodo en la rabadilla..." "inflamación de la médula..." "peligro de meningitis"...

Quise rascarme la nariz y no pude. Tampoco mover el pescuezo. Al dolor que, como haciéndolos en haz, tironeaba mis nervios, se agregó el ardor de la llaga abierta en lo bajo de mi espalda por el roce de la sábana contra el pellejo iodado. Como no podían ponerme boca abajo sin peligro de que me ahogara, colocaron bajo mi rabadilla una especie de salvavidas de caucho y para aliviar el peso de las frazadas sobre mis piernas, las aislaron bajo un túnel de alambre. Me envolvía un aire opaco, denso, del que surgían, por instantes, mis padres y Lolo, frascos sobre el velador y médicos. Uno alto, con bigotes de foca y voz gangosa, sugirió raspando guturalmente las erres:

- Será conveniente aplicarle puntas de fuego...
- ¿Puntas de fuego? –repitió mamá aterrada.

– ¡No, eso no! ¡Eso nunca! –grité con la fuerza que me infundía imaginar fierros candentes “aplicados” a la carne en vivo. Y como el médico impávido, parecía no haber oído mi grito, insistí– ¡No, es inútil! ¡No voy a dejar que me las pongan!

–Si no se siente... Son menos que un pinchazo de alfiler -me decía papá acariciándome la mejilla pero al sentirlo de parte del médico y, por lo tanto, en contra de mí le dí un mordisco en el pulgar. Retiró la mano asustado, la sacudió y, casi, feliz, exclamó: ¡Miércoles! ¡Para esto no le faltan fuerzas!

No me aplicaron las puntas de fuego: si hubieran podido hacerme bien, la torpeza del médico impidió que ese bien se me hiciera. Hay aclaraciones que asustan o repelen: si durante la infección intestinal del año anterior me hubiesen dicho que la leche que me daban era de burra no la habría tragado. En casos excepcionales el fin puede justificar los medios.

En otro no hay subterfugios que valgan. Por ejemplo la cama, mueble por lo general de uso nocturno, en la oscuridad se venga de los que la ocupan el día entero, haciéndolos dar vueltas y vueltas “sin encontrar postura”, como decían muy gráficamente en mi familia. Inmovilizada de espaldas estaba tensa como parche de pandereta en el que el más leve rumor percutía como un estampido. El rodar de los coches sobre el pavimento, un golpe de la puerta de entrada, la carcajada de un transeúnte me sacudían con vibración de taladro.

Una de aquellas noches creí que jamás, jamás volvería a saber lo que es descanso: en el Pabellón Argentino llamaban a una *kermesse* lanzando esas bombas de estruendo que, si estando sana me enloquecían ahora eran latigazos en cuerpo desollado. Como no podía taparme los oídos con los dedos, me los taponaron con algodón, pero el algodón, tal vez porque no se atrevían a ponerlo muy apretado, no sólo filtraba el estruendo sino que lo retenía. Mandaron avisar a los organizadores de la fiesta que las bombas molestaban a un enfermo: respondieron que tenían permiso policial para lanzarlas. Una tras otra, sin parar, sin esperanza de que cesaran. A papá se le ocurrió entonces escribirle al Jefe de Policía explicándole el caso. No sé qué diría la carta, con quien fue enviada, ni en qué lugar encontraría el mensajero al coronel Falcón a esa altura de la noche, pero antes de que papá recibiera la respuesta en la que el coronel le informaba que había dado órdenes para que las bombas no molestaran más a “su enfermita”, todo estruendo había cesado y el único sonido que llegaba hasta mí, por entre los árboles de la plaza San Martín, era el rumor de valeses lejanos... (Cuando apenas transcurrido un año, el coronel Falcón fue muerto por la bomba que le arrojó un joven ácrata –así decía entonces–, yo me quedé pensando que si a ese muchacho, o a una hermana de él, el coronel le hubiese hecho el favor que me hizo a mí, seguramente no lo habría matado pero, imaginando e imaginando, se me ocurrió que a los muchachitos de

apellido desconocido y que no eran hijos de diputado no debía serles fácil comunicarse con el Jefe de Policía).

A papá le costaba separarse de mí para ir a su trabajo; volvía de él antes de lo habitual y mamá tenía que repetirle veinte veces que bajara al comedor, que ya habían llamado hacía rato para el almuerzo o la comida. Ello dos y Lolo, puntuales al horario médico, midiendo las dosis, cuchara y frasco en mano, me parecían de pronto tres guerreros empeñados en matar a un dragón antes de que me devorara, o tres cómplices confabulados contra de mí: no tenía fuerza para oponerme a que me hicieran tragar ciertas pociones a hora fija, o que me aplicaran el fomento justo en el instante cuando lo único que necesitaba era estar tranquila. Cada vez me repugnaba más beber el caldo por el pistero o deglutir la gelatina de pollo y eso de alimentar mi cuerpo desganado para luego poder limpiarlo interiormente sólo si recurriendo a la sonda, al irrigador y a la chata – ¡jamás lo suficientemente chata! – se había vuelto una rutina a la que me sometía la incapacidad de poner resistencia. Lo mismo con los baños de agua tibia y vinagre aromático destinados a hacer bajar la fiebre: el trayecto de la cama a la bañera, metida en una sábana que mi peso muerto combaba como hamaca paraguaya entre las dos personas que las tenían, me parecía interminable. Con sábana incluso me metían en el agua. Y en el agua, lo mismo que fuera de ella, yo era una bolsa de arena mojada traspasada por relámpagos de dolor y ardores de brasa, no bien la movían.

Durante días o semanas sentía el cuarto en que me hallaba como si fuera el corazón apenas palpitante de otro cuerpo también dolorido: el resto de la casa. Muy llena de dolor, muy triste, muy enferma tenía que estar la casa porque hasta mi dormitorio no llegaban las risas ni las voces de mis hermanos, ni el rumor de las discusiones que antes subían desde las ventanas del comedor, ni la música de la pianola en el vestíbulo de entrada, ni el madrugador ruido de baldes, agua y escoba en la cancha. En el silencio oí durante varios días el rasguñar de una pluma sobre papel: era el informe que sobre mi enfermedad papá le hacía a su hermano médico, en Santa Rosa de Toay. En mi duermevela, oía como iban apilándose las hojas de papel sobre la mesita colocada provisoriamente en el centro del cuarto y sin levantar la cabeza de la almohada (cosa que no podía hacer) yo veía a papá escribir y escribir y me daba pena su aire de escolar aplicado y más aún su esperanza (adivinada en su voz al decirme a quién le escribía) de la contestación a esa carta podría haber una sugerencia para curarme enseguida. Papá siempre tan fuerte, tan lleno de recursos y soluciones, ahora me parecía un niño desamparado que recurría a su hermano como, si viviera aún, hubiese recurrido a su padre, aquel médico que murió joven por cuidar a los apestados durante la fiebre amarilla.

Tata, mi abuelo, entraba a verme varias veces al día y nunca dejaba de acompañar a los médicos pero no se demoraba largo rato en el cuarto al que no iban mis hermanos, aunque decían que mi enfermedad no era contagiosa como la escarlatina que hacía dos años mi segundo hermano había tenido, obligando a mamá a aislarse con él y su niñera en el último piso, mientras los demás pasábamos el sarampión en el primero. Ypués cuando nos levantamos teníamos que contentarnos con ver a Mamá y a Hans (con la cara hecha un tomate) mirándonos desde arriba, tras los vidrios de la claraboya, como miran los ángeles a los simples mortales.

Al entreabrirse la puerta del vestíbulo y dar paso a los médicos vi varias veces a Betty y a Gina Berticelli estirando el pescuezo para alcanzar a verme. Había angustia en sus miradas y ganas de comunicarse conmigo pero sabían que toda tentativa de aventurarse tras el umbral sería recibida con un “¡No se puede entrar!” de Lolo. Otras veces movían tímidamente el picaporte y la puerta se entornaba y un ojo miraba hacia mi cama: por la altura en que el ojo se veía sabía que alguna de mis hermanas había rondado mi cuarto. Pero nada de eso me importaba, sino que mamá no se apartara de mi lado. Amparándose en el pretexto de que en su estado –esperaba su sexto hijo– las escaleras la cansaban, ni al comedor bajaba. En la penumbra de las persianas cerradas, envuelta en las últimas claridades de la tarde que entraban por la ventana abierta al frescor vespertino, o apenas iluminado por la luz de una lámpara con pantalla oscura, la veía siempre junto a mí, atenta a mí, sólo por mí preocupada. Me preguntaba qué sentía, si tenía sed, si me seguía el dolor, si disminuía. Y pasaba su palma fresca por mi frente o me palpaba cuidadosamente el cuerpo como con miedo de romperlo. Al no haber solución de continuidad entre el día y la noche dejó de darme el beso con que nos mandaba a la cama y no lo substituyó por otros intempestivos. Tampoco recuerdo que tomar mi mano entre las suyas, pues esos ademanes de cariño, inusitados en una familia poco demostrativa, hubieran podido significar que la muerte andaba cerca. Nunca pensé en la muerte porque no pensaba: sentía.

La infección, que comenzada en la médula hubiera podido llegar a las meninges como sube la columna de mercurio por el termómetro, se detuvo a medio camino y después comenzó a bajar: el cuello, luego lenta, muy lentamente los brazos, fueron liberándose de su invisible atadura. La fiebre al ceder iba dejándome débil y lúcida. En esta lucidez oí por primera vez dos palabras que me sonaron a hierbas silvestres y miel: *polio mielitis*. La misma voz, o quizá otra, le dió un nombre menos bonito: parálisis infantil, enfermedad que hacía poco había causado estragos en Suecia donde adquirió un tercer sinónimo en honor de los médicos que más la estudiaron: el mal de Heine-Medin.

A pesar de sus tres nombres la enfermedad era casi desconocida en la Argentina. Los médicos sabían, no obstante, que uno de sus síntomas eran patentes solía tener consecuencias definitivas que iban desde la muerte o la total inmovilidad del cuerpo hasta la imperceptible atrofia de algún pequeño músculo. Supongo que mis padres se preguntarían cuál sería mi caso. Y no: del futuro sólo pensaba en lo inmediato. Por ejemplo si al día siguiente me interesarían los juguetes nuevos que llevaban a mi dormitorio y que, sin desenvolverlos, dejaban en algún rincón, separados de mí por un muro de espesa indiferencia.

Yo quería traspasar ese muro pero tendida de espaldas me era imposible mover los cubos del juego de armar. Apenas miraba tres o cuatro ilustraciones los ojos se me cerraban. Lo mismo si trataba de seguir el hilo de un cuento o una conversación de mis hermanas que, acuciadas tanto por las ganas de estar conmigo como por las de jugar con los regalos nuevos, entraban cada vez más a mi cuarto. El esfuerzo por jugar, o hablar como ellas, me cansaba. Lolo inmediatamente advertía mi lasitud y las ahuyentaba diciéndoles: “A ver, váyanse de aquí ¿no ven que la cansan a su hermana?”

Si podía quedar al margen, las conversaciones no me cansaban. Cuando mamá empezó a recibir a sus amigas, una por vez, y se sentaba con ellas junto a la ventana abierta al balcón, me gustaba primero oír lo que la de “afuera” contaba, después adormecerme arrullada por las dos voces. Jamás oí a mamá comentar con alguna de ellas mi enfermedad, y si alguna vez lloró, se cuidó de ocultarme sus lágrimas. Sólo una vez no pudo contenerse y, más que a mí, se dijo a sí misma o lo dijo a Lolo que andaba por ahí:

– ¡Y pensar que la hice rabiarse tanto la última vez que iba a salir a la calle!

Me costó recordar a qué vez, a qué tarde se refería. Haría de ello dos meses ya. Quería que saliera estrenando uno de esos trajes de saco y pollera de brin blanco muy almidonado y cuello duro, como el que usan los alumnos de Eton, y yo sintiéndome incómoda y ridícula en esa especie de disfraz, para impedir que me arrastraran afuera me tiré sobre el piso del zaguán, chillando y pataleando. Mamá bajó al oír mis gritos, y agarrada del pelo, me llevó arriba y me metió en la cama hasta el día siguiente. Sí, verdad, no lo había pensado: esa fue la última tarde que hube de salir a la calle.

Pero no salí porque no quise y, a pesar de la penitencia y de lo que sucedió después, seguía alegrándome de no haber salido. Estuve a punto de decir a mamá que no había proporción entre su remordimiento actual y lo sucedido aquella tarde, pero no se lo dije: que por lo menos, de las dos, una vez fuese ella a quien le tocaba arrepentirse.

Poco a poco, a medida que los desvelos y las intermitentes somnolencias fueron concretándose en un sueño cada vez más profundo y normal, el cansancio, como el dolor y

otras molestias, fue mitigándose y, al mitigarse, borrándose de la memoria. El sol mañanero, que antes me hería los ojos, ahora al extender una flecha dorada sobre los tablones del piso, me iba restituyendo, como si traída en la bandeja con el café del desayuno, la satisfacción de despertar a un día en el que cada hora sería diferente de la otra y en que la casa iba recuperando la vida que durante un tiempo, inconmensurable para mí, se había detenido.

Redescubrí la frescura de las sábanas de lino y la del cuarto defendido, desde temprano, del insoportable calor de afuera; el placer de abandonar la cama por un rato, el de aspirar, ya puesto el sol, el olor a los árboles de la plaza y, reconfortante entre todos, el de tomar un baño fresco para, estar limpia, nada más.

Una tarde, Lolo, sin proponérselo, me restituyó la risa. Mientras me aplicaban el tratamiento eléctrico, ella y mamá secundaban al médico en la tarea de impedir que yo sacase los pies o las manos fuera de las cubetas, de que no se aflojaran las chapas de metal sujetas a mis muslos, brazos y espaldas y de que el metrónomo, alternador de la corriente, siguiera con su monótono tic-tac, cuando en eso oímos, en el vestíbulo contiguo, una explosión y un grito que cortaron la corriente y nuestra respiración. Lolo salió disparada y en el vestíbulo sofocó un alarido: reapareció en el vano de la puerta, trayendo medio aferrado, medio colgado de su mano al chico de delantal y cara hechos un tizón, pelo erizado y pupilas en el centro de un botón blanco. Los ojos de Lolo también estaban desorbitados y, ahogándose, sin soltar a mi hermano, explicaba: –Por milagro... Se ha salvado por milagro... Las metió en el toma corriente –decía enarbolando unas tijeras con las cuchillas carbonizadas y retorcidas en tirabuzón.

A los pocos segundos, habiendo pasado el chico a poder de mamá, Lolo volvió a abrir la boca para lamentarse:

–Señora! ... Y encima usted le pega, al pobrecito!

No sé si por la distensión nerviosa después del susto o por lo que de ridículo tenía todo, yo no podía contener la risa que me sacudía entera. Reía y reía sabiendo que al reír era tan inconsciente como acababa de serlo mi hermano al meter las tijeras en el toma corriente. Lo sabía, pero él se había salvado y a mí al volver a reír me restituía a la vida.

Las aplicaciones eléctricas eran más aburridas que molestas: interrumpían mis juegos y mis aún muy cortas lecturas. También las interrumpía el masaje pero para someterme a las fricciones, sobaduras, pellizcos y palmadas que, simultáneamente, me revivían y calmaban, era menos fastidioso abandonar el juguete o el libro.

En brazos o en una de esas butacas que asentadas sobre rueditas corren fácilmente sobre los pisos sin alfombras, empezaron a llevarme al vestíbulo contiguo, con claraboya abovedada

de vidrios blancos, y al dormitorio de mi abuelo, también con ventanas sobre la plaza. Cualquier ruido o grito seguía sobresaltándome y una nada me hacía llorar: sólo la sobrealimentación fortificaría mi sistema nervioso.

No me costó aceptarla. Mi apetito se había vuelto normal, es decir tremendo. Me atiborraban. Al almuerzo me servían puchero (y muy completo) o bifés con papas fritas, en porciones que le hubieran permitido a un changador, trabajar hasta la noche. Y después el postre y tras el postre bombones. Aunque en vez de cargar fardos seguía jugando sentada o dormía un rato, a las cinco mamá me daba dos yemas batidas con azúcar y oporto, acompañadas de dos grandes sandwiches de pollo. Pasadas cuatro horas, me servían, en la cama, los mismos platos que a mis hermanas, a las que obligaban a hacer la caminata diaria y que se movían el día entero. Pero, claro, a ellas no les abrían el apetito dándoles la mezcla de arsénico y fósforo, que a mí me hacían tragar.

Al sentirme más fuerte, me preocupó si “después”, cuando empezara a caminar, tendría que aprender de nuevo a andar en bicicleta. Mamá me contestó que no, con cierta reticencia. Advertí su leve vacilación sin alarmarme. Quizá porque la inmovilidad me convertía en el centro de la casa; quizá porque era difícil imaginar que nunca volvería a caminar, a correr, a saltar. El *así* a que se refirió mamá tenía que ser pasajero.

Porque una tarde, muy al fondo del dormitorio, creyendo por eso que yo no la oiría, y entre suspiros, mamá le confió a Lolo:

– ¡Si supieras!... Unas pocas noches antes de que se enfermara, soñé que tenía *así* a uno de mis hijos...

– Ya ve, señora, y usted no lo contó –respondió Lolo aludiendo a la creencia de que basta con callar un mal sueño para impedir que se materialice.

– ¿Y no te dije del collar de ópalos? ... -agrego mamá, siempre dada a atribuir malas influencias a personas y cosas: –No sé cómo a Oliver se le ocurrió comprarlo...

Unos meses antes, para su cumpleaños, papá le había regalado el hilo de ópalos. Al abrir el estuche, ella murmuró: “¡Ay, ópalos!” pero sabiendo que papá odiaba cuanto fuera superstición y que tanto él como nosotros había elegido el collar con la ilusión de darle una sorpresa agradable, en lugar de pedirle que lo cambiara por otra alhaja dijo que era muy lindo pero que hasta que tuviera oportunidad de ponérselo, era mejor guardarlo en la caja fuerte, No recuerdo haber visto a mamá llevando puesto el collar a cuyo poder maléfico atribuía ahora mi enfermedad. “Ya no se lo pondría nunca” pensé y, recordando las fascinantes irisaciones de las piedras, estuve a punto de pedirle que me lo regalara. No me lo hubiera dado: si aún

guardado bajo cerradura a clave seguía según ella: causando males. Nunca supe cómo, ni cuándo se deshizo del collar.

Mis amigas empezaron a ir, por las tardes, a jugar conmigo. Lo mismo que mis hermanas, al comienzo, Sarita, María Carmen y la Pichona me miraban de pronto como extrañas de verme ahí. No me contradecían en nada y me hacían utilísimas, aunque no muy desinteresadas, sugerencias.

– ¿Sabés lo que te entretendría mucho? Las calcomanías –se preguntaba y respondía una – Ayer vi una lindísima. Decile a tu papá que te las traiga.

–Y también esas flores japonesas ¿sabés cuáles? Las que venden en las tiendas chinas, parecen una pastilla de papel y cuando las ponés en el agua se abren... forman dibujos... flotando...

–Sí, que te las traigan mañana –terciaba una de mis hermanas...

– Y que te compren los “Cuentos de Schmidt” –aconsejaba Sarita que con un “Al rayar el alba...” comenzaba a contarnos el que ella prefería.

Mis gustos impidieron que abusara de la condescendencia para conmigo: el juguete de lujo prefería la bolsa con bolitas de vidrio, la cabeza de cerámica a la que, por el alpiste que uno le siembra en los surcos del cráneo, le crece pelo verde; las pipas de y eso para hacer pompas de jabón, los cuadernitos con los cuentos de Calleja.

Si prefería los juguetes baratos no era por humildad sino por tres ventajas; no corría el riesgo de que mamá los guardara en un armario y me los diera sólo en contadas ocasiones; si los rompía nadie me lo reprochaba y para divertir requerían inventiva. No, pedía juguetes caros pero recordaba los que había tenido. El primero fue un arlequín vestido de rasos multicolores y con lentejuelas que giraba sobre un mango al son de una musiquita y con el que jugaba estando enferma en cama. Carísimos debieron ser los que el tío Julio trajo de París: la caja con imanes, polvos de colores y tubos de vidrio con chispas eléctricas, que duraron lo que un lirio; la nadadora de madera, con traje y gorra de baño, que cuando le daban cuerda, recorría de lado a lado la bañera antes de que se le enmohecieran las bisagras, y el circo de animales de madera articulada para mi hermano, que pronto les hizo saltar la pintura y los desarticuló en pedazos, prefiriéndoles un *bull dog* de felpa sin el cual no podía dormirse; y aquel juego de soldados de plomo vestidos como las estatuas griegas pero en colores, y con mujeres de túnica, y carros arrastrados por muchos y briosos caballos entre los que había uno más grande tallado en madera con una tapa en la barriga, que mi tío dijo haber sido puesto ahí por equivocación, pero por el cual papá se dio cuenta de que esos guerreros eran los héroes de la guerra de Troya y esto le sirvió para explicarnos la Iliada y la Odisea antes de que las

figuras fuesen perdiéndose, una a una, o achatándose bajo nuestras plantas de bárbaros. Y un dineral debió costar el muñeco que, para mi último cumpleaños, me habían regalado advirtiéndome que lo cuidara mucho porque no había otro igual. Tenía ojos azules y pelo muy ensortijado y rubio bajo la gorrita con visera del mismo paño gris que su sobretodo. Ahora mamá me alcanzaba al “inglesito”, sacándolo del armario donde lo tenía guardado, y volvía a decirme que lo cuidara. Lo mismo le dije yo a Pipina cuando muy tímidamente me lo pidió para tenerlo un rato. A ella se le suavizaron los ojos al verlo en sus brazos. Y de tan embelesada que iba tropezó con el umbral de la puerta y el muñeco cayó sobre el mosaico del vestíbulo haciéndose añicos su cara de porcelana. Pipina estalló en llanto y yo descubrí, asombrada que me dolía su llanto y no la rotura del muñeco. Ella lloraba por lo que yo iba a sufrir, sin darse cuenta, de que, debido a un cambio producido en mí, yo sufría por su congoja. Otro cambio era el que advertían mis hermanas: que mis padres me complacían en todo. Desde entonces no bien querían algo me decían: “Si vos llorás nos lo van a dar”, o más perentoriamente: “llorá y nos dejarán ir”. Pero no siempre yo que ría o podía llorar.

Sin tener que recurrir al lloriqueo, sin siquiera pedirlo, sin sospechar que pensaban comprarlo, me dieron el grueso talonario de billetes para una rifa en la que obtuve el premio y algo más valioso aún.

María Carmen, hija de una de las Damas de Caridad que habían organizado la rifa, me trajo el cochecito, celeste y blanco que contenía el bebé arropado también en los colores de la bandera.

Sacó al muñeco y me lo puso en la falda, diciéndome:

–Mirá la batita, la gorra, los escarpines, todo el tricot... Y la colcha es de raso... ¿ves? Tocala... Claro, tiene faja y con un alfiler de gancho. La camisita es de hilo fino, cosida a mano... –me explicaba.

Terminado el minucioso examen advertí que me miraba con ganas de decirme algo más, pero no se atrevía. Vacilantes sus ojos iban y venían de mi cara al cochecito y tenía la respiración entrecortada de los que quieren y no pueden tomar una determinación. De pronto acercó su boca a mi oído y me preguntó:

–Si te cuento lo que dijo mamá ¿no te vas a enojar?

Por mi imaginación pasó la posibilidad de que no fuera yo la que se había sacado el premio, de que María Carmen sólo venía a mostrármelo, de que no había habido tal rifa o de que mamá le había dicho a la de ella que me pediría que lo devolviera para ser rifado de nuevo. Tardé en contestarle que no.

Que no me iba a enojar. Que lo dijese de una vez. Cosquilleándome con cada palabra la oreja, me contó:

-Mamá dijo: “Como me alegro que el premio le haya tocado a María Rosa, ¡pobrecita!”

Comprendí, Y su temor de que el “pobrecita” pudiese herirme fue un descubrimiento tan maravilloso como lo había sido unas mañanas antes el ser despertada por la algarabía de los gorriones.

Si, iba percibiendo cosas que antes me hubieran pasado inadvertidas, entre ellas la bondad. Descubrí que el decir de alguien: “es muy bueno”, no podía ser siempre una frase hecha, ni un elogio convencional. Y cuando la sentía realidad, algo se derretía suavemente en mí, dejándome si no más fuerte, por lo menos más lúcida. Veía nuevos matices y no sólo con los ojos, aunque ahora los tenía más abiertos. No trataba de precisar, y no hubiera podido precisarlo, si era en mí o en cuanto me rodeaba donde algo tanto había cambiado. Me parecía que mis hermanas eran ahora mucho menores que yo y que yo me había acercado, en edad, a los mayores. No me detenía sin embargo, a analizar mi acontecer interior porque, esencialmente sensual, la vida iba recuperándose a través de los sentidos.

Del pecho hacia arriba y de mis órganos internos la parálisis se había retirado, no así de los músculos de la espalda, del vientre y de las piernas que estaban afectados de manera alternada. Como por capricho seguía débil el pulgar izquierdo: moldear plastilina, recortar y trenzar los papeles en colores del método Froebel, ensartar cuentas de vidrio y formar con ellas collares, normalizaron mi pulgar rebelde mejor que los ejercicios.

Vagamente imaginaba o intuía que mis brazos y manos tendrían que ser fuertes y hábiles para contrarrestar la debilidad y torpeza de las piernas. Aunque en realidad estas cosas, más que el razonamiento nos las enseña la práctica.

El balcón me bastaba para estar en contacto con la calle. De la plaza San Martín me llegaba olor a hojas calientes de sol, a pasto regado, voces de chicos jugando, y, a veces, los acordes de una banda. Al final de Florida veía un gran trecho de río que cambiaba de color con mayor frecuencia de la que yo había creído. Tampoco había creído que uno pudiera mirar y mirar tanto tiempo sobre el río una vela blanca. No extrañaba los paseos para los cuales hubiera tenido que abandonar momentáneamente mis lápices de colores, la caja de acuarelas negras por fuera, blanca por dentro, los pinceles finitos como una pestaña y los gruesos como una cola, o los libros que ya formaban pilas. Olvidaba hasta la posibilidad de que me bajarán al comedor y no hubiera cambiado por la mesa larga, la que ahora colocaban ante mí con mis manjares preferidos. Porque ahora sabía también que la palabra *manjar* no era sólo de cuentos de hadas.

Hasta que un día reapareció el doctor con bigotes de foca. Lo vi llegar resignada a que, como todos, empezara golpeándome bajo la rodilla con un martillito para saber cómo andaban mis reflejos, y a que después siguiera con sus “A ver, mové este pie”, “Trató de levantar esta pierna”, “Ahora sentate sola” y otras órdenes difíciles o imposibles de cumplir. Pero no: antes de iniciar el examen de rutina, dictaminó:

– Está demasiado gorda: hay que ponerla a régimen.

Mamá lo miró asombrada. Ya sabía que a ella le gustaba que la gente dijese al verme: “Qué bien está, qué gordita”. Con voz un poco trémula preguntó:

– ¿Cómo, doctor? ¿Darle menos de comer?

– Sí, reducirle, o suprimirle ciertos alimentos. Sigán dándole los churrascos, pero sin papas fritas.

– ¿Y huevos?

– Sí, pero no batidos con azúcar.

– ¿Y el café del desayuno? -preguntó Lolo con aire desafiante, porque el médico se proponía matarme de inanición.

– Café con leche, sí, pero no tostadas con manteca– dijo terminante y comenzó a hablar de farinaceos, hidrocarburos, proteínas...

Esperé que no bien se fuera, mis padres olvidarían sus malvados consejos. Todo lo contrario: esa misma noche comenzaron a aparecer los platos mutilados, los que ya no eran manjares sabrosos sino alimentos desabridos, y con ellos a crecer mi protesta, mi mal humor, mi hambre constante.

Supe que antes había tomado por hambre lo que sólo era apetito y creía que lo que sentía ahora era lo mismo que sentían los chicos hambrientos de los cuentos: Hansel, Gretel y sus hermanos, por ejemplo, antes de posesionarse –luego de matar a la bruja–, de la choza hecha de caramelo, alfeñique y mazapán que imaginariamente mascaba y saboreaba mientras leía la descripción que de esa construcción reposteril ha hecho Grimm. No bien tomaba los lápices o los pinceles, el papel se cubría de huevos fritos que parecían soles con sus satélites verdes, las arvejas; o con pirámides de masitas, o fuentes de empanadas, y a la plastilina le daba la forma de los bombones ya desaparecidos de mi contorno.

Sentí el drama de la privación. De la inmediata. En las que indefectiblemente vendrían después no pensaba. Ni siquiera en si podría o no volver a caminar algún día. Aunque las consecuencias del ataque de polio acondicionaban mi diario existir, extraño o no, recuerdo pocas cosas ligadas directamente a la parálisis. Fui instalándome en ella sin advertir el proceso de adaptación. Si en aquellos días tuve momentos de angustia mi memoria no los ha

registrado. En cambio recuerdo que, de vez en cuando, me preguntaba a mí mismo qué le harían, cómo cuidarían, con qué jugaría un chico de los conventillos vecinos o de los ranchos cercanos a la chacra, si se hubiera enfermado como yo y si, como yo, no pudiera andar solo. Y eso sí, a las respuestas que mi imaginación me fue dando nunca pude acostumbrarme.

ANEXO B

Habitaciones (fines de los años '50 y publicada en 2002) de Emma Barrandéguy

Querido Alfredo, te cuento (Pp. 17- 24)

Estoy sola. Por eso, a pesar de que tengo puesta la pollera negra y era de esperar que me ensuciara con el polvo, decidí arreglar el estante de arriba de la biblioteca, poniendo juntos todos los libros que quería tener a mano. Es claro que quizá me criticarías que al lado de *El juguete rabioso* pusiera el *Baudelaire* de Sartre y al lado de éste *Siddharta* y más allá el libro de Simmel sobre la moda. No hay razones que guíen lo que hago. Pero lo importante es que di con la selección de poesía estadounidense que me dedicaste y que sabía que por allí andaba.

Fue uno de los primeros libros que editaste y mientras permanecí casada lo tuve junto a tus cartas, envuelto en papel de seda. Las cosas, en verdad, se miran poco como los cuadros de las paredes –uno se acostumbra–, pero sé que allí está tu dedicatoria, tan elogiosa. Siempre me asombró que pudieras decirme que “todo me lo debes a mí”. ¿Cómo puede alguien deberme a mí todo lo que ha sido? Es claro que en ese entonces éramos jóvenes y que vos estabas enamorado, pero de todos modos no me veo capaz de haber arbitrado nunca el destino de nadie. Sin embargo, tus palabras me enorgullecen. Él sí, me digo, él sí me vio entonces como en realidad soy. Cuesta poco apoyarse en la vanidad para seguir andando. Creerse que hay una realidad mejor, de la que participamos.

En honor a la verdad, siempre a tu lado me sentí segura, no intelectualmente segura, pues veía a veces que no podía seguirte, que no estaba en pie de igualdad con vos, que ni había leído a Dylan Thomas ni conocía las demoledoras menudencias que vos conocías de los literatos argentinos. Pero me sentía segura y comía a tu lado en los restaurantes donde los mozos te conocían, sin que mi ropa de salir de la oficina, ni mi cabeza trabajosamente arreglada los domingos, ni mis medias de caminar me crearan el menor complejo. Ni a vos. Vos sabías bien lo que convenía comer, lo que era rico sin pretensiones burguesas y el vino adecuado y el postre sensacional que gustaba a todas las mujeres. Y aquella vez que te manchaste la corbata inglesa y te sentiste molesto hasta la furia cuando el mozo te ofreció talco, no pude dejar de sentir una ternura infinita. Quizá lo comprendiste y sabías que esas eran las cosas que nos unían. Ni vos te oías decir: “Pero, querido...”, ni yo tenía que decirlo pensando en lo que me costaba elegir y comprar las corbatas de mi marido para que él, un día que tenía unas copas de más, las arrancara todas de la puerta del ropero y se las regalara a mi primo.

Quiero decirte con esto que cuando estábamos juntos eludíamos obligaciones. Sin embargo, las obligaciones nos hubieran absorbido cada vez más, y justificar el tiempo ya era difícil. Nuestros encuentros resultaban espaciados y cada vez nos enquistábamos más en nuestro mundo propio, con los controles que voluntariamente habíamos elegido. E íbamos optando, por separado, el ritmo medido de charla que uno adopta con las personas que lo saben todo de uno, todo lo de cada día, por lo menos. Mientras que nosotros, para ponernos al día en nuestras charlas, hacíamos esfuerzos que nos cansaban. Había demasiado que aclarar, nada estaba sobreentendido y las referencias sobre las personas tenían que acompañarse de breves explicaciones. “Estuve con José, en cuya casa vivo, a ver esa película.” O bien: “Es seguro, porque me lo dijo Carmen, que es la mujer de Juancho, el del negocio de lanas”. Y los paréntesis aclaratorios ocupaban la mitad del diálogo que no fuera sobre temas impersonales.

De todos modos, cercados por la minucia diaria, prometíamos siempre vernos más y cada vez nos veíamos menos, pero yo sabía que allí estabas, en tu estudio de la Diagonal, y que nadie, nadie interpretaría tan bien como vos lo que yo quisiera expresar sobre cualquier cosa. Quiero creer, en honor a la vieja dedicatoria, que lo mismo te pasaba a vos, ya que parecía complacerte almorzar conmigo o ir alguna tarde al cine. Como eso ya no puede hacerse más, me parece deberte la fe que en mí pusiste. ¿Qué era esa fe? Creer. Creer en mí, creer en vos. Esa fe tuya era una con la mía y por eso puedo decirte, como me lo digo a mí muy despacio, que no se apoyaba en nada, pero que la sigo teniendo con esa especie de ingenuidad que en el fondo me resta. Necesito decírtelo. Y puedo hacerlo porque ya no he de verte y nada de tu retrato ha de variar en mí con el transcurso de los días o los sucesos. Así, nada te hará cada vez más perecedero como debería ser irremediablemente, sino cada vez más incorruptible. Aunque la imagen te parezca cursi, o periodística, es así como lo siento.

Que haya sido por mi causa que todo sucediera te habrá llenado de asombro aquel día, cuando ya era demasiado tarde para retroceder, como siempre.

En fin, me habías idealizado y nuestras charlas no me rodeaban nunca nuestras relaciones personales sino de esa manera indirecta que servía, como digo, para llenar la conversación de explicaciones entre paréntesis.

Siempre éramos discretos en lo que se refería a nuestras intimidades. Vos en tus cosas, yo en las mías. Por eso quiero abandonar esa discreción y ponerte al tanto de muchas cosas que nacieron de una dicotomía básica: intelecto y cuerpo. Con vos se trataba del intelecto.

Me parece mentira hablar de vos con naturalidad, pero es que a pesar de todo no puedo verte de otra manera sino como el gran amigo, como el hombre que tanto me quiso al punto de pensar un día que todo lo que es me lo debió a mí. Y aunque siga creyendo en mí, cuando no

me miento a sabiendas, necesito saber que vos creías, necesitaría saber qué crees, más allá de todo lo que sucedió.

¿Dónde se originaron las cosas? No, no me estoy refiriendo a las cosas que fueron causa de este relato, sino a mis cosas, a mi manera de ser. Siempre quise comprender por qué soy la que soy y si algo tenía que ver en esto el clima, el medio social en que había ido desarrollándome.

Pertenezco a una familia fundida de la clase media, anterior a la expansión industrial del país. El rastreo más lejano, llega a un bisabuelo gallego mezclado en las guerras civiles. No me pidas más bisabuelos.

Llamaré fundidas a un tipo de familias que por diversas causas se vinieron abajo: las grandes crecientes o las grandes sequías, depreciación de vacas compradas caras, sistemas nuevos de comercialización de galletitas o botas, jugadas de bolsa audaces, cambio de régimen político, repercusiones de las crisis cíclicas del capitalismo, como dicen los marxistas. En ese entonces no regía el sistema de créditos que permite el ascenso social y muchas otras cosas.

Los principios educativos de este tipo de familias fueron los mismos de toda la pequeña burguesía, una serie de rasgos como éstos: colegios de monjas en los primeros grados y catecismo dominical, normales y liceos con Sarmiento y proclamas de Napoleón en la batalla de Austerlitz, Grosso Malet, Biblioteca de la Nación y tomos de *La Ilustración Artística*, apariencias que no engañaban a nadie y rechazo de obradores todos los fines de mes. Liberalismo educacional y comercial, con una tradición europea sin base y sin arraigo en otras capas. ¿Qué voy a decirte que sea nuevo para vos? El fenómeno ya ha sido estudiado. ¿Lo llamaríamos crisis de las instituciones liberales? Pero, ¿qué diablos tiene esto que ver conmigo?

Otros rasgos más particulares marcaban el transcurso de la infancia y de la adolescencia. Eran deliciosos y pastorales: padres que pellizcaban a las muchachas de servicio, como siguen haciéndolo, y primas mayores que coleccionaban poesías recortadas de los diarios, como ya no lo hacen. Salas con fundas blancas y pianolas, espejos dorados a la hoja y columnas con jarrones. Las galerías tenían cenefas de zinc y los patios se cerraban con balaustradas como algunas terrazas de Norah Borges. Los tangos se filtraban a esos patios por la boca insolente de algunas de esas muchachas tan apetecibles para nuestros padres. De todo aquello, solamente permanecen las estampillas con la cara de San Martín y los billetes de lotería. Y el machismo, ese coraje absurdo, y el culto de la barra como signo de una vida en la que las mujeres no eran nada.

¿Se trataba de un estilo de vida? La falsedad que descubríamos detrás de esas fachadas y la inestabilidad financiera de la clase media nos hostigaban y nos rebelábamos rabiosamente. Ahora, el recuerdo de esas cosas que detestábamos y de ese modo de vivir nos da, sin embargo, cierto orgullo mellado, que vos también compartías. Desprecio y orgullo van de la mano. Nuestra rebelión era entonces el jazz y el tango, que chocaban a los adultos. Por lo menos, esto era lo que creíamos.

Miremos más atrás todavía.

Si releo los papeles de comercio dejados por mis abuelos y aun las cartas de familia, en los alrededores de 1860 observo que en ese comienzo de la organización nacional el intercambio de las provincias con la Capital, y aun con el exterior, era intenso. Una variedad de trigo cultivada por mi abuelo, en Entre Ríos, llegó a sacar premio en una de las primeras exposiciones rurales y a salir en primera página en la sábana de cuatro hojas que era, por ese entonces, *La Nación*. Es claro que *La Nación* era el órgano de los que “promovían” el trigo, según convenía que se plantara a la hábil madre patria británica.

Los barcos unían Entre Ríos con la Capital y con el Rosario en un constante trueque. Libre navegación de los ríos decían en la escuela. Las colonias, como llamaban los ganaderos tradicionales a los campos cultivados por los gringos, eran extensas e importantes; el tránsito de la primera trilladora por el pueblo de mi infancia era permitido con orden municipal y sellos. Chicos y grandes aplaudían el ruido de esas ruedas sobre el empedrado.

Las niñas casaderas se movilizaban con sus crinolinas en los barcos que venían del Rosario y de Buenos Aires a mi provincia, detrás de ricos estancieros o de extranjeros de lengua dura y brazos fuertes. Los padres de estas niñas –dueños de barcos o de saladeros- venían a visitar la familia de contrabando que tenían lejos de sus casas. Los vinos eran buenos, las abuelas se casaban jóvenes, se preparaba con eficacia y dedicación el hígado maltrecho que heredaríamos nosotros.

¿Por qué, pues, de aquella prosperidad de nuestros abuelos, de aquel trueque social y comercial, de aquellos cueros salados y triduos de San Antonio, vinimos a ser una familia fundida, vinimos a ser muchas familias fundidas?

No sé. Sé que en vez de progresar todo comenzó a estancarse. Ya no puedo comentar esto con vos ni preguntarte causas. Anoto nomás una cronología:

Cuando mi abuelo se suicidaba en 1896 por pérdida de sus cosechas, Eduardo Wilde, aquel ministro de Educación autonomista, defensor de la ley laica de enseñanza, terminaba su *Prometeo y Cía*.

Cuando mi padre hacía la conscripción como artillero en Ramos Mejía, ya doblaba el nuevo siglo y la guerra con Chile era una posibilidad.

Cuando defendían los fundadores de la Unión Cívica el derecho al voto con sus escopetas en los atrios de las parroquias, Payró corregía *Las divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira*.

No ha pasado tanto tiempo, apenas un siglo. Nadie pensaba en ese entonces que estaba haciendo patria. Y antes tampoco. Y ahora tampoco. Se empuja nomás. Como mi bisabuelo, ese gallego que te dije, que de tanta guerrilla, desde una Cepeda hasta la otra, sólo pudo casarse después de Caseros. Cuando la cosa se asentó un poco. Nadie se preguntaba si era sobre la raíz económica que crecían las demás superestructuras. Pero algo había que fundía a las pequeñas, desprevenidas familias de la clase media.

¿Cuándo vino todo a paralizarse? ¿Cómo comenzaron las cosas a desbarrancarse? Estoy segura, como digo, de que vos, que tanto te interesabas por la historia, sabrías darme fácilmente la respuesta, pero de esto no conversamos nunca, como tampoco de tantas otras cosas.

¿Y todo esto que te cuento lo venía cargando yo? ¿Resonancias de ambiente, reacción contra él, herencia, resabios? Anotemos en el haber de la familia dos bisabuelas aventureras y separadas de sus maridos, y soy capaz de creer, como mis primas, que algo debe de haber... ¿Se traían rasgos de una época, de una clase o de una familia que se pudría? ¿O yo me había elegido como soy? Algunas veces, gracias a antiguas lecturas de Freud, me he preguntado: ¿todo estará en la infancia? Hormigas y soldados de plomo, y un hombre de tipo victoriano que alguna vez nos lleva a babuchas, mi padre. Hormigas a las que durante horas hostilizaba con pajitas o pequeños terrones de tierra. Ocho soldados de plomo (los míos y los de mi hermana) que ubicaba sobre fortalezas de ladrillo para bombardearlos desde lejos con cascotes.

Aquí anoto que alguien sostiene que todo es el ambiente y no el origen. El ambiente actúa, a veces, como deformativo más que como formativo. Existe la reacción en contra, antes que la imitación. Las lecciones no tienen la validez que puede tener una conducta. De eso no se daban cuenta los ancestros. Tal vez no tenían tiempo de darse cuenta. Pero creo que era debido a la cáscara. Donde la cáscara se agujereaba, donde se producía el resquicio que daba lugar a la crítica, empezaba la reacción-contra, que es la que permite crecer. Ahora saben parar esa reacción a tiempo. Para eso están los psicólogos, las asistentes sociales, los expertos de toda clase. De este tipo de fermentos nunca conviene seguir hablando. Al fin, lo importante

no es saber si un niño nace generoso o cómo logrará serlo o continuará siéndolo en un ambiente mezquino, sino qué diablos es en sí la generosidad.

Leyendo en la biblioteca (Pp. 27-29)

No sé si es cierto –como te decía antes– que en la vida se comienza muchas veces actuando por reacción contra el ambiente, pero en mí tal acto de rechazo está muy amalgamado con la noción de injusticia y falsedad. No consigo aclararlo debidamente. Injusticia y falsedad son, para mí, vida provinciana y clase media. No sé si lo que me molesta dentro se debe a que es injusto socialmente, falso en la práctica o repugnante para mí personalmente.

Ya se sabe que las tardes de provincia son largas y las adolescencias abiertas a todas las sugerencias, a todas las curiosidades. Para saciar estas curiosidades, en lo que respecta a la cabeza, frecuento sin cansarme la biblioteca que en mi pueblo sostiene la Sociedad de Fomento Educativo.

Que las sociedades de este tipo sean objeto de la ironía sangrienta de quien ve más allá del horizonte pueblerino no es raro y está, en parte, justificado. Una serie de personajes culturales que no se desprenden de la vecindad eclesiástica ni contradicen ideológicamente las doctrinas de las clases poseedoras, se reúnen para sostener una biblioteca, afán tesonero que hace algunas décadas tenía verdadera importancia. Siempre algunos tipos raros frecuentan la biblioteca, siempre algunos estudiantes pobres, y nadie ha pintado mejor esta situación que el Roquentin de *La Náusea*. En mi pueblo pasaba lo mismo. Sólo que allí el viejo bibliotecario era el encargado de perforar repetidamente la dura cáscara de la moral burguesa y no el Autodidacta lector que figura en el libro de Sartre.

No sé si este deterioro de la moral era tan habitual como me lo supongo, pero quiero creer que yo no era excepcionalmente atractiva como para ser protagonista aislada de un episodio original. En ayuda de esta creencia viene el caudal de libros obscenos que integraban la biblioteca y que eran incluidos por el bibliotecario Costa en las listas que se pedían a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Dicha Comisión Protectora doblaba el importe de cada pedido y eso permitía elastizar las listas hasta un número apreciable de libros, entre los cuales llegaban, para nuestro bibliotecario, colecciones de Zamacois, Pitigrilli, Barón Biza y otros sexomaníacos de menor cuantía pero idéntica vigencia.

En esos libros hacíamos escuela de la vida, ya que por aquel entonces nos era imposible hacerla de otro modo. En otros libros, y paralelamente, atendíamos a otras solicitudes igualmente urgentes pero de carácter más intelectual. El bibliotecario espiaba nuestras

adolescencias ávidas como en las mejores superproducciones del género, auxiliado por escaleras en penumbras y austero ambiente de libros.

Nos veía entrar a la sala alzando su cabeza del pupitre elevado donde atendía los pedidos y el rostro se le distendía: “Si no es hoy, será mañana –pensaba– pero esto es seguro”. Al menos esto es lo que yo me figuro que pensaba. No es raro, pues, que en un momento de coraje, o soledad en los salones, después de muchas sonrisas y señales de preferencia, el bibliotecario me propusiera pasar a un cuartito apartado para mostrarme una colección de postales interesantes.

El conocimiento pueblerino y el prestigio de su nombre hablaban en favor suyo. Una joven ávida de saber merece la atención de un buen bibliotecario que puede orientar sus lecturas. Nada más natural. Pero resultó ser que las postales eran indecentes, con las habituales cien posibles poses. El caso es que no demostré mayor asombro ni inquietud, y ofreció prestármelas para deleite de mis amiguitas. Acepté, pero el temor a divulgar su procedencia me impidió mostrarlas. Sólo aproveché para estudiarlas con detención en todas las oportunidades que pude hacerlo.

Nuestras entrevistas en el cuartito no fueron muy numerosas y tuvieron fin el día que el bibliotecario me invitó a sentarme en sus rodillas, para darme ejemplo del modo como procedía con sus eventuales amantes una vecina la que el pueblo criticaba y que espiaban desde los altos de la biblioteca. No sé si ya te dije que la biblioteca era una de las pocas casas de alto del pueblo. No supe adónde concluían los afanes de la vecina en cuestión porque comprendí de pronto que esto podía llegar más lejos y me retiré precipitadamente y muy ofendida, regresando a la sala de la biblioteca, con gran perturbación y dispuesta a no volver más al cuartito. ¿Cómo negarme, sin embargo, si había recibido las postales? ¿En qué basar la defensa de mi integridad? Dime con quién andas... Opté por la huida. Y en cuanto menguaban los lectores, pese a las señas del viejo bibliotecario, me apresuraba a descender las escaleras y ganar la calle.

El frío me refrescaba la cabeza y marchaba con el otro mundo – ¿el verdadero mundo? – apretado contra el pecho en un tomo de Rolland o de Barbusse. No. Ahora pienso que en realidad no había verdadero mundo. Todo era todo: Rolland, Valéry, el bibliotecario, la revolución rusa, Freud y las ochavas roídas por el viento de finales de julio.

Florenxia (Pp. 51-52)

Es verano. Florenxia abre su camisa de muchacho para mostrarme su nuevo corpiño.

– ¿Le gusta? – me pregunta.

Mi edad me autoriza al cinismo:

– No, no es transparente.

– ¡Ah, si es por eso...!

Y con ademán rápido – ¿y habitual? – se desnuda un pecho y lleva mi mano hacia él.

No la deseo, en ese momento, pero acepto su piel y su carne y anoto, dentro del episodio, su sonrisa satisfecha y vencedora.

Ésta es Florencia, que ingresó dos veces a mi vida para desquiciarla y se quemó y nos quemó con su fuego. Por mi parte, tal vez, bien merecido.

Florencia me trataba de usted, vos sabés, Alfredo.

Desnuda sobre la cama, con sus pechos espaciados y redondos, sí, como los de la Maja de Goya, me decía cuando yo mal me defendía de su capricho:

– ¿Y usted se va a perder todo esto?

Como caracterización de un tipo psicológico, la expresión parece bastar. No obstante, había más inocencia de la que pensamos en lo que la Niña decía y hacía. Y no creas que es el cariño que me dicta estas palabras sino la observación a distancia, que ahora resulta fácil.

Al decir inocencia quizá me refiero a sinceridad. Florencia se creía realmente valiosa y deseaba que yo la quisiera. Pienso que a vos te odiaba, o que recelaba de vos porque te ubicabas fuera de ese ámbito físico en el que ella se manejaba conmigo.

Con vos yo me quedaba callada y escuchaba; con ella ponía el máximo de mi ingenio y prodigaba mis charlas en afán de suscitar admiración. Además estaba el deseo. Eran dos mundos diversos e irreconciliables. En el medio se movían, a su vez, otros seres.

No, yo no estaba dispuesta a perderme todo aquello, por supuesto...

Florencia (Pp. 195-198)

– A mí me parece que Ud. debería dejar ya de verse con él –decía Florencia en ese momento–. ¿De qué sirve tanta amistad condensada, tanto amor ya agrio; no me tiene a mí acaso?

– ¿Estás celosa? –preguntaba yo–.

– ¿Celosa yo? –comenzaba a levantar el tono levemente–. ¡Por favor! Sólo que me parece estúpido verse con alguien con quien no se concreta nada.

Nuestra amistad ella no podía comprenderla. Quien vive a fuego de llama no puede entender el rescoldo, pensaba yo. Pero decía:

– Es claro, para vos todo debe ser concreto.

– Por supuesto, entre un hombre y una mujer, a mí, la experiencia me dice que no puede haber amistad.

– Yo no soy una mujer como todas, vos lo sabés.

–Yo tampoco, pero me pudren los arrumacos sin sentido.

– Entre nosotros no hay arrumacos. Eso es lo que no comprenderás nunca.

– Ni quiero comprenderlo, me parece simplemente estúpido. Y un perdedero de tiempo. Usted me tiene a mí, eso es bastante. ¿O no? –preguntaba.

– Sí, por supuesto –contestaba yo.

Florencia ignoraba todo de mi amistad y ruptura con Angélica, encontraba justo que José se hubiese abierto a tiempo, según yo le había contado, que mi marido hubiera desaparecido luego de su viaje, pero este “sí, por supuesto” que yo le decía no la convencía totalmente. Creía que mi edad me obligaba a una entrega que quizá preveía como no total pero que anhelaba que lo fuera. Era probable que esto se debiera simplemente a un deseo de estabilidad que la urgía en el momento, pero nada más. Estabilidad conmigo mientras yo pudiera financiar las cosas. Después, ¿a dónde llegaría el exclusivismo de nuestro afecto, el egoísmo que a ambas nos movía? En el fondo de las cosas yo no anhelaba romper con nada de lo que poseía y Florencia, en cambio, pretendía echar abajo todas mis estanterías, según me lo había dicho repetidas veces. Es claro que lo que yo poseía era nada al cabo del tiempo, pero en mí siempre había el anhelo de una puerta abierta hacia otras habitaciones, hacia nuevas experiencias. ¿De qué madurez podía hablar yo?

– Con usted es el cuento de nunca acabar –decía ahora Florencia leyendo mis pensamientos–. Nadie la habrá querido como yo, ni la querrá ya nunca.

Yo sonreía y le hallaba razón, aunque me fuera difícil dilucidar los móviles de la aparente devoción de Florencia. Y hago mal en decir aparente; porque en cierta medida y a pesar de sus escapadas constantes en busca de halago aparentaba escucharme –o me escuchaba– como si de mis labios surgiera la verdad.

– Extraeré de usted todo lo que me sea útil –decía otras veces.

– No me vaciaré por eso, sigue cavando sin miedo –decía yo.

– ¿De qué hablan cuando se juntan? –insistía ella refiriéndose a vos.

– De la Comisión de la SADE –reía yo para enojarla un poco. Pero como veía que ese poco podría acrecentarse con rapidez, intentaba una explicación más seria:

– ¿Cómo podría decirte, querida? Él es como el hilo conductor de mi vida, una especie de cuerda tensa de la que penden ropajes diversos, una especie de horizonte...

Aquí empezaba a empantanarme, no sólo porque no había explicaciones posibles para la perduración de nuestra amistad, sino porque yo sabía que Florencia detestaba las frases en las que yo amaba perderme para eludir aclaraciones cuando me veía exigida a hacerlas.

Ella sólo entendía que había que rehusar ataduras inútiles, que había que vivir el momento con la mayor intensidad posible y para ello confiaba plenamente en su físico, a fin de lograr de quien fuera lo que anhelaba conseguir. Por el momento era yo la elegida y de mí dependía mantener la continuidad prodigando dones, sabiduría, caricias, novedades. En el otro platillo estaba su entrega. Yo comprendía perfectamente que nadie se había dado a mí con la furia con la que ella lo había hecho, con el cariño que me prodigaba, pero sabía también lo precario de ese cariño y lo absurdo de creer en él. Si Florencia se identificaba conmigo por la cabeza antes que por el cuerpo, como yo misma pretendía, esto significaba que la duración de su cariño no era necesariamente muy larga. Tampoco mi cabeza bien puesta – al menos para vos– significaba nada frente a la turbiedad o turbación de mi vida afectiva. Y las infinitas oscilaciones de mis sentimientos indicaban en ella idéntica falta de garantía. Me perdía en retlexiones antes que en respuestas concretas, con la única seguridad de que el afán de Florencia por cortar mi relación con vos no indicaba otra cosa que el segregarme de todos para mejor hacerme objeto de su propio dominio, cosa que yo rehuía como siempre que había sido así.

– ¿Hasta cuándo ir al cine con un tipo semejante que todo lo mira con pedantería? – preguntaba Florencia un tanto envidiosa de un mundo que le era ajeno, el mundo del intelecto, al que accedía por golpes de intuición o guiaba de la mano por mi propia pedantería.

No pensaba en sacrificar tu amistad, pero para tranquilizarla a Florencia con algo que iba siendo cada vez más cierto, decía:

– Ya verás que Alfredo no me llamará más, que dejará de llamarme cualquier día de éstos.

En realidad yo distanciaba las llamadas, vos no las hacías. Pero yo, como siempre ponía la decisión, siempre la pongo, en manos de los demás.

ANEXO C

“Una hermosa familia” (1961) en *La mano en la trampa* de Beatriz Guido

Una hermosa familia

Me acerqué hasta rozar su mano.

– La sal, la sal, por favor – repetí en voz alta para que me reconociera.

– Sí, sí, seguramente –afirmó, incoherente, mi padre.

Terminé el postre de almendra, que me sabía a pepitas de ciruela, y con voz calma y segura, anuncié:

– Esta tarde voy a buscarlo: yo me las arreglaré para convencerlo, No podemos seguir así nosotros dos, sin él.

Es inútil –me respondió, con voz quebrada–: no lo conocés a Hernán, entonces.

Y callamos, hasta el infinito final del almuerzo.

No sé si dije que habíamos sido una familia: una hermosa familia. Fue después de la muerte de mi madre– excesivas dosis, dijeron los médicos– cuando Hernán vino a vivir con nosotros.

– Hernán, mi amigo Hernán Laplace, vendrá a vivir con nosotros: así no nos sentiremos tan solos –había dicho mi padre.

– ¡Qué lástima! Ya no nos invitará a comer al Plaza. Allí vive, ¿no es cierto? ¿Por qué no nos mudamos nosotros al hotel?; ¿por qué no vive todo el mundo en hoteles?

– No te preocupes –me contestó–, Hernán convertirá esta casa en un hotel, si nos descuidamos.

Primero llegaron sus dieciocho baúles: cada uno de ellos llevaba un membrete que decía: Asia, África, China, Francia, Medio Oriente.

Después llegó él; sin saludar a los sirvientes que lo esperaban en fila, ni siquiera a mi padre, me tomó de la mano.

– Llévame a tu cuarto: quiero ver a qué distancia está del mío. Tengo el sueño liviano; podés llamarme a cualquier hora. No saldré nunca de noche, tu padre tampoco.

Y ahora: a los baúles, sólo vos y yo.

Telas de oriente, piedras duras, mágicos tapices, marfiles, mapas, cítaras, esencias, dagas, como del cofre de un mago comenzaron a aparecer desde el fondo de los baúles de Hernán.

La casa, esa vieja antesala de la desolación – donde el Tercer Imperio se mezclaba al pompeyano- se convirtió en un misterioso laberinto, donde cada cuarto podía ostentar el cartel que definía a cada baúl: la Sala China o el Salón de Persia.

Por las tardes, a mi regreso del colegio, el mucamo tenía orden de no avisarme en qué lugar Hernán aguardaba.

– Ningún día debe ser igual al otro: la humanidad es tan semejante al mundo animal... Y la rutina es uno de sus más detestables privilegios.

– ¿Por qué te disfrazás?

– No son disfraces, tontito; son kimonos, túnicas, sí preferís llamarlas así. Ésta pertenecía... o mejor, la compré en un mercado malayo, a un príncipe...

Y comenzaba un delirante relato que, puedo decir ahora, yo fingía creerle. Mis años de soledad me habían enseñado que no es fácil soñar o creer en otro mundo más allá del nuestro. No se puede creer en el mundo de las hadas si no nos han desvelado dragones, brujas, espectros, fantasmas. Ni hadas ni espectros; pero yo fingía creerle.

Mi padre regresaba de la estancia los fines de semana. Hernán nos hacía un plan de paseos, cines, teatros y comidas. Éramos felices nosotros tres. Nunca había visto a mi padre sonreír de esa manera. No puedo decir reír, porque no rió nunca, que yo sepa.

– ¿Sabés una cosa? Hernán es mi madre.

El ómnibus del colegio me traía de vuelta; pero el camino era demasiado largo. Hernán decidió ir a buscarme a la salida de clase.

Una tarde, mientras formábamos fila, Julián Peña susurró a mi oído:

– Mirá qué viejo marica, ese gordo...

Entonces pude verlo; quizá no lo había visto nunca: era blanco y gordo, muy gordo. Más alto que el resto de la gente, y su cabello blanco parecía una peluca empolvada. El bastón, uno de tantos, de oro y marfil, lo hacía más extraño aún. Traté de deslizarme de la fila sin ser visto.

Me acerqué a Hernán:

– Apurate, vení para acá. No esperemos la campana.

– ¿Qué te pasa hoy?

– Nada, nada, No me siento bien.

De pronto se apoderó de mí una profunda vergüenza: había estado a punto de pedirle que no volviese a buscarme.

Los días siguientes, con cualquier pretexto, me separaba de mis compañeros. Pero Julián, fue implacable:

– Ché, ése que viene a buscarte ¿es tu niñera?

– No, mi mamá –respondí bajando la cabeza.

– ¡Hijo de...! Entonces... – afirmó con la boca llena de caramelos.

Con gran alivio, vi que esta vez había venido a buscarme sólo el chofer. Busqué a Julián Peña:

– ¿Qué dijiste de mi amigo? Repetí lo que me dijiste...

No tuvo tiempo de responder: rodamos por el suelo.

– Si – gritaba-, es la hembra de tu viejo. Me lo dijo mi hermano. Todos lo saben...

Golpeé sin piedad. Nadie se atrevió a separarnos. Dejé de golpear cuando descubrí las polainas de Hernán. Me tomó de la mano como aquel primer día. Atravesamos una larga fila de guardapolvos: rostros, mirándonos en silencio. Al llegar al auto me eché a llorar.

Esa noche no bajé al comedor. Sólo cuando oí sus pasos descender por las escaleras y pasar frente a mi puerta entreabierta, me levanté de la cama, pero no lo detuve.

Llegué al hotel. Averigüé el número de su habitación: vi unas pequeñas valijas de avión, abiertas, esparcidas por el suelo. Apareció Hernán con el mismo batón hindú con que solía esperarme a mi regreso del colegio. No levanté los ojos de la alfombra.

– Es necesario que vuelvas: no podemos vivir sin vos; papá y yo nos moriremos – dije sin titubear. Me tomó en sus brazos-. ¿Sabés una cosa? Realmente sos una vieja gorda. Por eso pensé que eras mi madre: yo no la tuve.

– Sí, lo sé –afirmó con voz débil, mientras el latido de su corazón me impedía escucharlo–; pero hay otra cosa que vos no sabés todavía: en este mundo no hay una familia como nosotros. Y vos tenés que vivir en este mundo... Por eso te pido que te vayas ahora. Tu padre está solo: te necesita más que nunca. ¿Volveré?... Quizá... Siempre fuiste un chico distinto, adorable. Te mandaré recuerdos de todos los países de esta tierra inhabitable.

– Grades, numerosos baúles –murmuré a punto de llorar.

– Nadie viaja ya con baúles, sólo los diplomáticos. O los solterones como yo. A propósito, ya estás en edad de leer revistas como éstas: te las regalo. *Only for men*. Me las trajeron confundidas.

No tuve el valor de abrazado. No quería que me viera llorar.

Al salir del Plaza abrí con disimulo la revista. Esa noche clavé en la pared de mi cuarto la fotografía de una mujer desnuda, junto a una de Hernán, mi padre y yo, en el zoológico.